

Breve historia del mundo para jóvenes lectores

Manfred Mai



Edición
ampliada
y renovada

PENÍNSULA ATALAYA

Índice

PORTADA

DEDICATORIA

PRÓLOGO

1. LOS PRIMEROS SERES HUMANOS

2. DE NÓMADAS A AGRICULTORES

3. GRANDES INVENTORES Y DESCUBRIDORES

4. UN PUEBLO INTELIGENTE

5. LA PRIMERA MARAVILLA DEL MUNDO

6. UNA GRAN CULTURA A ORILLAS DEL INDO

7. UN PAÍS GIGANTESCO

8. LOS CIMIENTOS DEL MUNDO MODERNO

9. EL PRIMER IMPERIO MUNDIAL

10. DOS NUEVAS RELIGIONES: CRISTIANISMO E ISLAM

11. LOS CAROLINGIOS

12. ARRIBA, ABAJO Y ABAJO DEL TODO

13. CAMBIO DE MILENIO

14. ¿QUIÉN HA DE ESTAR POR ENCIMA DE TODOS?

15. GUERRAS BAJO EL SIGNO DE LA CRUZ

16. EL ASCENSO DE LAS CIUDADES

17. UN NUEVO PENSAMIENTO

18. UN NUEVO MUNDO

19. LA ESCISIÓN DE LA IGLESIA CRISTIANA

20. GUERRAS DE RELIGIÓN EN EUROPA

21. CHINA Y JAPÓN SE AÍSLAN

22. «L'ÉTAT C'EST MOI!»
23. EL EJEMPLO DE INGLATERRA
24. IRRUPCIÓN VIOLENTA EN LA MODERNIDAD
25. DE LOS HABSBURGO A LOS HOHENZOLLERN
26. LA ERA DE LA RAZÓN
27. ¿UN FILÓSOFO EN EL TRONO DE PRUSIA?
28. ¡HACIA AMÉRICA!
29. LIBERTAD, IGUALDAD, FRATERNIDAD
30. EUROPA BAJO NAPOLEÓN
31. LA REVOLUCIÓN INDUSTRIAL
32. UNA RESPUESTA A LA «CUESTIÓN SOCIAL»
33. AMÉRICA PARA LOS AMERICANOS
34. ESA COLONIA PARA TI, Y ÉSTA PARA MÍ
35. LA ESENCIA ALEMANA SERÁ LA SALUD DEL MUNDO
36. LA CATÁSTROFE QUE DIO A LUZ AL SIGLO XX
37. EL PRIMER ESTADO SOCIALISTA
38. DOS VÍAS DE ESCAPE DE LA DEPENDENCIA COLONIAL
39. ¡EL ENEMIGO ESTÁ A LA DERECHA!
40. ALEMANIA SE CONVIERTE EN ESTADO CAUDILLISTA
41. EL DELIRIO RACIAL DE HITLER
42. LA GUERRA TOTAL
43. FORMACIÓN DE DOS BLOQUES ENEMIGOS
44. EL EQUILIBRIO DEL TERROR
45. EL «TERCER MUNDO»
46. EL CONFLICTO DE ORIENTE MEDIO
47. CHINA, LA NUEVA SUPERPOTENCIA
48. MADE IN JAPAN
49. DESINTEGRACIÓN DEL BLOQUE COMUNISTA
50. CAMINO DE EUROPA

51. ESTADOS UNIDOS, EL AUTOPROCLAMADO «POLICÍA DEL MUNDO»

52. NO HAY PAZ A LA VISTA

53. CRISIS FINANCIERA, CRISIS ECONÓMICA MUNDIAL, CRISIS DE LA DEUDA PÚBLICA

54. LA CRISIS DEL EURO

55. EL DESPERTAR DE ÁFRICA

56. EL CAMBIO CLIMÁTICO

CRÉDITOS

Para mis hijas Melanie y Daniela

PRÓLOGO

La primera edición de esta *Breve historia del mundo* tuvo una muy buena acogida, tanto por parte de los lectores como de la crítica especializada. Esto me alegró mucho. Considero que ha llegado el momento de realizar una segunda ampliación. Se trata, sobre todo, de resumir los acontecimientos más importantes del nuevo milenio, ya que esta historia universal pretende acercarse lo máximo posible al presente. Para ello, los capítulos nuevos y revisados describen los cambios en la relación de fuerzas que mantienen las viejas y las nuevas superpotencias de la política mundial, las crisis de la Unión Europea, la «Primavera Árabe» y muchas otras cosas que en los últimos años nos han tenido en vilo. Es posible que, dentro de otros diez años, algunas de ellas parezcan ya menos importantes desde un punto de vista histórico; en ese caso habrá que volver a contarlas.

Dado que a veces se echó en falta un índice de nombres propios, está incluido en esta ampliación.

Por lo demás, sigue vigente lo que escribí en el prólogo a la primera edición: Quien quiera entender el mundo debe conocer su historia. Eso es evidente para todo el que lee periódicos o ve las noticias en televisión. ¿Quién pretendería comprender el conflicto de Oriente Próximo sin conocer la historia de los pueblos judío y palestino? ¿O la situación del continente africano, sin la historia colonial?

El deseo de este libro es ofrecer una primera visión panorámica de la historia universal. Sólo habla de los acontecimientos, personas y procesos más importantes, y lo hace además con una brevedad que, a veces, me parece una osadía. Sin embargo, si considero necesaria una historia universal de esas características, es porque sé que los únicos que entienden realmente la historia en todas sus facetas y detalles son quienes poseen una perspectiva de conjunto. Además, siempre tendrán la posibilidad de ocuparse más en concreto de algo que les interese de manera especial. Uno de los problemas de la enseñanza de la historia en nuestras instituciones escolares es, quizá, que esa perspectiva de conjunto sólo aparece ante nuestra mirada al final de una larga vida de aprendizaje. Este libro podrá ser, tal vez, de ayuda y complementar la clase de historia. Aunque no puede ni quiere suplantarla.

Los 56 capítulos del libro narran, sobre todo, la historia política de pueblos y Estados. No obstante, me he esforzado por hablar también sobre la gente sencilla e informar sobre su vida, que a menudo no tiene nada de sencilla. Se suele olvidar que también esa gente ha hecho historia. Hay otra observación preliminar que me

parece importante: esta es, como no podía ser de otra manera, una historia universal escrita desde una perspectiva alemana, pensando en lectores alemanes. Un autor francés o polaco, por mencionar simplemente a dos de nuestros vecinos más próximos, habría adoptado otro punto de vista, pensado en otros lectores y destacado otros aspectos. ¡Qué decir de un autor chino, brasileño o keniano! Sin embargo, espero haber hecho justicia a todos los pueblos y personas de los que habla mi libro. Lo he intentado con todas mis fuerzas.

Winterlingen, primavera de 2014

LOS PRIMEROS SERES HUMANOS

Nuestra Tierra tiene casi cinco mil millones de años. Desde hace tres mil millones hay vida sobre ella, y hace quince millones comenzó la evolución que llevó hasta la aparición del ser humano. Los pasos requeridos para que surgieran unos seres parecidos a nosotros fueron innumerables. Aunque en este terreno quedan por resolver aún muchas cuestiones, los científicos pueden esbozar a grandes rasgos esa evolución. Nada les ha ayudado tanto en esta tarea como ciertos hallazgos de huesos y utensilios.

Parece ser que los primeros seres «prehumanos» comenzaron a caminar de pie hace ya más de cinco millones de años. Al hacerlo, sus extremidades delanteras quedaron libres y pudieron evolucionar hasta convertirse en manos. El volumen del cerebro de esos seres vivos se triplicó durante los siguientes tres millones de años y los «prehumanos» se convirtieron en «protohumanos». Eran capaces de utilizar piedras y madera a modo de utensilios. Y como el material de esos instrumentos de los primeros humanos era la piedra, se denomina Edad de Piedra a los primeros 500.000 años de la historia de la humanidad.

Desde aquellos primeros seres humanos de la Edad de Piedra hasta el hombre moderno, llamado *Homo sapiens*, quedaba aún por recorrer un largo camino. Los primeros representantes de este nuevo ser humano y, por tanto, nuestros antepasados directos, fueron los llamados hombres del Cromañón. Se les puso este nombre por el lugar del suroeste francés donde fueron hallados; pero provenían de África. Unos 40.000 años antes se habían trasladado desde allí hasta Asia, Europa y —a través del paso terrestre existente aún entre Siberia y Alaska— América del Norte.

Los primeros seres humanos vivían en grupos —«hordas»— de 20 a 50 miembros como cazadores y recolectores. Se alojaban en cuevas, chozas sencillas de ramas o tiendas hechas de pieles de animales. Sin embargo, no las habitaban de forma permanente; al ser nómadas, seguían a los rebaños que les proporcionaban alimento y vestido y migraban coincidiendo con las estaciones. Eran más inteligentes que los «protohumanos» y cazaban con mayor habilidad: además de la lanza inventaron la flecha y el arco, excavaban trampas y apresaban animales salvajes con lazos. Sirviéndose de utensilios cada vez mejores, ahuecaban troncos de árboles y los utilizaban como botes. Pronto aprendieron a capturar también peces con lanzas y con las primeras redes. Como ya dominaban el arte de hacer fuego, podían asar carne y pescado y hacerlos así más comestibles. Al parecer, transmitían sus conocimientos y técnicas de trabajo de generación en generación.

Así pues, podemos dar por supuesto que poseían un lenguaje bien caracterizado. La evolución precisa de ese lenguaje sigue siendo todavía un gran enigma científico. Lo que sí es cierto es que ese tipo de lenguaje fue la condición previa para regular la vida cotidiana en grandes grupos y mejorar aún más la colaboración entre sus miembros.

Hubo un momento en que los seres humanos no dedicaron ya todo su tiempo y fuerzas para cazar animales y recolectar frutos; en cualquier caso, desarrollaron cierto sentido para las cosas bellas. Elaboraron pulseras y collares con dientes, conchas y perlas, crearon figuras de piedra y hueso y ornamentaron sus armas y utensilios con relieves tallados. Así fue como aparecieron las primeras grandes obras de arte de la humanidad: las pinturas de un gran número de cuevas de Europa, por ejemplo las figuras de Lascaux, en Francia, y Altamira, en España, con sus 20.000 años de antigüedad. Nadie sabe con exactitud por qué crearon los seres humanos esas figuras tan sorprendentes. Es posible que, representando a los animales, quisieran conseguir alguna fuerza secreta para tener éxito en la caza; quizá ejecutaban danzas de conjuro ante aquellas imágenes a la luz de antorchas para granjearse la amistad de sus diosas o dioses —si es que creían en tales seres—. Así lo suponen los científicos que estudian los orígenes de la religión. Lo deducen de la manera de enterrar a los muertos, sobre todo de los objetos hallados en las tumbas y que no pudieron haber tenido otra finalidad que proteger y acompañar a los difuntos. También lo deducen de ciertas obras artísticas que fueron creadas, muy probablemente, por motivos religiosos. Tal es el caso de la famosa Venus de Willendorf, interpretada —con mucho fundamento— como una diosa de la fertilidad. Y aunque esas interpretaciones vayan, quizá, demasiado lejos, no hay duda de que los creadores de la Venus de Willendorf y de las pinturas rupestres estuvieron estrechamente emparentados con nosotros.

DE NÓMADAS A AGRICULTORES

Los hombres del Cromañón vivieron durante la cuarta y última glaciación, cuando el hielo ártico cubrió extensas partes del hemisferio norte. Aquella glaciación fue la de mayor dureza, se prolongó durante más de 100.000 años y concluyó hacia el 10.000 antes de Cristo. El ascenso de las temperaturas había hecho que se derritieran los glaciares y dio lugar a un clima parecido al actual. Las condiciones climáticas fueron especialmente favorables desde la zona de la costa oriental del Mediterráneo hasta el actual Irán. Allí crecían, además de muchas otras plantas, cereales silvestres cuyos granos trituraban y comían los seres humanos. En algún momento, los hombres recogieron los más gruesos y sembraron cereales. Por aquellas mismas fechas comenzaron a domesticar animales salvajes, primero el lobo, al que transformaron en perro guardián y de caza, luego las cabras, las ovejas, los cerdos, las vacas y los caballos, que siguen siendo hasta hoy animales domésticos.

De ese modo, nuestros antepasados dejaron de ser nómadas cazadores y recolectores para hacerse agricultores sedentarios que practicaban el cultivo de los campos y la ganadería, construyeron chozas para resguardarse ellos y proteger a sus animales, roturaron extensiones de tierra cada vez mayores sirviéndose de herramientas constantemente mejoradas y trabajaron el suelo a fin de aprovecharlo para pastos y campos de cultivo. Aprendieron, además, a guardar provisiones y no vivir de un día para otro. Para ello construyeron almacenes. Y como aquellos edificios eran un objetivo provechoso para ladrones y salteadores, pero también para animales salvajes, los agricultores construyeron sus chozas muy cerca unas de otras y levantaron vallas y muros. Así fue como surgieron las aldeas. Al ser continuo el suministro de alimentos, creció la población. Y como la agricultura y la ganadería eran menos laboriosas que la caza y la recolección de alimentos, los seres humanos dispusieron de más tiempo para mejorar los aperos de trabajo, los utensilios y las armas. Algunos demostraron ser más hábiles y creativos que otros en esa tarea, y con el tiempo se formaron «especialistas» en diversos ámbitos. Así fue como surgieron los primeros oficios artesanales.

Este proceso, iniciado en Oriente Próximo y difundido desde allí hacia África, Asia y Europa, duró unos cinco mil años. Comparado con los cambios ocurridos en tiempos anteriores, se desarrolló a un ritmo extraordinario. Por eso, y porque constituyó un cambio tan fundamental en las formas de vida, se habla de la «revolución del Neolítico». Fue una revolución que no alcanzó, ni mucho menos, a la totalidad de los seres humanos. El mundo siguió estando habitado por cazadores y recolectores en casi todas partes; y en algunas regiones remotas,

incluso hasta nuestra época.

GRANDES INVENTORES Y DESCUBRIDORES

No sabemos cuál fue el procedimiento exacto que llevó a los hombres de la Edad de Piedra a descubrir nuevos materiales. Sólo podemos plantear hipótesis. Es posible que un niño que jugaba con un trozo de barro le diera forma esférica e hiciese rodar aquella bola tan cerca del fuego que ya no pudo recuperarla; luego, la madre o el padre del niño se dieron tal vez cuenta de que, debido al calor, la pella se había endurecido y se había vuelto impermeable; quizá, a continuación, moldearon ellos mismos otra bola de barro, la partieron, ahuecaron las dos mitades y la colocaron junto al fuego. Así fue como pudieron surgir los primeros recipientes de cerámica. O tal vez intervino alguna otra casualidad.

En excavaciones realizadas en el Oriente Próximo se han hallado recipientes de cerámica de 6.000 años de antigüedad modelados a mano. Por esas mismas fechas, los seres humanos descubrieron también allí el primer metal, el cobre. Y de nuevo el fuego tuvo una función importante en aquel descubrimiento. Alguien encendió, quizá, una hoguera sobre una roca cuprífera y vio luego en las cenizas unas bolitas rojas de cobre inexistentes allí hasta ese momento. Aquellas gentes se pusieron tal vez a pensar de dónde habrían salido las bolitas y aceptaron la posibilidad de que el fuego las hubiese extraído de la roca al quemarla. Es de sospechar que repitieran el «experimento» y aprendiesen, con el tiempo, a obtener de fragmentos rocosos un metal moldeable. Las cosas, no obstante, podrían haber sucedido, por supuesto, de manera totalmente distinta. No lo sabemos. Lo único que sí sabemos con certeza es que los seres humanos descubrieron el cobre por entonces. No tardaron, sin embargo, en darse cuenta de que el cobre era demasiado blando para fabricar utensilios y armas y se embotaba enseguida. Así pues, buscaron algún metal más duro, encontraron el zinc y lo alearon con cobre. De ese modo apareció el bronce, más duro, que fue durante todo un milenio el principal material trabajado por el ser humano y del que forjaron hachas, hoces, cuchillos, ganchos, cinceles y agujas cuyas formas básicas no han cambiado hasta hoy. También elaboraron espadas, puñales, puntas de lanza y escudos de bronce. Y múltiples adornos y hasta instrumentos de viento.

La demanda de bronce creció constantemente, pero el cobre y el zinc no se hallaban en cualquier parte ni se obtenían en cantidades suficientes. Tampoco los forjadores vivían siempre junto a los yacimientos, donde no tardó en aparecer la minería, primero a cielo abierto y luego, también, bajo tierra. Una vez obtenidos los metales, había que llevarlos hasta los forjadores para su elaboración, y los productos fabricados debían transportarse desde allí hasta el cliente. Comenzó así el comercio con materias primas y mercancías. El medio más sencillo era el

transporte por mares y por ríos, pues ya se conocían las balsas y los botes. El transporte de bienes pesados por vía terrestre era más difícil y fatigoso. Es probable que se realizara un sinnúmero de pruebas y de errores hasta que alguien —quizá muchos a la vez— tuvo la ocurrencia decisiva: ¡la rueda! Pronto circularon de un lugar a otro las primeras carretas. Y como las ruedas necesitaban un suelo plano para poder rodar bien, se eliminaron de sendas y caminos las plantas y las piedras y aparecieron las primeras carreteras. El incremento del comercio, practicado a veces a largas distancias, puso también en marcha un intercambio de ideas desconocido hasta entonces. Los saberes y las técnicas nuevas se difundieron más deprisa y más lejos que nunca. Así, en el Oriente Próximo, la Edad de Piedra llegó a su conclusión a pasos de gigante.

UN PUEBLO INTELIGENTE

Mientras en Centroeuroa los seres humanos iban de un lado a otro como cazadores y recolectores, los sumerios crearon la primera gran cultura de la humanidad en Mesopotamia, el país entre el Éufrates y el Tigris. Habían inventado ya la rueda y el primer arado, tirado por burros o por bueyes. Construyeron ciudades donde vivían hasta 50.000 personas, diques para protegerlas de las inundaciones y canales para regar sus campos. En unas comunidades de tamaño tan considerable, aquellos trabajos, al igual que la producción y distribución de bienes, requerían planificación y organización. Por tanto, los sumerios buscaron cómo retener las cosas importantes en algún lugar que no fuera la simple memoria. Al principio utilizaron pequeñas imágenes que representaban, por ejemplo, a un hombre, a una mujer, una vaca, una cesta de frutas o un saco de grano. De aquellas figuras derivó con el tiempo un sistema de signos que les permitió dejar constancia de sucesos e informes. Imprimían los signos presionando con bastoncillos en forma de cuña sobre tabletas de arcilla blanda que luego cocían para fijar lo escrito. A partir de ese momento, la comunicación oral dejó de ser el único medio de transmitir el saber a los contemporáneos y a la posteridad.

Con el invento de la rueda y de la llamada «escritura cuneiforme», los sumerios dieron dos grandes pasos en la historia de la humanidad. Pero también fueron pioneros en otros campos. Inventaron, por ejemplo, un sistema métrico con unidades de 12 o 60 componentes. Nuestra división del tiempo en 60 segundos por minuto y 60 minutos por hora se remonta a aquel sistema. Y todavía hoy, una docena consta de doce elementos.

Las ciudades de los sumerios estaban constituidas y organizadas como pequeños Estados. Al frente de ellas se hallaba el soberano de la ciudad, que derivaba su derecho a gobernar de su proximidad con los seres divinos. De los sumerios sabemos también que tenían una religión, y que era una religión con muchos dioses.

El soberano de la ciudad dictaba leyes que regulaban la convivencia entre la gente y fijaba la cuantía de los tributos que todos debían aportar. Aquellos tributos servían para mantener al clero y la administración, organizar una defensa militar, garantizar el suministro de agua y llenar los almacenes con provisiones para épocas de escasez. Hoy diríamos que los sumerios pagaban impuestos. Hay aún algo más que nos parece muy moderno en los sumerios: sus ciudades peleaban a menudo; la causa de aquellos conflictos era la propiedad, sobre todo la posesión de tierras, y el poder. Muchas de esas peleas derivaban en guerras, y más de una

guerra se entabló en nombre de los dioses respectivos.

La época de esplendor de los sumerios duró unos 1.500 años. Hacia el año 2000 antes de Cristo, su cultura se había difundido por zonas extensas de Oriente Próximo. No es posible decir con certeza por qué desaparecieron de la historia poco después. De todos modos, sus inventos y su cultura les sobrevivieron.

LA PRIMERA MARAVILLA DEL MUNDO

Hay personas que apenas se han preocupado por la historia, pero incluso ellas saben que hace mucho tiempo se construyeron pirámides en Egipto y que los soberanos que las mandaron levantar se llamaban faraones. Aquellas construcciones de 4.500 años de antigüedad siguen causándonos admiración hasta el día de hoy.

Los primeros cazadores y recolectores que habitaban a lo largo del Nilo adoptaron hace unos 5.000 años a.C. una forma de vida sedentaria. Aprendieron a vivir con el Nilo, lo que al principio no fue, seguramente, nada fácil. En efecto, el imponente río tenía una crecida todos los veranos e inundaba el país. La riada era peligrosa, pero cuando las aguas volvían a retirarse en otoño dejaban tras de sí una capa de lodo. Aquel lodo era un abono estupendo y proporcionaba gran fertilidad a los campos. La gente se mostraba agradecida al Nilo y lo veneraba como a un Dios: «Te alabo, oh Nilo, que surges de la Tierra y pasas por aquí para alimentar a Egipto. Riegas los campos y tienes la virtud de nutrir a todos los animales. Empapas el desierto alejado del agua, produces la cebada y creas el trigo. Llenas los graneros y ensanchas los pajares y das algo a los pobres. En tu honor tocamos el arpa y cantamos». Los egipcios daban gracias al Nilo con este canto. Y como el río era vital para ellos, lo observaban con gran atención. En sus observaciones comprobaron que la crecida llegaba, por término medio, cada 365 días. Ese número de días sumaba para ellos un año nilótico, que dividieron en doce meses de 30 jornadas. Las cinco restantes las intercalaron entre un año y otro. De ese modo, hacia el 3000 a.C., los egipcios introdujeron un calendario utilizado hasta hoy en el mundo entero con pocos cambios.

Por aquel entonces había a orillas del Nilo dos imperios que luchaban por la hegemonía: el Alto Egipto, en el curso superior, y el Bajo Egipto, en la zona de la desembocadura. Cuenta la tradición que, el año 3100 a.C., el rey Menes del Alto Egipto conquistó con su ejército el Bajo Egipto, fundó la capital de Menfis y se convirtió en soberano de todos los egipcios. Como «faraón» no era sólo rey sino que se le veneraba, además, como un dios y se le dirigían oraciones como a los demás dioses. Poseía un poder ilimitado y su voluntad era ley. Unos funcionarios encabezados por el visir se ocupaban de la aplicación de sus leyes. El visir era una especie de jefe de gobierno y juez supremo al mismo tiempo; era, por tanto, el hombre más poderoso de Egipto después del faraón.

Para administrar aquel gran imperio de cerca de un millón de habitantes y organizar la producción y distribución de alimentos, los funcionarios adoptaron de

los sumerios el arte de la escritura, pero desarrollaron un sistema propio. La mezcla de imágenes y signos recibió más tarde el nombre de «jeroglífico», que significa 'escritura sagrada'. Al principio los textos se grababan en piedra. Más tarde, los egipcios fabricaron con plantas de papiro un precedente del papel y escribieron sobre él con plumas de caña y tinta.

Los egipcios que sabían escribir, hacer cuentas y leer pertenecían a la alta sociedad. Los altos funcionarios y los sacerdotes ocupaban en la jerarquía del Estado el rango inferior al del visir. Un grado más abajo, pero encima todavía de los comerciantes y artesanos, se hallaban los escribas corrientes. En el escalón inferior de aquella jerarquía vivía la gran masa de campesinos y trabajadores, que constituían el 85 % de la población. Ellos fueron quienes levantaron los palacios, los templos y los sepulcros de los faraones.

Las pirámides fueron símbolos de la grandeza de los faraones sepultados en ellas. Así se explica la competencia por construir las cada vez más altas e imponentes. El constructor de la más grande, el faraón Keops, reinó hacia el año 2500 a.C. Keops ordenó proyectar su tumba cuando apenas había comenzado a desempeñar su cargo y era todavía un hombre joven. Como en Gizah, el lugar donde debía alzarse, sólo había un desierto de arena, hubo que llevar allí desde canteras alejadas los bloques de piedra necesarios, unos dos millones de piezas de hasta tres toneladas de peso. Los bloques se arrastraban desde la cantera hasta el Nilo y se transportaban en barco hasta Gizah. Antes hubo que construir una carretera desde la orilla del Nilo hasta la ubicación de la pirámide proyectada. Esta obra sola duró ya diez años. La construcción de la pirámide propiamente dicha requirió otros 23. Los restos de la colonia de obreros, hallados más tarde, permiten concluir que el número de trabajadores permanentes en la pirámide de Keops rondaba los 4.000. A ellos se sumaban cada año entre 50.000 y 100.000 campesinos durante los meses de las inundaciones del Nilo. Sirviéndose tan sólo de su fuerza corporal, palancas y tornos de cable fueron superponiendo los bloques de piedra hasta que la pirámide alcanzó 146 metros de altura. En la base, de 230 metros de lado, habrían cabido diez campos de fútbol.

Dentro de la pirámide se hallaba la cámara sepulcral del faraón donde, tras su muerte, se hallaría a salvo de cualquier peligro. Aquella protección era una necesidad, pues los egipcios creían en una vida tras la muerte. Para esa vida, sin embargo, había que disponer del propio cuerpo. Para conservar su cuerpo, el faraón fue embalsamado mediante un procedimiento costoso y envuelto en vendas de lino empapadas en resina. Y con el fin de que se sintiera a gusto incluso en el más allá, se depositó junto al faraón, en la cámara sepulcral, una parte de sus tesoros, además, por supuesto, de comida y bebida. Hoy, todo aquel dispendio nos parece monstruoso. Pero entonces la gente creía que los faraones intervendrían

desde el más allá en favor del bienestar de Egipto, lo cual les compensaba de unos gastos tan grandes.

Las culturas de los sumerios y los egipcios son para nosotros las primeras culturas superiores de la historia. La egipcia perduró más tiempo que cualquier otra. No concluyó hasta el año 332 a.C., después de más de 3.000 años, con la conquista del ejército griego mandado por Alejandro Magno.

UNA GRAN CULTURA A ORILLAS DEL INDO

Al este del Nilo, el Éufrates y el Tigris surgieron en valles fluviales fértiles las dos grandes culturas tempranas de Asia; fueron la cultura del Indo, aparecida a partir del año 2600 a.C. en el actual Pakistán, y la cultura China, unos 1.000 años después, junto al Huangho, el Río Amarillo.

La cultura del Indo es la menos conocida; su escritura no ha podido ser descifrada todavía. Para su estudio dependemos únicamente de las excavaciones. Fue, probablemente, una combinación de cultura agraria de aldeas y civilización urbana. Las dos ciudades excavadas de Harappa y Mohenjo-Daro se consideran centros políticos, económicos e intelectuales. Su trazado se atuvo a unas normas estrictas; las calles más importantes corrían en paralelo en dirección norte-sur. Fueron las primeras ciudades con alcantarillado. Había, incluso, casas con baño y retrete. Disponían de agua potable suministrada mediante cañerías, y las aguas residuales fluían a un sistema de cloacas construido debajo de las calles. El panorama urbano aparecía dominado por la imponente ciudadela levantada sobre una plataforma artificial. Dentro de sus murallas se encontraban las instituciones públicas de la ciudad, entre ellas una «piscina cubierta» climatizada de 54x32 metros. En el momento culminante de su desarrollo, en torno al año 2000 a.C., ambas ciudades contaban con una población que llegaba a los 40.000 habitantes. Tuvieron contacto con los sumerios y practicaron el comercio con ellos y otros pueblos de Mesopotamia. Uno de los productos comerciales importantes era el algodón, cultivado y elaborado por primera vez en el valle del Indo.

No sabemos con seguridad qué provocó el fin de la cultura del Indo hacia 1500 a.C. Los científicos sospechan causas ecológicas, pues la gente de aquella cultura consumía mucha madera, y la deforestación extrema de bosques enteros tuvo ya entonces importantes consecuencias. Se produjeron inundaciones desastrosas que expulsaron de las ciudades a sus habitantes. Invasores llegados de la zona limítrofe entre Asia y Europa fueron, probablemente, quienes asestaron el golpe mortal a la antigua cultura del Indo. Aquellas gentes llamadas arios se habían ido desplazando durante siglos hacia el sur. En torno al año 1400 a.C. llegaron al norte de la India y sometieron a los naturales de la región. En un proceso que duró un siglo crearon en la India una cultura y unas formas de vida nuevas cuyas huellas llegan hasta el presente.

Los arios vivían en organizaciones tribales. Los sacerdotes gozaban del máximo prestigio; les seguían en rango los guerreros. Y por debajo de los guerreros se hallaban los campesinos. En un primer momento, los nativos

derrotados no formaron parte de la asociación tribal, pero pronto se mezclaron con los campesinos. Más tarde se dio a los distintos grupos el nombre de «castas». Con el tiempo, aquella organización en castas se fue subdividiendo y diferenciando cada vez más —apareció, por ejemplo, una nueva casta para los artesanos—, pero los límites entre castas se mantuvieron con rigidez: las personas pertenecían a una de ellas de por vida. Los guerreros eran siempre guerreros; los artesanos, artesanos; y sus hijos les sucedían en su situación. Además no podían casarse con ninguna muchacha perteneciente a otra casta ni tener amistad con nadie que no fuera miembro de la suya. En algunas comarcas de la India esta situación no ha cambiado apenas hasta hoy.

Las ideas religiosas de los arios y los nativos dieron origen al hinduismo como religión de la India en un proceso de duración similar. Brahma es para los hindúes el creador y la divinidad suprema; Vishnú, el protector; y Shiva, el dios de seis brazos, el destructor. La doctrina del «karma», de la reencarnación, ocupa el lugar central del hinduismo. Según ella, el ser humano vive varias vidas y en alguna anterior puede haber sido incluso un animal. El comportamiento ejemplar y las buenas acciones dentro de su casta le permitirán ascender en la vida siguiente y nacer como miembro de una casta superior. Aquella fe hizo que la gran masa de los hindúes no intentara nunca echar por tierra la organización en castas, ni siquiera cuando se sentían insatisfechos con su vida.

Quien criticó el hinduismo fue, precisamente, el hijo de un rey, criado en medio del lujo en palacios espléndidos: el príncipe Sidharta. Había nacido el año 560 a.C. y, en realidad, no debería haber llegado siquiera a conocer el lado oscuro de la vida, pues no era lo adecuado para un príncipe. Sólo después de haberse casado y haber tenido un hijo vio Sidharta personas enfermas, ancianas y quebradizas y se encontró por primera vez con la muerte. Aquello le conmocionó hasta tal punto que renunció a la buena vida. «Y así, estando todavía en la flor de la vida, esplendoroso y con el pelo negro, en el disfrute de una juventud dichosa y en los primeros años de mi existencia adulta, me marché de mi casa para vivir sin techo en contra del deseo de mis padres y en medio de sus llantos y sus quejas, tras cortarme el pelo y la barba y vestirme con ropas descoloridas.»

Sidharta vivió seis años como ermitaño, renunció a todos los placeres y meditó sobre los dioses y los seres humanos, sobre la vida y la muerte. Luego, un buen día, le llegó la iluminación: las personas sufren porque no obtienen lo que quieren. Para no ser torturados por nuestros propios deseos, debemos dominarlos y desear cada vez menos, hasta sentirnos satisfechos no teniéndolos. Quien llegue a no sentir ningún deseo, no renacerá tras la muerte; su alma hallará el descanso eterno en el «nirvana», la desaparición en la nada.

El príncipe Sidharta se presentó ante la gente como «Buda», el Iluminado, y predicó una nueva doctrina, el budismo, que al igual que el hinduismo, sigue siendo aún hoy una de las grandes religiones mundiales.

UN PAÍS GIGANTESCO

Cuando en sus vuelos al espacio los astronautas no pueden ya reconocer pirámides, palacios, torres de iglesias ni rascacielos, siguen viendo aún la Muralla China, la mayor construcción del mundo. La Muralla evidencia el problema fundamental del gigantesco país que es China: garantizar la seguridad externa y lograr la unidad interna —ése fue el objetivo de su edificación.

En el paso de la vida nómada a la sedentaria se dieron en China grandes diferencias cronológicas. A orillas del Huangho, el Río Amarillo, vivían ya seres humanos desde el año 4000 a.C. en aldeas y pequeñas ciudades, mientras desde el interior del país seguían llegando saqueadores nómadas que asaltaban a los habitantes de aquellas aldeas y ciudades. Era raro que en China la vida transcurriese en paz. Había guerras constantes entre las numerosas y pequeñas ciudades Estado. La fundación de un primer imperio unido hacia 1500 a.C. por el primer rey de la dinastía Shang no trajo tampoco la calma esperada. Los soberanos, escasa o medianamente importantes, de las distintas regiones y ciudades disponían de sus propios ejércitos y apenas atendían a las órdenes impartidas por un rey lejano, carente a su vez de los medios para imponer su voluntad en el gran reino. Las cosas no cambiaron durante el siguiente milenio.

En aquella época, los chinos vivían en general como campesinos pobres en aldeas muy dispersas. Criaban perros, cerdos, cabras, ovejas y gallinas y empleaban utensilios sencillos de piedra y madera. Cuando las condiciones climáticas y los nómadas que recorrían el país los trataban bien, podían conseguir su sustento. De lo contrario, vivían amenazados por el hambre y la penuria.

La vida en la ciudades tenía unas características totalmente distintas. En ellas había ciudadanos prósperos que, ya en aquellas fechas, habitaban en casas de madera y vestían ropas de lino, lana e incluso seda. Poseían, además, pequeñas armas y alhajas de bronce. En las ciudades se desarrolló también la escritura china, mantenida en esencia hasta hoy.

Los chinos practicaban un culto intenso a dioses y antepasados, pues creían que el espíritu de las personas seguía viviendo tras su muerte. Para gozar de la estima de los dioses y poder intervenir en el más allá en bien de su familia, los chinos debían ofrecer sacrificios a lo largo de su vida. Las víctimas eran animales y, en casos raros, también seres humanos.

Hacia el año 500 a.C., al igual que en la India, surgió así mismo en China una persona —Confucio— que criticó la situación reinante en el país. No era

príncipe, como Sidharta, pero sí, en cualquier caso, hijo de un alto funcionario. Después de haber accedido también él al funcionariado, fue despedido de su puesto a los 35 años por exponer con demasiada libertad lo que, en su opinión, no marchaba bien en el país —hace dos mil quinientos años los disidentes eran ya una espina clavada en el ojo de las autoridades—. Sin embargo, las intenciones de Confucio al criticar a su país eran buenas. Deseaba la creación de un imperio unido, con una autoridad central fuerte, sin luchas ni guerras civiles. Todos los habitantes de aquel imperio debían participar en la vida pública y contribuir a que la gente pudiese convivir en paz. Sus enseñanzas, que sólo transmitió oralmente, hablan principalmente de esa convivencia buena y pacífica. «Trata a todos como te gustaría ser tratado tú mismo», dice uno de sus principios fundamentales.

Confucio partía de la idea de que la gente es buena por naturaleza. Por tanto, lo único que se debía procurar es que siguiera siéndolo. En primer lugar, se trataba de mejorar las condiciones de vida en la familia, pues era dentro de ella donde los niños debían aprender un comportamiento respetuoso y amable. La familia era para Confucio «la raíz de la humanidad». Y los soberanos debían ser para su pueblo un modelo de vida virtuosa, lo mismo que los padres para sus familias.

A la pregunta de un discípulo sobre cómo había que comportarse con los dioses y los antepasados, Confucio respondió que era más importante preocuparse por el prójimo que por los dioses y los antepasados.

El periodo de máxima influencia de las doctrinas de Confucio sobre la cultura y las formas de vida chinas fue el de la dinastía Han (206 a.C.-220 d.C.). El primer emperador Han peregrinó a la tumba de Confucio, conservada hasta hoy, e hizo levantar un templo en su lugar natal. A partir de aquel momento, Confucio fue venerado como un santo.

El confucianismo se ha difundido desde China por toda Asia, donde es hasta hoy una de las religiones importantes.

LOS CIMIENTOS DEL MUNDO MODERNO

Democracia, filosofía, escuela, biblioteca, teatro, música, arquitecto, matemáticas, biología y pediatra son palabras que empleamos con toda naturalidad sin pensar en su origen. Todas provienen de la Grecia antigua y aluden al legado que hemos recibido de «los antiguos griegos»: los fundamentos de la política, la ciencia, el arte y la literatura.

Al hablar de la Grecia antigua no debemos imaginar, sin embargo, un Estado unificado. Hacia el año 700 a.C. había en aquel país abrupto muchos pequeños Estados surgidos en las llanuras fértiles a los pies de las cordilleras, junto a la costa y en las islas. El centro de esos pequeños Estados era una ciudad; por eso se habla de ciudades Estado. Los griegos daban a esas ciudades Estado el nombre de «polis». Cada polis se preocupaba por mantener su libertad e independencia frente a las demás. Para garantizarlo, se reclutaban tropas y se entablaban guerras a menudo.

Esparta y Atenas acabaron siendo —aunque por medios distintos— las dos ciudades principales. En el sur de la península del Peloponeso, Esparta, con sus soldados bien formados, venció y ocupó una ciudad tras otra y convirtió en esclavos a quienes no eran espartanos. Pero aquella gente no estaba dispuesta a soportar sin quejas y para siempre una existencia esclava y se produjeron revueltas y sublevaciones. Casi todos los espartanos varones hubieron de hacerse soldados para mantener en jaque a los esclavos, muy superiores en número.

Tras haber derrotado a aquellos esclavos insurrectos, los espartanos continuaron en estado de alerta, es decir, siguieron siendo soldados. Los jóvenes eran educados desde niños para el combate. A los siete años debían dejar la casa paterna y comenzaba su formación. Para endurecerles, no les estaba permitido llevar calzado y sólo podían vestir ropas ligeras. Recibían una alimentación escasa para que, más tarde, supieran también salir adelante con poco. Si alguien creía que la comida era demasiado insuficiente, debía lograr complementarla por sí mismo —como hacen los soldados en la guerra—. Sólo se castigaba a quien se dejaba descubrir mientras robaba. Las pruebas de valor y las competiciones formaban también parte de la instrucción militar preparatoria. Así, cuando eran azotados, se proclamaba vencedor al muchacho que soportase más latigazos sin lanzar un grito de dolor.

Esparta llegó a ser con aquellos soldados la potencia militar más fuerte de Grecia. Los logros culturales de los espartanos fueron, en cambio, insignificantes.

En la zona de dominio de Atenas, en la península del Ática, hubo también agitación social, pues allí los terratenientes ricos y aristócratas oprimían y explotaban a los campesinos. Sin embargo, los ciudadanos atenienses no quisieron reaccionar con tanta brutalidad como los espartanos. Los atenienses se vieron, no obstante, obligados a hacer algo para que no se produjeran levantamientos, como había ocurrido en Esparta, e inventaron un cargo de mediador aceptable para ambas partes. Hallaron al hombre adecuado en la persona del sabio Solón (c. 640-561 a.C.). Solón ordenó limitar la propiedad del suelo para que los nobles ricos no pudieran adquirir más y más tierras. Se dio la libertad a los campesinos empobrecidos que habían acabado en la esclavitud y, en adelante, no se pudo ya vender como esclavos a los ciudadanos endeudados; además, se les condonaron sus deudas. Solón revocó las duras leyes penales dictadas por su predecesor Dracón (origen de las «leyes draconianas»). Sin embargo, su ley de mayor trascendencia fue la que estableció que, a partir de entonces, el poder de decisión en Atenas no estaría ya en manos de un rey «divino» o un pequeño grupo de aristócratas, sino en las de los propios ciudadanos, que deberían reunirse en la asamblea del pueblo cuarenta veces al año, por lo menos, para debatir todos los asuntos importantes de la polis, acordar las leyes y decidir sobre la guerra y la paz. Para los negocios corrientes de gobierno se previó crear un consejo para el que podían ser elegidos ciudadanos de prestigio. Un tribunal popular velaba por el cumplimiento de las leyes. De ese modo, Solón creó una forma de poder completamente nueva denominada democracia, «poder del pueblo».

La democracia ateniense era imperfecta desde un punto de vista actual, pues el poder era ejercido sólo por una pequeña parte del pueblo: los hombres libres. Cuando se habla de ciudadanos de Atenas se alude únicamente a ellos. Las mujeres, que según la opinión (masculina) dominante carecían de capacidad para tener voz pública y habían quedado confinadas al hogar, estaban tan excluidas como los esclavos y los metecos (así se llamaba a los extranjeros llegados a la ciudad). Sin embargo, dadas las circunstancias de la época, aquella forma de poder representaba un avance sensacional —a principios del siglo XX, la mayoría de los Estados del mundo no habían progresado más que los atenienses.

La consecuencia de las reformas de Solón y sus sucesores, Clístenes y Pericles, no fue sólo una nueva forma de poder sino también un nuevo modo de vida, al menos para los ciudadanos de Atenas, a los que no se podía aplicar ya el principio de ordeno y mando sino el de expresión y réplica. Quien quisiera convencer a los demás necesitaba buenos argumentos que debía exponer con habilidad. Con aquel método de reflexión y discurso público mediante el cual se ilustraba un asunto desde todas sus facetas, los atenienses inventaron de paso la filosofía. Liberaron el pensamiento de su dependencia de la religión y lo hicieron

autónomo. A partir de ese momento fue posible tener ideas nuevas sobre los seres humanos y los dioses, el cielo y la Tierra. Entre los años 470 y 320 a.C., Atenas produjo, en las personas de Sócrates, Platón y Aristóteles, tres filósofos que han dejado su huella hasta nuestros tiempos en el pensamiento occidental.

Atenas sentó también nuevos criterios en arte y arquitectura. Los templos de la Acrópolis y las estatuas erigidas allí y en las plazas de la ciudad llegaron a ser imágenes ideales para el arte occidental arquitectónico y escultórico. Y, en fin, las primeras obras de la literatura mundial —los poemas épicos de Homero, la *Ilíada* y la *Odisea*, las tragedias y comedias de Esquilo, Sófocles y Eurípides, que se representaban todas las primaveras en honor del dios Dionisos y que se incluyen hasta hoy en los programas de los teatros del mundo entero— se deben también a autores griegos.

Los hijos de los ciudadanos de Atenas fueron los primeros que asistieron a una escuela en el sentido actual de la palabra. Su escolarización iba de los siete a los catorce años. Aprendían a leer, escribir y hacer cuentas y se valoraba la formación musical; todos los muchachos debían saber tocar al menos la flauta o la lira, una pequeña arpa. A medida que cumplían años se les enseñaba el arte de pronunciar discursos —la retórica—. También se dedicaban al estudio de la literatura griega, sobre todo las leyendas de Homero, algunos de cuyos pasajes importantes aprendían de memoria. Una vez cumplidos los catorce años, la formación deportiva pasaba a ocupar el primer lugar. Esta formación se realizaba en el «Gymnasion», una especie de escuela de deportes de cuyo programa formaban parte la gimnasia, la lucha, el boxeo, la esgrima, las carreras y el lanzamiento de disco y jabalina. El fortalecimiento físico cumplía, por un lado, una finalidad militar, pues todo ciudadano estaba obligado a defender la polis; pero en el gimnasio se promocionaba, por otra parte, a los que estaban dotados para el deporte, pues quienes pertenecían al grupo de los mejores y se entrenaban con diligencia, incluso después de la jornada escolar, tenían la oportunidad de participar en los juegos olímpicos, celebrados cada cuatro años desde el año 776 a.C. Dicha posibilidad constituía el máximo honor para cualquier ciudadano griego. Durante los juegos, ninguna polis podía hacer la guerra a otra; debía imperar la paz para que los mejores hombres de toda Grecia pudieran enfrentarse en las competiciones deportivas. Los vencedores eran homenajeados y recibidos en su ciudad como héroes. Quedaban exentos del pago de impuestos, eran mantenidos de por vida a cargo de la ciudad a la que habían contribuido a honrar y se les otorgaba una localidad de honor en el teatro. Los altos rendimientos deportivos valían la pena ya en aquellos tiempos.

EL PRIMER IMPERIO MUNDIAL

El emblema de Roma es una loba de cuyos pezones se amamantan dos niños. La imagen tiene su origen en una leyenda según la cual Roma fue fundada el año 753 a.C. por los gemelos Rómulo y Remo, que, tras haber sido abandonados durante la lactancia, fueron criados por una loba. En realidad, Roma surgió de una manera bastante menos espectacular. Actualmente se supone que, desde el año 800 a.C., aproximadamente, hubo agricultores, pastores y pescadores viviendo en pequeños asentamientos sobre las colinas situadas a orillas del Tíber. A partir de aquellos modestos comienzos se desarrolló en los trescientos años siguientes una ciudad grande y rica dominada, como todo el norte italiano, por los etruscos, el primer pueblo culto de Italia.

Hacia el año 510 a.C., los romanos se rebelaron contra los etruscos y derrocaron a su odiado rey. Al igual que los atenienses, los romanos no querían seguir siendo gobernados por un monarca; por lo demás, la democracia no les pareció el sistema adecuado para sus fines y se decidieron por una vía media eligiendo un gobierno ciudadano, la magistratura, a cuyo frente se hallaban dos cónsules. El tiempo de mandato de los cónsules era de sólo un año, y ninguno de los dos podía tomar decisiones sin la aprobación del otro. De ese modo se impediría que un único individuo llegara a ser demasiado poderoso. Pero el auténtico poder residía en cualquier caso en el Senado, una asamblea de la que formaban parte exclusivamente y de por vida hombres pertenecientes a las familias ricas y distinguidas, los «patricios». Es cierto que a los hombres del pueblo llano, los «plebeyos», se les permitía hablar en las asambleas populares y participar en la promulgación de leyes y en la elección de las magistraturas, pero no todos los votos valían lo mismo en Roma. Un ingenioso sistema electoral hacía que los romanos pudientes tuvieran siempre la mayoría y que todas las decisiones se tomaran de acuerdo con sus intenciones.

La res publica romana, es decir, «los asuntos comunes a todo el pueblo», era más bien, por tanto, un asunto de los ricos para los ricos. Pero como, a la larga, los plebeyos no aceptaron aquella situación, los conflictos fueron cada vez más frecuentes; y aunque con el tiempo obtuvieron mayores derechos, no se produjo ningún cambio en las condiciones básicas del poder.

Sin embargo, los plebeyos se sentían orgullosos de su Estado. Es probable que el avanzado sistema legal romano, promulgado ya hacia el año 450 a.C. en doce tablas, contribuyera a ese sentimiento. Aquellas leyes protegían a todos los ciudadanos frente a la arbitrariedad y les garantizaban una seguridad jurídica.

Nadie podía ser castigado sin el debido procedimiento judicial y sin una aportación de pruebas condenatorias. Esto que hoy nos parece una obviedad fue una revolución en aquellos tiempos. El derecho romano acabó siendo más tarde un modelo para muchos sistemas jurídicos de todo el mundo.

Los nuevos señores de Roma no tardaron en sentirse insatisfechos con que su ciudad fuera sólo una entre muchas. Roma debía convertirse en la primera ciudad de Italia. Esa meta se alcanzó con la ayuda de un fuerte ejército. Mediante guerras sucesivas, Roma amplió su ámbito de poder hasta que, en torno al año 270 a.C., llegó a dominar casi toda Italia, con cerca de tres millones de habitantes. En general, las ciudades conquistadas podían seguir siendo independientes en sus asuntos internos y mantener sus costumbres y su respectiva religión. Sin embargo, estaban obligadas a pagar tributos a Roma y, en caso de guerra, poner tropas a su disposición. Mediante aquella «ocupación laxa» los romanos evitaron que se produjeran sublevaciones. Por lo demás, al someterse a las leyes de Roma y a una administración romana, la gente solía vivir a menudo mejor de lo que había vivido hasta entonces.

Tras haberse adueñado de Italia hasta el extremo meridional, Roma intentó apoderarse también de Sicilia, entrando así en conflicto con Cartago, en el norte de África, que era entonces la mayor potencia marítima y comercial del Mediterráneo occidental. El año 264 a.C. comenzó una serie de guerras enconadas y sangrientas, entre ellas las llamadas «Guerras Púnicas», que acabaron con la destrucción total de Cartago el año 146 a.C. A partir de ese momento, Sicilia y todos los territorios que habían pertenecido a Cartago (entre ellos Cerdeña, Córcega, España y partes del norte de África) pasaron a ser provincias romanas. Pero los romanos no se dieron tregua. Querían someter también a su dominio Grecia y los demás Estados del Mediterráneo oriental, y lo consiguieron en menos de veinte años. A partir de ese momento llamaron al Mediterráneo *Mare Nostrum*, nuestro mar.

Los principales beneficiarios de las numerosas conquistas de Roma fueron los patricios que se repartieron el botín y obtuvieron prisioneros de guerra a los que hicieron trabajar para ellos o los vendieron como esclavos. El historiador romano Salustio reprochó a los patricios «una codicia desmedida y sin límites»: «Todos tomaban, rapiñaban y robaban cuanto querían». Así, los ricos se enriquecieron cada vez más, mientras que los plebeyos salieron de vacío o, como en el caso de los campesinos, se fueron, incluso, empobreciendo progresivamente a pesar de haber llevado la carga principal de las numerosas guerras en que habían tenido que luchar como soldados una y otra vez. Un gran número de ellos acabaron enfermos, heridos o mutilados a causa de las campañas o no regresaron ya a su hogar. Las granjas decayeron a menudo o se endeudaron y fueron adquiridas a bajo precio por los latifundistas. Y aunque algunos labriegos pudieron

cultivarlas en los periodos de entreguerras tras regresar a casa, no fueron ya competitivos. Las grandes explotaciones agrarias producían cada vez más y más barato utilizando esclavos, de modo que los campesinos no pudieron seguir vendiendo sus productos y se hundieron en la pobreza. Muchos emigraron a las ciudades con la esperanza de llevar allí una vida mejor. Pero la gente prefería emplear esclavos en la artesanía y en las grandes manufacturas, pues no se les pagaba ningún salario. Los antiguos campesinos hubieron de luchar por la mera supervivencia como personas sin trabajo y carentes de propiedades —proletarii— y se convirtieron en el primer proletariado urbano de la historia.

Hubo más de un patricio que no consideró correcta aquella situación. Entre ellos se encontraban los hermanos Graco, que quisieron limitar las propiedades y fortunas de los particulares y exigieron una reforma agraria para que los campesinos empobrecidos pudieran disponer de un medio de vida junto con sus familias. Los senadores, sin embargo, se opusieron a cualquier reforma. Veían en los Gracos a unos agitadores populares que ponían en peligro el orden reinante en el Estado. El año 133 a.C., tras haber hablado en una asamblea del pueblo, Tiberio Graco fue golpeado hasta la muerte junto con 300 de sus partidarios. Doce años más tarde murió también su hermano Cayo, y más de 3.000 seguidores suyos fueron ajusticiados. Pero el Senado no pudo impedir con aquella medida la escisión de los ciudadanos de Roma en dos bandos. Los actos violentos y las guerras civiles formaron parte de la vida cotidiana en los setenta años siguientes. El historiador Salustio hizo la siguiente observación al respecto: «Todo se dividió así en dos partidos; y entre ambos se vino abajo la república».

De una de aquellas guerras civiles se alzó como triunfador el año 45 a.C. el victorioso caudillo Cayo Julio César. El Senado le nombró dictador por un periodo de diez años, y poco después con cargo vitalicio. Roma siguió siendo formalmente una república, pero en realidad César gobernó como un soberano absoluto. Aunque no por mucho tiempo, pues al cabo de un año fue asesinado por algunos senadores en plena sesión del Senado.

A continuación hubo de nuevo varios años de enfrentamientos por la sucesión de César y el futuro sistema político. Al final se impuso Octaviano, hijo adoptivo de César, que el año 27 a.C. fue nombrado por el Senado «primer ciudadano del Estado». Se le otorgó el título de Imperator, es decir, general en jefe del ejército, y se le dio el título honorífico de Augustus, 'el excelso'. Octaviano tomó además el nombre de César, por ser su heredero, denominación que acabó siendo luego la del título homónimo.

Augusto había aprendido de la suerte corrida por César. No hizo alarde de su poder, sino que trató al Senado y a la asamblea popular de modo que sus

miembros pudieran actuar convencidos de que tendrían el poder decisorio en Roma y que la república volvería a funcionar. Pero al ser Augusto señor del ejército y la hacienda pública de Roma, era imposible decidir nada contra su voluntad. La res publica romana se convirtió en una monarquía en la que el poder se hallaba en última instancia en manos del emperador.

Durante su largo reinado, Augusto utilizó aquel poder no sólo en el terreno de la política sino también en el de la cultura. Se interesó de manera muy especial por la literatura, atrajo a varios autores a su corte y les permitió una vida libre de preocupaciones. La literatura romana alcanzó su punto culminante en el primer siglo después de Cristo con Virgilio, Horacio y Ovidio. Un filósofo destacado de la época fue Séneca, mientras que en historiografía Tito Livio y Tácito sirvieron de modelo durante largo tiempo.

El Imperio romano alcanzó su máxima extensión hacia el año 120 d.C. Fueron romanos todos los Estados situados en torno al Mediterráneo, además de las Galias (más tarde Francia), Germania hasta el Rin y una gran parte de Bretaña, los Balcanes y el mar Negro junto con Asia Menor. Los emperadores inteligentes sabían al menos que un imperio tan gigantesco no podía ser gobernado con el mero poder de las armas. Así pues, se permitió a los distintos pueblos conservar en gran parte sus usos y costumbres. No obstante, el derecho romano estaba vigente en la totalidad del imperio, los pagos se hacían con moneda romana y había que honrar a los dioses de Roma, aunque esto último se controlaba con escaso rigor. Las dos lenguas principales eran el latín y el griego, con las que la gente podía entenderse en todas partes. Esto facilitó mucho el comercio. Además, Roma había construido ya buenas carreteras en fechas tempranas para poder desplazar sus tropas con la mayor rapidez posible. Aquella red viaria fue beneficiosa para un comercio floreciente. Algo similar se puede decir de la navegación y los puertos, que en aquellos momentos fueron ampliados con fines pacíficos.

Por más extraño que pueda parecer, las provincias romanas se beneficiaron enormemente de la ocupación y experimentaron un auge sin parangón. Se construyeron ciudades o se engrandecieron las ya existentes; su centro era el foro, una gran plaza rodeada de edificios donde se celebraban las asambleas políticas y las vistas judiciales. La imagen de las ciudades se caracterizaba también por la presencia de talleres, tiendas, hostales y baños públicos. Se han conservado hasta hoy varios edificios y acueductos que atestiguan el arte arquitectónico de los romanos.

Los poderosos y los ricos vivían en grandes villas dotadas de las mejores instalaciones, conectadas a un sistema público de suministro de agua y alcantarillado y provistas incluso de baños y calefacción desde el suelo; eran

atendidos por sus esclavos y podían gozar de la vida a manos llenas. La gente sencilla tenía poco con que disfrutar. Los campesinos, los trabajadores y sus mujeres debían trabajar duramente para lograr apenas lo más necesario. En las ciudades, los alquileres eran tan altos que muchas familias sólo podían permitirse una habitación en grandes bloques de viviendas. Sin embargo, la mayoría estaba, en general, contenta pues, de todos modos, en los primeros 250 años del imperio no hubo ninguna revuelta, levantamiento o guerra civil dignos de mención como los del siglo precedente. Y puesto que, al margen de unas pocas excepciones, los emperadores romanos no habían emprendido nuevas guerras de conquista desde tiempos de Augusto, la gente vivió una época de paz de unos 200 años. En este sentido se habla de la Pax Romana, la paz de Roma.

El final de aquella época de paz y del Imperio romano comenzó con unos emperadores débiles y en medio de dificultades y ataques del exterior. Otro elemento añadido fue la doctrina predicada por Jesucristo, difundida en la región mediterránea desde el Oriente Próximo, que encontró cada vez más adeptos en el Imperio romano. El nuevo mensaje resultaba atractivo sobre todo para la gente sencilla, pues ofrecía consuelo en este mundo y prometía una vida mejor en el más allá. Pero Roma tenía sus antiguos dioses, no quiso saber nada del nuevo y persiguió a los cristianos.

El año 284, el emperador Diocleciano dividió el imperio en cuatro regiones con cuatro soberanos a fin de mejorar su gobierno y su defensa. Pero aquellos soberanos comenzaron pronto a hacerse la guerra mutuamente con sus respectivos ejércitos, por lo que el conjunto del Imperio se debilitó todavía más. Constantino el Grande consiguió unir de nuevo las cuatro regiones, y el año 313, para tener más tranquilidad en el Imperio, declaró que no se debía «prohibir la libertad de religión» y permitió a los cristianos practicar la suya libremente. El emperador quiso ganárselos con ese gesto y, bajo su protección, el cristianismo se convirtió de hecho en la religión principal del Imperio romano. Constantino tomó otra nueva decisión trascendental; el año 324 designó a Bizancio como nueva capital del Imperio; la ciudad cambió su nombre por el de Constantinopla. Constantinopla se hallaba a orillas del Bósforo en un emplazamiento estratégicamente favorable, como un broche de unión entre Oriente y Occidente. El emperador ordenó construir en su ciudad edificios e instalaciones magníficas y unió el sistema de gobierno romano con la doctrina cristiana y la cultura griega y oriental. Constantinopla se convirtió en la ciudad más importante del Imperio y Oriente superó pronto a Occidente en importancia económica y cultural. El cristianismo iba a convertirse en vínculo de unión del Imperio; el emperador asumió la función de protector de la Iglesia cristiana.

El principal obispo de Constantinopla, el «Patriarca», se sometió al

emperador; pero el obispo de Roma no se mostró dispuesto a hacer lo mismo. En cuestiones de fe reivindicaba la decisión última para la Iglesia y para sí. Para ello se remitía al apóstol Pedro, que habría sido, según él, el representante de Jesucristo y fundador de la Iglesia de Roma y habría legado a sus sucesores romanos la dirección de la cristiandad. El emperador, que residía en la lejana Constantinopla, no se opuso y, con el tiempo, el obispo de Roma, que recibió más tarde el título de «papa» (padre), fue reconocido como guía de la Iglesia Occidental. Tras haber sido sustituida como capital del Imperio y haber perdido importancia, Roma acabó convirtiéndose en capital de la cristiandad. En la parte oriental del imperio se creó una Iglesia propia, la Iglesia «ortodoxa griega». Su cabeza fue el emperador, considerado representante de Dios y plasmado en las imágenes con una aureola sagrada.

El viejo Imperio romano se volvió a dividir el año 395, como se había escindido la cristiandad aún joven. La parte occidental fue objeto de constantes ataques por parte de las tribus germanas y quedó tan debilitada que ya no fue posible detener su descomposición. En el año 476 fue depuesto el último emperador, y el Imperio romano occidental dejó de existir. La parte romana oriental, el Imperio bizantino, pervivió aún otros mil años a pesar de los numerosos asaltos y debilitamientos. Sus artistas y eruditos preservaron el antiguo legado, que en Occidente fue cayendo poco a poco en el olvido.

DOS NUEVAS RELIGIONES: CRISTIANISMO E ISLAM

«Por entonces se promulgó un decreto del emperador Augusto que ordenaba a todo el mundo inscribirse en el censo.» Así comienza la historia de la Navidad, con el nacimiento de un niño en un establo de Belén. Belén se hallaba en Palestina, una provincia romana, y el emperador ordenó realizar un censo porque quería saber cuántos súbditos tenía. Los judíos, que vivían en Palestina, rechazaban la ocupación romana y despreciaban su politeísmo. Hacía ya tiempo que creían —y fueron los primeros en hacerlo— en un solo Dios, al que llamaban Yavé. Esperaban además que enviara un «Mesías», el salvador del pueblo judío, del pueblo de Israel, que lo liberaría también del dominio romano.

Según el relato bíblico, Jesús de Nazaret, nacido en el establo, se interesó desde muy pronto por cuestiones religiosas. Estaba «lleno de saber y el favor de Dios le acompañaba», se dice en la Biblia. A los doce años Jesús debatió ya en el Templo con unos eruditos que quedaron admirados de su inteligencia y sus respuestas. Cuando tenía unos treinta años, Jesús conoció al predicador Juan y comenzó también a predicar. Según él, todos los hombres eran hijos de Dios, y el padre, allá en el cielo, amaba a todos por igual, sin que importase lo que fueran o lo que hubiesen hecho. Decía que el amor de Dios era infinito y quien se arrepintiese de sus pecados obtendría el perdón. Jesús no hablaba de una manera tan complicada como los sacerdotes y escribas judíos, sino en el lenguaje de la gente sencilla; y exponía los mandamientos de Dios envueltos en historias sobre campesinos y pescadores, hijos desobedientes y ovejas descarriadas, de modo que hasta los niños pudieran entenderle. Según cuenta la Biblia, Jesús consiguió rápidamente muchos seguidores, sobre todo entre los pobres y los débiles, que recibían además con avidez su doctrina respecto a la llegada inminente del reino de Dios, pues en aquel reino imperarían la paz y la justicia y todos los seres humanos convivirían amándose como hermanos y hermanas.

La conducta de Jesús y su doctrina eran una provocación para los sacerdotes judíos, pero también para la autoridad romana. Le insultaron y se burlaron de él y hubo de morir por difundir sus convicciones. El gobernador romano Poncio Pilato le condenó a morir en la cruz. Sus seguidores, sobre todo los doce «discípulos», que habían sido alumnos de Jesús, anunciaron más tarde que había resucitado de entre los muertos y ascendido al cielo. Según ellos era el hijo de Dios y el Mesías largo tiempo anhelado, es decir Cristo, el «Ungido», apelativo que significa lo mismo que Redentor. Ellos propagaron su mensaje e hicieron del cristianismo una

religión mundial, a pesar de haber sido muy hostigados y perseguidos.

Los judíos no reconocieron a Jesús como el Mesías y se mantuvieron en su antigua religión, que llamamos también «mosaica». Pero los orígenes del cristianismo y el judaísmo son idénticos. Ambas religiones tienen en común el Antiguo Testamento.

Unos 570 años después de Jesús nació en la ciudad de La Meca, en el desierto de Arabia, un joven al que pusieron por nombre Mahoma. Tras la muerte temprana de sus padres, trabajó para comerciantes árabes, viajó con sus caravanas y conoció así ciudades extranjeras y personas de distintos credos. Lo que más impresionó al joven Mahoma fue lo que oyó allí de boca de judíos y cristianos sobre su Dios único. Reflexionó mucho y llegó a la convicción de que, en efecto, sólo podía haber un Dios, a quien llamó Alá. Entre los treinta y los cuarenta años, Mahoma se retiraba a menudo a meditar a una cueva de la montaña cerca de La Meca. Una mañana, según informó él mismo, se le apareció el ángel Gabriel y le reveló que había sido elegido para anunciar la voluntad de Alá, el único Dios verdadero. A aquella primera revelación le siguieron otras y, tras algunas dudas iniciales, Mahoma comenzó a anunciar a la gente de La Meca el mensaje recibido: sólo hay un Dios, Alá, y yo Mahoma soy su profeta.

Al principio, sólo unos pocos quisieron escuchar el nuevo mensaje. Mahoma temió incluso por su vida y el año 622 huyó con sus seguidores a Medina. Con aquella huida, llamada en árabe «hégira», comienza el cómputo de la era islámica. En Medina, Mahoma consiguió rápidamente muchos partidarios que le reconocieron como dirigente no sólo religioso sino también político, como «imam». Allí fue donde introdujo la costumbre de orar mirando hacia La Meca. A los siete años de su huida, Mahoma tenía tantos compañeros de lucha que pudieron marchar contra La Meca, donde el profeta entró triunfal.

Hasta su muerte, ocurrida el año 632, Mahoma logró ganar para su doctrina a todas las tribus árabes. Dicha doctrina está recogida por escrito en un libro, el Corán, y se denomina islam, que significa «sumisión a la voluntad de Dios», «entrega a Dios». El Corán es la «escritura sagrada» del islam. Regula con gran exactitud la vida de los fieles, incluidas las actividades de la vida cotidiana; prescribe tanto las oraciones como la frecuencia y el modo y manera en que se ha de rezar, da instrucciones sobre comidas y ayunos y asigna penas descritas con detalle a delitos y acciones prohibidas.

El judaísmo, el cristianismo y el islam tienen muchas cosas en común. La diferencia decisiva consiste en que el islam no quiere ser una mera comunidad religiosa en el seno de Estados seculares. En efecto, el Corán no fija únicamente la vida religiosa, sino la totalidad de la existencia. Religión y política, Iglesia y

Estado, vida religiosa y profana constituyen una unidad inseparable. El rigor con que se sigue esa doctrina determina hasta hoy el carácter de las sociedades y los Estados islámicos. Pueden ser tolerantes —y a menudo lo han sido a lo largo de la historia—, pero también autoritarios e intransigentes.

Tras la muerte de Mahoma, el «califa» asumió el poder como representante suyo. Y en los cien años siguientes, los árabes conquistaron Oriente Próximo y llegaron hasta España, Portugal y Francia pasando por Egipto y el norte de África. Lo que les dio tanta superioridad sobre sus adversarios fue la voluntad firme de difundir su religión y la creencia en que la muerte en combate por esa difusión llevaba de inmediato al paraíso.

La cultura de los árabes se encontró con la griega, la persa y la india en el mundo dominado por ellos. Aquello produjo un florecimiento cultural en el «Levante», como se denomina también al mundo oriental. Se tradujeron al árabe obras importantes de literatura y ciencia, y se adoptaron y desarrollaron conocimientos de otras culturas, por ejemplo la griega. Uno de esos casos es el de las matemáticas, en las que los árabes introdujeron el sistema decimal y una nueva manera de escribir los números que utilizamos aún hoy para realizar cálculos. A diferencia de los antiguos griegos, que habían llegado a encontrar explicaciones sobre el mundo recurriendo a la reflexión, los científicos árabes realizaron experimentos prácticos y obtuvieron así conocimientos nuevos en física y química. Calcularon con bastante exactitud la órbita del Sol, la Luna y los planetas y demostraron que la Tierra no era un disco sino una esfera. Este dato tuvo gran importancia para la navegación. También destacaron en el campo de la medicina; descubrieron el poder terapéutico de muchas plantas, inventaron medicamentos y realizaron operaciones quirúrgicas. Para ello construyeron en las ciudades los primeros hospitales. Al mundo árabe le debemos en particular uno de los libros más bellos: los maravillosos cuentos y relatos que Sherezade narra al sultán durante Mil y una noches para salvar la vida.

Hoy, el islam es una de las grandes religiones del mundo; a ella pertenecen más de mil millones de personas.

LOS CAROLINGIOS

Tras la desintegración del Imperio romano occidental en el siglo V, varias tribus germanas dominaron extensas zonas de Europa. Al no estar, ni mucho menos, unidas, se hicieron a menudo la guerra unas a otras. En aquella situación, el príncipe franco Clodoveo, un hombre astuto y sin escrúpulos, logró conquistar con sus soldados un número de territorios cada vez mayor, y hacia el año 500 fue rey del reino de los francos, del que más tarde surgieron Francia, Alemania y los países del Benelux. Clodoveo adoptó la fe cristiana, se hizo bautizar y exigió a sus súbditos que hicieran otro tanto. De ese modo, el cristianismo pasó a ser la religión oficial del reino de los francos, pero los usos y costumbres paganos pervivieron junto al cristianismo más de 200 años. La cristianización definitiva se atribuye al monje Bonifacio, más tarde obispo, cuya vida activa se sitúa a comienzos del siglo VIII.

Por aquellas fechas ocupaba el trono franco un descendiente de Clodoveo de la dinastía de los merovingios que apenas lograba retener nada de lo que se le había inculcado previamente. En su lugar gobernaba en la práctica el principal funcionario del reino, el «mayordomo» Carlos Martel. El verano del año 732, Carlos Martel supo que un gran ejército árabe había conseguido penetrar en el reino de los francos a través de los Pirineos y marchó contra ellos al frente del suyo. Tras derrotar a los árabes cerca de Tours y Poitiers en octubre de 732, les obligó a retirarse al otro lado de los Pirineos, impidiendo así una mayor expansión del islam, que se limitó a ser la religión de Oriente. Carlos Martel recibe por ello el calificativo de «salvador de Occidente».

Pipino, hijo de Carlos Martel, consideró que quien realizaba las tareas de gobierno en vez del rey debía convertirse también en monarca. Con la aprobación del papa, desterró a un monasterio a Childerico III, el último soberano merovingio, hizo que los nobles le nombraran nuevo rey e instauró así el poder de los carolingios. Para asegurar aún más aquel poder, Pipino obtuvo la bendición del papa y se hizo ungir por los obispos del reino con los santos óleos. Al actuar de ese modo unió por primera vez en la historia del reino de los francos la política, la religión y la iglesia de un modo que serviría de modelo para los reyes y emperadores europeos hasta entrado el siglo XX. A partir de Pipino, los reyes pretendieron recibir su dignidad de Dios y actuar según el derecho divino.

El año 771, Carlos, hijo de Pipino, se convirtió en soberano único del reino de los francos. Desde el primer momento, su meta fue unir en un imperio todas las tribus germánicas. Tras someter a los bávaros y los longobardos en el norte de

Italia, sólo le faltaba imponerse a los sajones paganos, que se le opusieron durante 32 años por todos los medios, pero al final fueron vencidos y obligados a aceptar la fe cristiana. Carlos había conseguido así su objetivo. Cuando la noche de Navidad del año 800 fue coronado en Roma por el papa como «emperador de los romanos», volvió a existir un Imperio «romano occidental» después de varios siglos. Carlos se consideraba sucesor de los grandes emperadores romanos y, al mismo tiempo, cabeza secular de la cristiandad. Pronto se le llamó «Magno», sin duda con razón, pues no sólo fue un caudillo guerrero de éxito, sino también un gran promotor de la ciencia, el arte y la literatura. Sus residencias, llamadas en alemán *Pfalzen*, eran frecuentadas por eruditos, teólogos, poetas y constructores importantes.

Junto con las residencias imperiales, los monasterios fueron también centros de vida intelectual y espiritual. Habían comenzado a aparecer en el Occidente cristiano desde que san Benito de Nursia fundara a comienzos del siglo VI las primeras comunidades de hombres deseosos de vivir plenamente para su fe. Carlomagno favoreció a los monasterios e hizo que se creasen, además, escuelas monásticas y catedralicias donde se impartía la enseñanza de la religión, la lectura, la escritura y la aritmética a niños de campesinos y artesanos libres. Podríamos decir que practicó una política educativa progresista. Y se preocupó más que otros reyes por las desventuras y necesidades del pueblo sencillo, que llevaba por aquel entonces una vida precaria.

Al morir Carlomagno el año 814 en su residencia favorita de Aquisgrán, dejó tras de sí el reino más poderoso de Europa, equiparable al Imperio romano de Oriente, el Imperio bizantino, y sin nada que temer de ninguna otra potencia. Pero su hijo Ludovico Pío (Luis I el Piadoso) no tenía ni de lejos las cualidades del padre y no pudo mantener unido el gran imperio. Los tres hijos de Ludovico se pelearon ya por la herencia en vida de su padre. Lotario, el mayor, llegó incluso en cierta ocasión a declarar destituido a su padre y quiso convertirse él mismo en emperador. Pero aquel gesto no sentó nada bien a los dos menores, que se aliaron seguidamente contra su hermano. Tras la muerte de Ludovico, cada uno de sus hijos recibió aproximadamente una tercera parte del imperio. Al principio, los tres mantuvieron todavía la unidad, pero la partición fue, en realidad, el comienzo del fin del Imperio carolingio. Al extinguirse el linaje de Lotario, grandes partes del tercio que le había correspondido pasaron a manos de los francos orientales y occidentales. La frontera entre ambos reinos francos dividió en dos mitades aquella zona que era el corazón de Europa. Cuando los príncipes tribales de los francos orientales eligieron rey a Otón I, el año 936, dio comienzo la historia de Alemania. Los francos orientales formaron más tarde el país llamado Francia.

ARRIBA, ABAJO Y ABAJO DEL TODO

Con el paso de los milenios surgieron muchos imperios poderosos que volvieron a derrumbarse antes o después, ya que a menudo era más fácil conquistar un gran reino que protegerlo y administrarlo. Si un soberano quería alcanzar estos dos objetivos durante un tiempo relativamente largo, debía idear algún método para lograrlo. Desde los faraones hasta los emperadores romanos, se realizaron, según hemos visto, intentos completamente distintos.

Carlomagno recorrió también en este terreno su propio camino y, basándose en las tradiciones germánicas, creó una nueva estructura social y de poder que marcó una pauta para toda la Edad Media.

El emperador necesitaba ayuda para salvaguardar y administrar el imperio. Por tanto, buscaba seguidores fieles, los llamados «vasallos», y les recompensaba sus servicios. La recompensa no consistía en dinero sino, por ejemplo, en fincas, incluidos los campesinos que vivían en ellas. Las tierras, sin embargo, no eran objeto de donación sino de cesión. Aquellas fincas se denominaban «feudos»; los vasallos eran feudatarios del emperador. Como en la Alta Edad Media se pensaba aún que todo el país pertenecía al emperador, éste podía conceder feudos generosos. Muchos eran tan gigantescos que los feudatarios podían ceder a otros vasallos subordinados pequeños feudos segregados del principal. Y esos vasallos secundarios podían tener, a su vez, nuevos vasallos.

Con el tiempo se constituyó un ordenamiento de vasallaje que establecía de manera exacta quién debía ser el señor feudal de otras personas y cuáles eran los deberes y derechos del señor feudal y su vasallo. Ambos se prestaban mutuamente un juramento de lealtad: «Tus enemigos son mis enemigos; tus amigos son mis amigos. Te seré siempre fiel y estaré presente cuando me necesites».

En origen, el feudo iba ligado a la persona del vasallo, y al morir éste retornaba al señor feudal. Pero en el reino franco oriental se fue introduciendo poco a poco la costumbre de transmitir el feudo al primogénito; esta costumbre fue reconocida en algún momento y se convirtió así en derecho vigente. De ese modo, los feudos pasaron a ser hereditarios y se sustrajeron a la potestad de disposición del emperador, lo cual condujo a la larga a su debilitamiento y al fortalecimiento de los principales señores seculares y eclesiásticos del imperio. Ésta es una de las causas de que, en el Imperio germánico, los príncipes territoriales fueran siempre muy poderosos y logran impedir durante largo tiempo la evolución hacia un Estado con una fuerte autoridad central.

El ordenamiento medieval se basó en extensas zonas de Europa en el principio feudal. Este ordenamiento deriva su nombre de la palabra latina *feudum* y se parecía a una pirámide con distintos pisos o «estamentos». El emperador ocupaba una posición dominante sobre todos ellos. Por debajo de él se hallaban los príncipes del imperio, seculares y eclesiásticos, que habían recibido su feudo directamente del emperador y constituían, junto con los demás nobles, obispos y abades, el primer estamento. A continuación venían los caballeros, los funcionarios, los burgueses prósperos y los artesanos. Y abajo del todo se hallaban los collazos y los siervos. Los «collazos» estaban adscritos a la tierra que trabajaban. No podían abandonarla, pero al señor feudal no le estaba tampoco permitido expulsarlos de la finca o venderlos, pues no eran propiedad suya. La situación de los «siervos» era distinta, pues no se les consideraba personas sino esclavos y objetos y no se les trataba mejor que al ganado. Según dos refranes alemanes utilizados despectivamente por los estamentos superiores, «el labriego y su toro son dos animales toscos» y «el labriego es como el buey, pero sin cuernos». Sin embargo, todos ellos vivían en definitiva del trabajo de los campesinos —y la mayoría nada mal—. Los labriegos debían entregar a sus señores una parte de las cosechas y suministrarles con regularidad carne, queso, leche, huevos y hortalizas. Además, debían realizar servicios llamados «sernas», es decir, trabajar en los prados, campos y bosques de sus señores sin recibir salario. Estaban obligados a preparar caminos, construir puentes y ayudar en la edificación de fortalezas y castillos. Los propios campesinos vivían en casas o chozas sencillas hechas de madera, ramas y barro. La vivienda y la cuadra estaban separadas, pero en la mayoría de los casos se hallaban bajo un mismo techo. Los principales alimentos eran sopas, purés, queso y pan.

La vida de los niños no se diferenciaba apenas de la de los adultos. No había una infancia en el sentido actual de la palabra. Los niños tenían que encargarse desde pequeños de las tareas de la casa y la cuadra. Se casaban muy pronto; las muchachas, a menudo, con sólo trece años; y los jóvenes entre los dieciocho y los veinte. Los matrimonios tenían un promedio de seis a ocho hijos, de los que raras veces sobrevivían más de dos. Las mujeres morían con frecuencia al dar a luz e, incluso cuando no era así, la mayoría no llegaban a la vejez, pues los numerosos embarazos y el trabajo pesado las debilitaban y predisponían a contraer enfermedades.

La gran mayoría de la gente llevaba, pues, una existencia penosa en medio de la pobreza y la incertidumbre. La situación no cambió nada en varios siglos. En 1620, el escritor Grimmelshausen puso todavía en boca de su personaje *Simplicissimus*, de trece años, la afirmación de que sabía tanto acerca de un Dios en el cielo como de un mundo más allá de la granja. *Simplicissimus* daba por

supuesto que «se encontraba solo en la Tierra» con sus padres y demás habitantes de la casa, «pues no conocía a más seres humanos ni sabía de ninguna otra vivienda que aquella en la que entraba y de la que salía cada día... Era una persona sólo por mi figura, y cristiano únicamente de nombre, pero, por lo demás, no pasaba de ser una bestia».

CAMBIO DE MILENIO

Al pasar del año 1999 a 2000 se celebraron fiestas del milenio en todo el mundo, como si en ese momento despuntase una nueva era. Pero los sucesos de la historia mundial y las épocas nuevas no se rigen por números redondos. Sin embargo, en el caso de los seres humanos, esas cifras son una excusa para detenernos, hacer balance y tomar nuevas decisiones —y, en la mayoría de los casos, seguir actuando como siempre—. Resulta difícil suponer que en la Nochevieja de 999, la gente hiciera tanto teatro como en el año 2000. La mayoría no sabía, probablemente, nada acerca de un cambio de milenio. Nosotros, no obstante, nos serviremos del número mágico 1000 para comprobar mediante una gran ojeada panorámica cuál era el aspecto del mundo por aquellas fechas.

La Tierra estaba poblada entonces por 260 millones de personas, aproximadamente, de las que unos 65 millones vivían en China. Aquel gran país del lejano Oriente había avanzado mucho en el campo de la técnica y la cultura. En China se manufacturaba seda y porcelana, se conocía también ya el arte de la imprenta y se crearon las primeras calculadoras; los chinos utilizaban la fuerza hidráulica para accionar máquinas e inventaron la pólvora. A través de la llamada ruta de la seda, que llegaba hasta Palestina atravesando Asia, se suministraban mercancías a muchos países. Además del comercio hubo también un intercambio de ideas. Japón, por ejemplo, el vecino oriental de China y más pequeño que ésta, siguió en todo al «gran hermano» en asuntos de gobierno, administración, arte y cultura.

Con sus 80 millones de habitantes, la India era el país más poblado de la Tierra. Alimentar a tanta gente resultaba tan difícil como en China. La introducción del sistema de dos cosechas anuales permitió disponer de arroz suficiente para todos. Por lo demás, en torno al año 1000, los habitantes de la India no vivían de manera muy distinta que en tiempos de Buda —hasta que llegaron los árabes, que extendieron la zona de influencia del islam al norte de India y desbancaron al budismo casi por completo—. Luego, los musulmanes y los hindúes lucharon por obtener el predominio, lo que llevó más tarde a la división del país y la creación de Pakistán como Estado independiente.

Pero el gigantesco Imperio islámico alcanzó pronto tales dimensiones que los califas no pudieron mantenerlo ya unido y se fue desintegrando sin que la fe islámica sufriera por ello. Los árabes fueron, no obstante, sustituidos por los turcos como potencia dirigente en el mundo islámico. Bajo la presión turca se debilitó también progresivamente el Imperio bizantino hasta reducirse a la comarca en

torno a Constantinopla.

Europa occidental era por entonces la región más irrelevante del mundo civilizado. El Imperio romano había desaparecido y su lugar no había sido ocupado por nada comparable. Europa occidental acababa de emprender el camino para salir de la sombra de las antiguas culturas y potencias orientales.

¿Y América? En el centro del continente se hallaban las culturas de los mayas, incas y aztecas, de más de 3.000 años de antigüedad, que crearon construcciones impresionantes, fueron buenos astrónomos y matemáticos y poseían un calendario muy preciso. Sin embargo, no encontramos en ellos el dinamismo, el ritmo del progreso, que vemos en los pueblos asiáticos y europeos. Es posible que les faltase para ello el trato con unos vecinos que vivieran y pensaran de distinta manera. Aquella situación no habría de experimentar ningún cambio hasta la llegada de los descubridores europeos —pero entonces lo haría de la manera más cruel imaginable.

En el momento del cambio de milenio, los habitantes de América del norte y del sur vivían de manera muy poco diferente que sus antepasados del final de la Edad de Piedra. Lo mismo se puede decir también de los aborígenes australianos y de los habitantes del sur de África. En cambio, África septentrional, dominada por el islam, se diferenciaba muy poco en cultura, política y economía de los países situados al este del Mediterráneo.

¿QUIÉN HA DE ESTAR POR ENCIMA DE TODOS?

Carlomagno había favorecido a los monasterios y, por utilizar una expresión moderna, los había convertido en centros de formación. Pero en el siglo XI se habían vuelto tan «mundanos» que surgió un movimiento de oposición. Su punto de partida fue el monasterio benedictino de Cluny, en Borgoña. Sus monjes reclamaron una vuelta a los ideales de san Benito, que había exigido a sus hermanos de orden vivir según el lema *ora et labora* —«reza y trabaja»—. Sin embargo, lo que debía cambiar no era sólo la vida monástica; la crítica de los monjes de Cluny se dirigía también al conjunto de la Iglesia, a la que reprochaban una proximidad excesiva a los asuntos profanos. En realidad, la vinculación entre el poder espiritual y el secular se había ido estrechando desde tiempos de Carlomagno. En esos momentos comenzó un largo enfrentamiento sobre la manera de regular la relación entre los poderes secular y espiritual.

Tras los emperadores carolingios, el Sacro Imperio Romano Germánico estuvo regido por soberanos del linaje de los otones y los sálicos. Como soberanos seculares, estos emperadores nombraban con absoluta naturalidad a abades y obispos. Enrique III, que reinó de 1039 a 1056, llegó aún más lejos y depuso a papas con los que no estaba de acuerdo. Aquello indignó a muchos clérigos. Al morir a los 39 años y sucederle en el trono su hijo Enrique IV, menor de edad, el clero vio llegado su momento y consiguió que el papa fuera elegido por siete cardenales. El año 1075, el nuevo papa Gregorio VII planteó una exigencia aún mayor: sólo él estaba autorizado a nombrar obispos. Pero el joven rey no quiso renunciar al derecho de nombramiento —la «investidura»— de obispos, pues aquella renuncia habría debilitado su posición. Tras haber deliberado con sus hombres de confianza, declaró depuesto al papa, quien seguidamente excomulgó al rey, es decir, lo excluyó de la Iglesia y liberó a sus súbditos del juramento de lealtad. La gente apenas podía creerlo: su rey excomulgado, como un criminal; nunca había ocurrido nada semejante.

Al cabo de poco tiempo, la excomunión comenzó a mostrar sus efectos. Muchos príncipes se pusieron del lado del papa, pues de lo contrario se habrían visto también amenazados de excomunión. Además esperaban reforzar su poder a costa del rey. La presión sobre Enrique acabó siendo tan fuerte que marchó a Italia para reconciliarse con el pontífice romano. El rey se presentó ante el papa en el castillo de Canossa vestido con ropas de penitente y pidió ser perdonado —y al papa, como cristiano compasivo, no le quedó más remedio que volver a acoger en el seno de la Iglesia al pecador arrepentido—. El difícil camino emprendido por Enrique, que fue al mismo tiempo una jugada inteligente, ha pasado a la historia

con el nombre de «viaje a Canosa».

El papa parecía haber triunfado sobre el rey; pero sólo lo parecía. Enrique esperó una circunstancia favorable y, luego, marchó con su ejército contra Roma, impuso un antipapa e hizo que le coronara emperador en la basílica de San Pedro.

Los propios contemporáneos vieron claramente que la «lucha de las investiduras» no había concluido de aquel modo. Pero hubieron de pasar décadas hasta que ambas partes comenzaron a acercarse, primero en Inglaterra y Francia, y luego también en el Sacro Imperio Romano, donde en 1122 se alcanzó un compromiso mediante un acuerdo —el «concordato de Worms»— que fijó las competencias y derechos de los poderes espiritual y secular. Con él se había dado un paso importante hacia lo que más tarde se denominaría la separación entre la Iglesia y el Estado. El acuerdo consolidó al mismo tiempo la posición del papa como cabeza de la cristiandad.

GUERRAS BAJO EL SIGNO DE LA CRUZ

La religión y la fe ocupaban el centro de la vida del hombre medieval, debido, en particular, a su esperanza de ser recompensado en el paraíso por la penosa vida que había llevado en la Tierra. Como contrapartida tenía que vivir de acuerdo con los mandamientos de su religión. Quienes no lo lograban solicitaban el perdón de sus pecados y cumplían una penitencia. Muchos cristianos peregrinaban para ello a Tierra Santa, donde había vivido y padecido Jesús. Los árabes musulmanes que habitaban en el país no se lo impedían. La situación cambió cuando los turcos seljúcidas conquistaron la región en 1071. Los turcos robaron y mataron a muchos peregrinos y, con el tiempo, constituyeron un peligro incluso para el Imperio bizantino, que había ido reduciendo su extensión. Al verse en apuros, el emperador de Bizancio había pedido ayuda al papa, que el año 1095 dirigió a los cristianos una proclama apasionada para que hicieran la guerra a los turcos: «Un pueblo maldito, un pueblo sin Dios, ha atacado, saqueado e incendiado con violencia la tierra de Cristo... Notificamos a todos cuantos tomen las armas contra los infieles la remisión total de las penas por sus pecados, y a aquellos que caigan en la lucha santa, la recompensa de la vida eterna».

La llamada tuvo un eco imponente, no sólo entre los nobles y los caballeros, a quienes iba dirigida principalmente, sino también entre los campesinos, los artesanos y hasta entre las mujeres. Los motivos para ir a la «guerra santa» debieron de haber sido, no obstante, muy distintos; es probable que oscilaran entre la simple huida de unas condiciones de vida penosas y la auténtica creencia en la salvación, pasando por la esperanza de conseguir un rico botín. Se reclutaron ejércitos en toda Europa y en agosto de 1096 comenzó la marcha a Palestina bajo el signo de la cruz. Aquella primera cruzada llegó a su meta después de tres duros años. Los cruzados cristianos conquistaron Jerusalén y provocaron una terrible matanza entre los musulmanes y judíos residentes en la ciudad. Los turcos fueron expulsados de Tierra Santa y los cruzados que no quisieron regresar a su patria fundaron comunidades cristianas, y algunos, incluso, pequeños Estados independientes. Ante la amenaza de sus vecinos musulmanes, no cesaron de pedir ayuda a Occidente, lo que tuvo como consecuencia la organización de nuevas Cruzadas. Sin embargo, los cruzados no pudieron impedir que Jerusalén y Tierra Santa volvieran a hallarse en poder de los musulmanes ya en 1300.

Desde el punto de vista militar, las Cruzadas fueron un fracaso, pero no dejaron de tener consecuencias para el Occidente cristiano: los europeos occidentales volvieron a entrar en contacto con culturas superiores a la suya por primera vez después de siglos. La mayoría de los cruzados procedían de regiones

campesinas y en aquel momento vieron ciudades imponentes con edificios de varios pisos, algunos de ellos fastuosos, baños públicos, hospitales y farmacias, mezquitas espléndidas, bibliotecas y escuelas. Conocieron tejidos de raso y seda, objetos de cerámica y vidrio y especias orientales. El comercio entre Oriente y Occidente aumentó ya de manera perceptible en tiempos de las Cruzadas. Ciudades portuarias italianas como Venecia, Pisa y Génova consiguieron riqueza y poder como centros de aquel comercio.

Además de muchas mercancías llegaron también a Europa occidental conocimientos médicos y naturalistas, el sistema de números arábigos y, en particular, el legado de la Antigüedad, cultivado por los árabes. Exagerando un poco se podría decir que las Cruzadas consiguieron lo contrario de lo que habían pretendido: los cristianos se pusieron en marcha para liberar Tierra Santa de las garras de una gente a la que se consideraba primitiva y pagana. Pero una vez llegados allí hubieron de reconocer que aquellas personas eran más cultas que ellos —los cristianos pudieron aprender de los musulmanes, y no al revés—. De ese modo, a pesar de todo, Occidente obtuvo un provecho de las Cruzadas.

EL ASCENSO DE LAS CIUDADES

Muchas fortalezas y ruinas de castillos recuerdan aún en toda Europa la época de la caballería, desaparecida hace ya tiempo. En origen, los caballeros eran jinetes fuertemente armados que iban al combate acompañando a sus señores. La caballería desarrolló una conciencia muy marcada de su propia valía, sobre todo por su participación en las Cruzadas, en las que desempeñó una función destacada, y creó para sí una forma de vida singular sometida a reglas estrictas. Según aquellas normas, los caballeros no debían combatir en provecho propio sino sólo para proteger la fe y la justicia. El verdadero caballero debía ayudar a los débiles y necesitados, ser fidedigno, fiel, valeroso y generoso y no tener miedo ni defectos. En teoría suena bien, pero como los caballeros no eran santos, no todos pudieron o quisieron vivir de esa manera —basta con pensar en los caballeros bandidos.

La vida en los castillos era incómoda y bastante monótona, sobre todo en invierno. Los torneos, las fiestas y los trovadores, que recitaban sus poemas y relatos con acompañamiento musical, ofrecían cierto entretenimiento. A diferencia de los poetas religiosos, que habían dejado hasta entonces su impronta en la literatura medieval, los caballeros no componían en latín, la lengua erudita, sino en el idioma del pueblo. Así surgieron, por ejemplo, en Francia las novelas sobre el rey Arturo y sus caballeros de la Mesa Redonda, y en Alemania el Cantar de los Nibelungos.

La época clásica de la caballería concluyó en el siglo XIII. Al mismo tiempo comenzó el auge de las ciudades y, por tanto, de la burguesía. En este proceso fue decisivo el rápido incremento del comercio. En las encrucijadas de vías comerciales importantes, en los pasos de los ríos y en los puertos y en las cercanías de castillos y monasterios surgieron nuevas ciudades que tenían como centro la plaza del mercado. Comerciantes, artesanos y campesinos ofrecían allí sus productos. Pero sólo les estaba permitido hacerlo tras haber abonado tasas a los señores seculares o eclesiásticos de la ciudad, interesados en que acudiera a sus ciudades el mayor número posible de comerciantes y artesanos para que aquella nueva fuente de ingresos manara con abundancia. Sin embargo, aquella gente sólo iba a la ciudad si tenía la esperanza de realizar buenos negocios, es decir, de encontrar muchos compradores. Los señores hubieron de procurar, por tanto, que el número de personas que se trasladaba a sus ciudades fuera cada vez mayor. Eximían de impuestos —al menos por un tiempo— a los nuevos ciudadanos y les permitían elegir libremente oficio y vivienda y casarse con quien quisieran. La fama de que «el aire de la ciudad liberaba» atrajo a la gente en masa a las ciudades. Florecieron

la artesanía y el comercio, y las personas determinantes en la vida y la política urbanas fueron pronto algunos maestros artesanos ricos y comerciantes adinerados. Había, pues, motivos para llamarles «patricios», como en la antigua Roma.

La libertad urbana no eliminó, sin embargo, las diferencias entre pobres y ricos. Las únicas posesiones de muchas criadas, siervos, aprendices y gentes similares se limitaban a lo necesario para subsistir; bien mirado, no eran apenas más libres que los campesinos vinculados a la gleba. Había además otro grupo de personas para quienes no valía el lema del aire liberador de la ciudad: los judíos. Los romanos los habían expulsado de su patria en los siglos I y II d.C., y desde entonces vivían dispersos por todo el mundo, en la «diáspora». Su fe y sus usos y costumbres generaban un fuerte sentimiento de cohesión, pero no fue raro que los convirtieran también en marginados. En las ciudades medievales vivían en barrios cerrados, los «guetos». Hay incluso una ordenanza del año 1215 según la cual debían darse a conocer por una manera especial de vestir. Se les obligaba a llevar un sombrero puntiagudo y a coser un retal amarillo sobre su ropa. Los disturbios, las persecuciones y los asesinatos contra los judíos eran frecuentes ya en la Edad Media.

Los grandes triunfadores de la época fueron los comerciantes, sobre todo los que practicaban el comercio con tierras lejanas, que amasaron grandes riquezas, construyeron pequeñas fábricas —«manufacturas»— y fundaron ya en el siglo XIV los primeros bancos, que concedían créditos con intereses. Varios de esos «capitalistas», como los Médicis en Italia o los Fúcar (Fugger) en Alemania, se hicieron tan ricos que pudieron prestar dinero incluso a los emperadores y los papas e influir así en la alta política.

El desarrollo de la arquitectura medieval y la aparición de las primeras universidades estuvieron estrechamente vinculados al auge de las ciudades. Se construyeron colegiatas y catedrales que, junto con las plazas de los mercados con sus espléndidos ayuntamientos, han dejado hasta hoy su impronta en la imagen de las ciudades de toda Europa. La misma importancia tuvieron las primeras universidades, surgidas entre los siglos XII y XIV en Bolonia, París, Cambridge, Praga, Viena, Heidelberg o Colonia. En ellas no se enseñaba sólo la fe ortodoxa sino también el pensamiento científico. La Edad Media no fue únicamente «oscura», como quisieron verla épocas posteriores.

Las numerosas guerras que hacían recaer continuamente nuevas penalidades y miserias sobre la gente contribuyeron a que la Edad Media fuera considerada una época oscura. Inglaterra y Francia libraron, por ejemplo, entre 1338 y 1453 la llamada Guerra de los Cien Años. Fue la más larga y pasa por ser la

más insensata de la historia de Europa; en ella se combatió, como es natural, por la tierra y el poder, aunque pronto no hubo nadie capaz de explicar su verdadera causa. La guerra de los Cien Años quedó también grabada en la memoria de Europa porque en ella representó cierto papel un personaje casi de cuento: Juana de Arco, una muchacha campesina de diecisiete años. Cuando los ingleses se habían adentrado ya profundamente en Francia y se hallaban a punto de asaltar la residencia del rey en Orleans, Juana apareció al lado del monarca y declaró que Dios la había enviado para salvar a Francia. Al principio, la gente se rió de ella, pero, luego, Juana de Arco consiguió devolver el valor a los franceses y fortalecer la moral de combate en los soldados. «Antes de que ella llegara, 500 franceses huían ante 200 ingleses; tras su aparición, 200 franceses consiguieron derrotar y hacer huir a 500 ingleses», escribía un cronista refiriéndose a aquellos hechos. En realidad, los franceses consiguieron expulsar a los ingleses del país. Pero la propia Juana de Arco cayó en manos de los ingleses, que la acusaron de brujería y la quemaron en la hoguera el 30 de mayo de 1431. Fue, probablemente, la más insólita de los muchos miles de mujeres torturadas y quemadas en aquellos tiempos por su supuesta condición de brujas aliadas con el diablo.

A las guerras y la gran pobreza, las Cruzadas y las persecuciones de brujas se sumó además la peor plaga: la peste, a la que sucumbió en el siglo XIV cerca de un tercio de la población de Europa. Cuando la gente del final de la Edad Media y comienzos de la Edad Moderna calificó de «oscura» a la época anterior, pensaba en todos esos hechos.

UN NUEVO PENSAMIENTO

Mientras en el siglo XV la gran mayoría de la gente aceptaba todavía su destino y el estado del mundo como algo dado por Dios, hubo algunas personas, sobre todo eruditos y artistas, que intentaron liberarse de aquella visión tradicional del mundo. Se hacían al menos cierta idea de unos tiempos mejores. Pero al pensar así no miraban adelante sino que volvían la vista atrás, al mundo de los griegos y los romanos, que les parecía más luminoso que el suyo. El «Renacimiento», el periodo que comenzaba entonces, recibe su nombre de esa actitud. La imagen medieval y cristiana del hombre, según la cual la vida servía sobre todo de preparación para el más allá, había perdido su vigencia. La gente se volvió hacia el presente y situó al ser humano en el centro del interés científico y artístico. Partiendo del pensamiento antiguo, el hombre no se contempló ya sólo como parte de un todo, sino como un ser con un fin en sí mismo. Debía poder decidir qué hacer consigo y con su vida de manera autónoma y desarrollar con plenitud todas sus capacidades. Una condición para lograrlo era poseer una educación amplia inspirada en el modelo de la Antigüedad. Aquel nuevo pensamiento surgió primero en Florencia y Venecia, donde la cultura europea había alcanzado su más alto desarrollo. Como el hombre ocupaba el centro de aquella concepción, hablamos de «humanismo».

Los humanistas no tomaron sus nuevas ideas de la Biblia, sino observando e investigando a los seres humanos y la naturaleza. Así lo hizo también el italiano Leonardo da Vinci (1452-1519), encarnación del nuevo hombre renacentista. Leonardo no se limitó a crear obras de arte como la famosa Mona Lisa y La última cena, sino que fue también escultor, científico, arquitecto, técnico e inventor. De él se conocen incluso planos para construir máquinas voladoras. Diseccionó cadáveres porque quería comprender cómo está formado y cómo funciona el ser humano, y plasmó sus observaciones en dibujos anatómicos. Pero aquel genio universal que fue Leonardo da Vinci era tan consciente de su responsabilidad como científico e inventor como deseábamos que fuese todo hombre o mujer de ciencia: «Sé —escribió— cómo se puede permanecer mucho tiempo bajo el agua y sin recibir alimentos. Pero no voy a hacerlo público ni explicárselo a nadie, pues los seres humanos son malvados y utilizarían ese arte para asesinar incluso en el fondo del mar. Perforarían los cascos de los barcos y los hundirían con todas las personas que llevan dentro.»

Si se intentase elaborar una lista de las grandes mentes de la historia de la humanidad, el Renacimiento estaría representado más que ninguna otra época. Tanto Miguel Ángel, el pintor y escultor compatriota de Leonardo, como Erasmo

de Rotterdam, el gran humanista y filósofo, y Nicolás Copérnico, el astrónomo que descubrió que la Tierra es un planeta y orbita alrededor del Sol igual que los demás, vivieron en este tiempo. Si sus nuevas ideas y conocimientos pudieron difundirse con mayor rapidez que hasta entonces fue gracias al principal invento del Renacimiento: la imprenta. Hacia 1450, Johannes Gutenberg, ciudadano de Maguncia, consiguió imprimir libros por primera vez con letras móviles hechas de metal. Aquel procedimiento era más rápido y barato que escribirlos a mano o producirlos mediante piezas de madera. A partir de ese momento se pudo imprimir con idéntica calidad cualquier número de ejemplares de un libro. El autor francés Victor Hugo calificó más tarde el invento de Gutenberg del «mayor acontecimiento de la historia mundial».

UN NUEVO MUNDO

El Renacimiento fue la edad de los científicos y los artistas, pero también la de los exploradores del mundo y los navegantes. Durante la Edad Media, la gente había navegado sobre todo a lo largo de costas conocidas por miedo a congelarse o arder al llegar al «fin del mundo», ser despedazada por las tormentas o devorada por monstruos marinos. Aquellos temores seguían existiendo todavía en el siglo XV, pero el espíritu emprendedor del Renacimiento dio ánimos a los marinos, que se sintieron llenos de ímpetu explorador y de gusto por la aventura. Es cierto que también había sólidos motivos económicos para indagar nuevas comarcas y rutas marítimas.

Los turcos habían conquistado y liquidado definitivamente el Imperio bizantino en 1453. Constantinopla había recibido el nuevo nombre de Estambul y había sido designada nueva capital del Imperio otomano. Desde ese momento, los turcos dominaron la cuenca del Mediterráneo y controlaron todas las vías comerciales importantes entre Europa y Asia. Además, exigieron de los comerciantes el pago de elevados tributos, lo que encareció las mercancías de la India y China, muy solicitadas. Por tanto, en el comercio con Asia oriental se intentó eludir el Imperio otomano, cosa que sólo parecía posible por mar.

El pequeño país de Portugal, en el extremo occidental de Europa, fue el punto de partida de los navegantes que salían en busca de nuevas rutas. Desde allí se pretendió llegar a la India rodeando África. Año tras año, los portugueses se hicieron a la vela a lo largo de la costa africana occidental llegando cada vez más al sur. Pero la punta meridional del continente no fue alcanzada por un barco hasta 1487; África era mucho mayor de lo que hasta entonces se había sospechado.

Entonces, un navegante italiano tuvo una idea tan sencilla como genial: si la Tierra es una esfera, como ya había sospechado Aristóteles, bastaba navegar siempre hacia occidente para hacer tierra en oriente en algún momento. La brújula, originaria de China, proporcionaba un importante instrumento de navegación para una empresa tan arriesgada. La gente se rió y se burló de Cristóbal Colón (1451-1506), como de muchas otras personas con «ideas locas» antes y después de él. Colón pidió durante años al rey de Portugal los medios necesarios para su expedición y le prometió a cambio los tesoros de la India. Como el rey rechazó todas sus demandas, Colón se dirigió finalmente a España. Tampoco allí fue recibido con los brazos abiertos, pero, a pesar de todo, logró ganar a la reina para su plan y recibió dinero suficiente para poder equipar tres barcos. El 3 de agosto de 1492, Colón partió de España con una tripulación de 120 hombres. El viaje a través

de un mar desconocido duró mucho más de lo que había pensado. Sus hombres comenzaron a dudar de él, sus temores aumentaban de día en día; querían regresar. Pero Colón estaba convencido de que antes o después habrían de hacer tierra en la India y siguió animando a su tripulación. El 12 de octubre de 1492 se oyó por fin el «¡Tierra a la vista!». Colón escribió en su diario de a bordo: «Amainaron todas las velas, y quedaron con el trece que es la vela grande, sin bonetas, y pusieron a la corda, temporizando hasta el día viernes que llegaron a una isleta de los lucayos, que se llamaba en lengua de indios Guanahaní».

Colón escribió «lengua de indios»; suponía, naturalmente, que la isla en que habían tomado tierra pertenecía a la India, y llamó «indios» a sus habitantes.

En los diez años siguientes, Colón navegó en otras tres ocasiones rumbo al oeste y siempre tuvo la convicción de haber tomado tierra en Asia oriental. En memoria de su error, las islas descubiertas por él se siguen llamando aún islas de las Indias Occidentales.

Hubo otros más que navegaron hacia el oeste y pronto vieron con claridad que Colón no había descubierto una nueva ruta marítima a la India, sino un mundo nuevo y desconocido hasta entonces. Aquella tierra se llamó «América» por el nombre del navegante Américo Vespucio (Amerigo Vespucci).

Los conquistadores siguieron pronto a los descubridores, y España y Portugal entraron en conflicto por el país al que debería pertenecer el «nuevo mundo». La cuestión se presentó finalmente ante el papa, quien no se detuvo mucho tiempo en reflexiones; hizo que le llevaran un mapa del Nuevo Mundo y trazó una línea de norte a sur. Asignó a España todo el territorio que quedaba al oeste de la línea, y a Portugal el que quedaba al este. Así fue como se solventó el conflicto, al menos de manera provisional.

Los conquistadores eran aventureros impulsados a marchar a América únicamente por la esperanza de obtener ricos botines. La codicia del oro fue el motivo principal que les hizo olvidar las virtudes cristianas y pasar por encima de cadáveres. El caballero español Hernán Cortés, con su tropa de 500 hombres, actuó de manera especialmente perversa. Habían oído de los indios historias maravillosas sobre el legendario Imperio de los aztecas y emprendieron su búsqueda. Los indios intentaban defenderse, pero cuando aparecían los jinetes españoles o se disparaba un solo cañón, huían presa del pánico. Nunca hasta entonces habían visto un caballo ni oído el retumbar de un cañón. Consideraban dioses a aquellos poderosísimos extranjeros. En noviembre de 1519, los españoles llegaron a la capital del Imperio azteca y apenas dieron crédito a sus ojos: «Esta gran ciudad de Temixtitán [Tenochtitlán] está fundada en esta laguna salada. Son las calles de ella, digo las principales, muy anchas y muy derechas, y algunas de

éstas y todas las demás son la mitad de tierra y por la otra mitad es agua, por la cual andan en sus canoas ... Tiene esta ciudad muchas plazas, donde hay continuo mercado y trato de comprar y vender. Tiene otra plaza tan grande como dos veces la ciudad de Salamanca, toda cercada de portales alrededor, donde hay cotidianamente arriba de sesenta mil ánimas comprando y vendiendo; donde hay todos los géneros de mercaderías que en todas las tierras se hallan, así de mantenimientos como de vituallas, joyas de oro y plata, de plomo, de latón, de cobre, de estaño, de piedras, de huesos, de conchas, de caracoles y de plumas. Hay casas como de boticarios donde se venden las medicinas hechas, así potables como unguentos y emplastos. Hay casas como de barberos, donde lavan y rapan las cabezas. Hay casas donde dan de comer y beber por precio ... Hay en esta gran ciudad muchas casas muy buenas y muy grandes, y la causa de haber tantas casas principales es que todos los señores de la tierra, vasallos del dicho Mutezuma [Moctezuma], tienen sus casas en la dicha ciudad y residen en ella cierto tiempo del año, y demás de esto hay en ella muchos ciudadanos ricos que tienen así mismo muy buenas casas. Todos ellos, demás de tener muy grandes y buenos aposentamientos, tienen muy gentiles vergeles de flores [...]. La gente de esta ciudad es de más manera y primor en vestir y servicio que no la otra de estas otras provincias y ciudades, porque como allí estaba siempre este señor Mutezuma, y todos los señores sus vasallos ocurrían siempre a la ciudad, había en ellas más manera y policía en todas las cosas».

Así informó Cortés al rey de España. Los aztecas habían recibido hospitalariamente a los extranjeros. Las luchas no comenzaron hasta que los españoles robaron sus tesoros y quisieron convertirlos al cristianismo por la fuerza. Cortés tomó a Moctezuma como rehén y le pidió que calmara al pueblo. Pero mientras hablaba Moctezuma, se produjo un levantamiento. El propio emperador fue alcanzado por una piedra y murió. Cortés pudo salvarse con una parte de su gente y huir. Un año después regresó con refuerzos y conquistó y destruyó Tenochtlán. Sobre las ruinas se levantó la nueva ciudad española de México, con una gigantesca iglesia en la plaza del templo. Las demás ciudades no corrieron una suerte mejor y el Imperio azteca quedó destruido en 1552. Su lugar fue ocupado por el Virreinato de Nueva España, con Hernán Cortés como gobernador.

Diez años más tarde, los españoles oyeron hablar de un pueblo en Sudamérica más rico de lo que lo habían sido los aztecas. Los incas, que habitaban los altiplanos de los Andes, eran, efectivamente, ricos. Su riqueza residía en su laboriosidad, su austeridad y una rigurosa organización de toda su existencia. El Estado era el único propietario. Establecía planes para la agricultura y la minería, controlaba la artesanía y fijaba la distribución de productos. Proveía también a los ancianos, enfermos y débiles de todo cuanto necesitaban para vivir. Utilizando un

concepto moderno podríamos calificar casi de socialista a aquel Estado. Al parecer, funcionaba mejor de lo que lo hicieron la mayoría de Estados que se llamaron así en épocas posteriores.

Los incas mantenían para la defensa y el engrandecimiento de su imperio un ejército estable superior a los intrusos españoles. Así pues, Francisco Pizarro, cabecilla de estos últimos, probó con una argucia insidiosa: ofreció al soberano inca mantener una conversación amistosa sin armas y, al llegar éste, lo tomó, sin embargo, prisionero. Pizarro exigió a los incas que llenaran de oro una gran habitación si querían volver a ver vivo a su señor. Ellos entonces llevaron vasijas y objetos artísticos de oro en cantidades gigantescas, pero Pizarro no mantuvo su palabra e hizo matar al soberano inca. La muerte de su señor y «dios del Sol» provocó la oposición de los incas, y los españoles sometieron el país a su autoridad.

No tardó mucho en comenzar la explotación despiadada del Nuevo Mundo. Además de los nuevos frutos como el cacao, el maíz, la patata, la piña tropical, el plátano y el tabaco, los europeos se interesaron sobre todo por el oro y la plata. Los indios se vieron obligados a trabajar en las minas en condiciones tan inhumanas que muchos murieron de forma miserable. Las epidemias y enfermedades introducidas por los europeos fueron también para los indios un peligro mortal. Se calcula que antes del descubrimiento vivían en Centroamérica y Sudamérica unos 75 millones de habitantes. Hacia 1750 sólo quedaban de ocho a diez millones. Estas cifras bastan para explicar los estragos causados allí por los europeos. Pero eso, sin embargo, no fue todo: al faltar pronto el número de indios necesario para el trabajo en los campos y en las minas de oro y plata, dio comienzo en África una caza del hombre; los prisioneros eran llevados en barcos a América, donde se vendían como si fueran ganado.

En el siglo XVI, cuando Europa abandonaba la oscura Edad Media para entrar en la luminosa Edad Moderna, los conquistadores de Sudamérica y África escribieron uno de los capítulos más negros de la historia universal. Ambos continentes sufren sus consecuencias hasta hoy.

LA ESCISIÓN DE LA IGLESIA CRISTIANA

Al comenzar el siglo XVI había en Europa una sola Iglesia cristiana cuya cabeza era el papa de Roma. Con el paso del tiempo, aquella Iglesia se había ido haciendo cada vez más mundana; muchos príncipes de la Iglesia se interesaban más por el dinero, la suntuosidad y el poder que por la doctrina de Jesucristo y la salvación de las almas. La corte papal necesitaba mucho dinero para llevar su vida ostentosa, y cuando en el siglo XVI el papa León X pretendió construir una basílica de una grandiosidad nunca vista, hubo que explotar fuentes adicionales de ingresos. A ello contribuyó una idea refinada: el «comercio de las indulgencias». El papa envió predicadores que explicaran a la gente que si compraban «indulgencias» quedarían libres de sus pecados y de los tormentos del fuego del infierno.

Martín Lutero (1483-1546), un monje alemán y profesor de teología, arremetió decididamente contra aquel negocio que no tenía nada de cristiano. El 31 de octubre de 1517 hizo públicas 95 tesis en las que, basándose en la Biblia, decía que los predicadores de indulgencias se equivocaban o contaban conscientemente falsedades a la gente. «Cualquier cristiano que sienta verdadero arrepentimiento y dolor por sus pecados, obtendrá el perdón pleno de su culpa y su pena, incluso sin indulgencias, sólo por la gracia de Dios», escribió.

Muchos se sintieron entusiasmados por el hecho de que alguien llamara por fin públicamente por su nombre a la penosa situación de la Iglesia católica y lo hiciera, además, en un lenguaje claro y comprensible para todos. Lutero consiguió pronto seguidores que, como él, querían reformar la Iglesia. Aquello no gustó, por supuesto, a los príncipes eclesiásticos; el papa exigió a Lutero «retractarse de su error», pues de lo contrario sería excluido de la Iglesia. Pero Lutero dio más valor a las palabras de la Biblia que a las del papa, a quien llamó «anticristo».

El papa le envió una bula de excomunión que Lutero arrojó al fuego entre las exclamaciones de júbilo de sus partidarios. El enviado papal comentó: «Toda Alemania se halla en clara rebelión. El grito de guerra de nueve décimas partes de la gente es “Lutero”; y el de los demás, si es que Lutero les resulta indiferente, es al menos “Muerte a la curia romana”».

El año 1521, a fin de acabar con aquel tumulto, el emperador Carlos V invitó al «monje rebelde» a presentarse ante la Dieta imperial para retractarse de una vez por todas ante los grandes príncipes seculares y eclesiásticos. Pero Lutero se mantuvo firme también allí y sospechamos que habría acabado en la hoguera como hereje de no haberle protegido y ocultado el príncipe elector de Sajonia.

Otros príncipes se pusieron también del lado de Lutero y abandonaron la Iglesia católica. Los dos bandos se enfrentaron pronto de manera irreconciliable y en 1546 comenzó, incluso, una guerra entre ellos. En la «Paz religiosa de Augsburgo», acordada en 1555, se reconoció igualdad de derechos a la doctrina luterana y, por tanto, a la nueva Iglesia «protestante». A partir de ese momento, los príncipes del Sacro Imperio Romano podían decidir cuál de las religiones se impondría en su territorio.

Pero la Reforma no se limitó a Alemania. En Suiza la impulsaron el párroco Ulrich Zwingli (Zuinglio, 1484-1531), de formación humanista, y el francés Jean Calvin (Calvino, 1509-1564), afincado en Ginebra. Calvino, sobre todo, desarrolló una doctrina propia claramente distinta de la luterana. Partía de la idea de «predestinación», la determinación previa de la vida de las personas, «... pues no todos han sido creados en las mismas condiciones, sino que a unos les ha sido predestinada la vida eterna, y a otros la eterna condenación». Según la doctrina calvinista, la pertenencia al número de los elegidos por Dios se evidencia ya en la vida de cada cual: a quien consiga aumentar sus propiedades mediante una existencia laboriosa y austera, le esperará la vida eterna; quien no lo logre, acabará en el infierno. Aquella concepción se convirtió en el núcleo del calvinismo. El ánimo de lucro que Calvino propuso a sus seguidores se considera hoy una importante fuerza impulsora del capitalismo moderno.

Partiendo de Suiza y a través de algunos Estados del sur de Alemania, la doctrina de Calvino se difundió también en los Países Bajos y Francia —donde se llamó «hugonotes» a los calvinistas—, Escocia e Inglaterra. Los calvinistas escoceses e ingleses se llamaron «puritanos». Muchos de ellos emigraron más tarde a América e influyeron poderosamente en la formación de Estados Unidos.

GUERRAS DE RELIGIÓN EN EUROPA

La Iglesia católica intentó impedir por diversos medios la propagación del protestantismo. En 1554 se convocó un concilio que trabajó durante dieciocho años en la renovación de la Iglesia católica y su doctrina. Se formularon de nuevo y con mayor claridad los fundamentos de la fe y se definieron por contraposición a las «doctrinas heterodoxas». Los derechos y deberes del papa, los obispos y los sacerdotes fueron fijados con exactitud. Todos tenían que volver a ser servidores de Dios, y no príncipes ávidos de poder y placer; debían preocuparse más por los fieles y, sobre todo, por los pobres. La Iglesia católica quiso ganarse de nuevo la confianza de la gente y ser más atrayente. A ello habría de contribuir también la Compañía de Jesús, fundada en 1534 por el español Ignacio de Loyola. Los «jesuitas» no vivían en el retiro de un monasterio sino en medio de la gente y llegaron a ejercer una gran influencia como docentes en escuelas y universidades, consejeros y confesores de las cortes de los soberanos y misioneros. La época en que se reformó también la Iglesia católica se llama periodo de la Contrarreforma. De hecho, mucha gente no tardó en volver a la Iglesia católica.

Pero entre ambas religiones no reinó la paz, ni mucho menos. Hubo choques constantes en todos los países de Europa donde protestantes y católicos se hallaban frente a frente. La situación alcanzó un triste clímax en Francia el 24 de agosto de 1572, en la Noche de San Bartolomé. Aquella noche, católicos fanáticos masacraron a unos 20.000 hugonotes. Pero tampoco allí fue posible reprimir a la larga la nueva religión. En 1589 subió por primera vez al trono de Francia un hugonote en la persona de Enrique de Navarra, quien en 1598, a pesar de haberse visto obligado a adoptar la fe católica, garantizó igualdad de derechos a los hugonotes en su país mediante el Edicto de Nantes.

En la poderosa España gobernaba por entonces Felipe II, de quien se decía que era más católico que el papa. Felipe II persiguió a todos los «herejes», como llamaba a quienes eran de otra fe, y el que no quería abjurar de la «heterodoxia» era quemado en la hoguera. También pretendió reprimir por todos los medios el protestantismo en los Países Bajos, pertenecientes a España. Pero los protestantes de los Países Bajos del Norte, liderados por Guillermo de Orange, resistieron al soberano español durante diez años. En 1581 consiguieron independizarse y justificaron sus actos con el siguiente razonamiento: «Los pueblos no han sido creados por la voluntad del príncipe, sino el príncipe por la del pueblo, pues sin el pueblo no habría príncipes. El príncipe existe para gobernar a sus súbditos en derecho y justicia. Si no los trata así, sino como meros esclavos, deja de ser su príncipe y se convierte en tirano. Por tanto declaramos ahora al rey de España

privado de cualquier derecho al dominio sobre los Países Bajos. Eximimos a todos los funcionarios, autoridades, señores, vasallos y habitantes del juramento de obediencia y fidelidad prestado anteriormente al rey de España». Así pues, los neerlandeses fueron los primeros en formular un derecho de resistencia que más tarde pasaría a formar parte de muchas constituciones.

Sin embargo, Felipe II no abandonó su campaña contra los protestantes. Hizo construir la flota de guerra más poderosa de todos los tiempos y envió aquella armada contra Inglaterra, cuyo trono ocupaba la protestante Isabel I. María Estuardo, reina católica de Escocia, le disputaba dicho trono, pero Isabel hizo apresar y ejecutar a su rival. Ésta fue una de las razones para que Felipe le declarara la guerra. Isabel había apoyado, además, a los holandeses en su lucha contra éste y perseguía a los católicos en su propio país. El rey de España quiso conquistar Inglaterra y derrocar a su reina, pero los barcos españoles, grandes y sobrecargados, eran demasiado pesados en combate e inferiores a los pequeños y rápidos barcos ingleses. Los ingleses contaron además con la ayuda de un tiempo tormentoso. Así, en 1588, lograron derrotar y aniquilar a la armada española. Felipe II había perdido su lucha por el predominio católico en Europa, mientras que, para Inglaterra, aquel hecho significó su ascenso a la categoría de máxima potencia naval y colonial del mundo.

La oposición entre católicos y protestantes se agudizó también en Alemania a comienzos del siglo XVII y, en 1618, desembocó en la Guerra de los Treinta Años. Al principio se combatió realmente sólo por la religión y la fe. Pero cuando las tropas católicas e imperiales, dirigidas por su comandante Wallenstein, conquistaron la Alemania septentrional protestante y pretendieron incorporar al imperio las propiedades eclesiásticas de la región, los príncipes territoriales católicos se opusieron igualmente al emperador para que no adquiriera un poder excesivo. La cuestión del poder fue para los príncipes católicos más importante que la confesional.

La intervención de los países vecinos en la guerra tuvo también como motivo principal asuntos de poder. Aunque el rey Gustavo Adolfo de Suecia luchaba con su ejército por la causa protestante, quería ante todo reconquistar el norte de Alemania arrebatándoselo a los católicos a fin de garantizar la preeminencia de los suecos en el mar Báltico —un empeño en el que le apoyó la católica Francia—. El conflicto había dejado de ser una guerra de religión. Francia esperaba más bien poder sustituir como potencia dirigente de Europa a una Alemania enfrentada y debilitada por una larga guerra. Y consiguió su propósito.

La Paz de Westfalia de octubre de 1648 confirmó la libertad religiosa proclamada en Augsburgo en 1555 y la complementó con una importante

puntualización: los súbditos no estaban ya obligados a adoptar la religión de sus soberanos. En aquella paz, los príncipes territoriales alemanes salieron reforzados a costa del emperador. Alemania hubo de ceder algunos territorios a Francia y Suecia, y Suiza y Holanda se convirtieron en Estados independientes. Al comenzar la guerra, el Imperio tenía unos 17 millones de habitantes, pero en el momento de su conclusión sólo quedaban alrededor de diez. Y esos diez millones vivían en un país asolado que necesitó décadas para recuperarse de las consecuencias sociales y económicas de la guerra.

CHINA Y JAPÓN SE AÍSLAN

Los conquistadores europeos intentaron adquirir también influencia y poder en el lejano Oriente. Y lo lograron en los Estados menores y en la India, pero no en China y Japón.

La vida no había experimentado apenas cambios en China desde hacía siglos. De vez en cuando se sucedían las dinastías y unos emperadores débiles eran sustituidos por otros fuertes; algunos de ellos atribuyeron un valor especial a disponer de un ejército combativo con el que poder engrandecer su imperio, otros consideraron más importante el fomento de la economía y el comercio, varios gobernaron recurriendo al terror y la violencia, mientras que otros más fueron amantes de la educación y la cultura.

China sólo prestó atención a Occidente durante un breve periodo en el reinado de la dinastía Ming, entre los siglos XIV y XVII. Se amplió la flota, que en 1431 llegó a la costa oriental de África y se hallaba ya de camino a Europa. Pero, de pronto, se produjo un cambio en la política exterior, se abandonaron las expediciones y China se aisló del mundo y de las ideas de Occidente durante casi 500 años. Todavía en 1793, el emperador Qian Long escribía al rey de Inglaterra: «Tú, oh rey, vives más allá de muchos mares. Sin embargo, movido por tu humilde deseo de participar en las bendiciones de nuestra cultura, has enviado una embajada que nos entregó tu respetuoso escrito. Pero aunque asegures que tu veneración por nuestra celestial dinastía te llena de deseo de asimilar nuestra cultura, nuestros usos y costumbres se diferencian tan enteramente de los vuestros que os resultaría imposible trasplantarlos a vuestro suelo, por más que tu enviado fuera capaz de apropiarse de las concepciones básicas de nuestra cultura... No me es posible dar uso a los productos de vuestro país. Nuestro imperio celestial abunda en todo tipo de cosas, y dentro de sus fronteras no le falta de nada. Por eso no existe necesidad alguna de introducir mercancías de bárbaros extranjeros para intercambiarlas por nuestros propios productos. Pero como los pueblos europeos y tú mismo tenéis necesidad absoluta de té, seda y porcelana, producidos por el Imperio Celeste, debo seguir autorizando el comercio limitado, permitido hasta ahora en mi provincia de Cantón».

China se sintió muy superior al resto del mundo hasta entrado el siglo XVIII. Todos los intentos de portugueses, holandeses o ingleses para poner un pie en China de forma duradera o difundir, incluso, las enseñanzas del cristianismo fueron un fracaso. Las relaciones con Europa se limitaban sobre todo a la exportación de porcelana, seda, algodón y té.

En Japón, los europeos tuvieron más éxito que en China. En 1542 desembarcaron allí los primeros comerciantes portugueses, a quienes siguió siete años después el jesuita Francisco Javier con el fin de cristianizar el país, propósito en el que logró unos éxitos notables junto con sus compañeros; se habla incluso de un «siglo cristiano» de la historia japonesa. Aquello sólo fue posible porque los numerosos príncipes provinciales se hacían constantemente la guerra y no se preocupaban por los misioneros europeos. El triunfador final de aquellas guerras entre rivales fue, en 1600, Ieyasu Tokugawa, quien unificó el imperio e hizo que el emperador le otorgara el cargo hereditario de sogún. El sogún era una especie de jefe de gobierno y comandante supremo del ejército al mismo tiempo, el hombre más poderoso del Estado. Apenas hubo ocupado su cargo, Tokugawa comenzó a oponerse a las influencias occidentales. Los europeos fueron expulsados del país, se persiguió a los cristianos y, a mediados del siglo XVIII, la fe cristiana fue prácticamente suprimida.

El comercio con los japoneses quedó prohibido a cualquier extranjero, a excepción de los chinos y unos pocos mercaderes holandeses que suministraban productos occidentales a Japón. De 1615 a 1854, los gobernantes de la familia Tokugawa pusieron el país totalmente a resguardo del resto del mundo. Los extranjeros no podían entrar en Japón, ni los japoneses salir de su tierra. La vida se atuvo a los valores tradicionales y la gente llevó una existencia conforme con los antiguos usos y costumbres. Japón vivió así 250 años de paz interna y florecimiento económico. Sin embargo, la consecuencia de la política de aislamiento de Japón y China fue que ambos países quedaron excluidos durante siglos del desarrollo económico y científico de Occidente.

«L'ÉTAT C'EST MOI!»

Entre las frases pronunciadas por algún gobernante, no hay apenas ninguna tan conocida como este dicho de Luis XIV, que reinó durante 72 años tras haber ascendido al trono francés en 1643 a la edad de cinco. Ningún soberano ha estado nunca tanto tiempo en el poder. Durante su niñez no gobernó todavía él mismo, como es natural, sino que lo hizo en su nombre el cardenal Mazarino, su tutor. Al morir éste en 1661, Luis convocó al consejo de Estado y declaró: «Os he hecho venir para deciros que, a partir de este momento, me encargaré personalmente de mis asuntos. Me apoyaréis con vuestro asesoramiento cuando os lo pida». Al preguntarle un miembro del clero sobre quién era la persona a la que pensaba acudir tras la muerte del cardenal Mazarino, Luis contestó: «¡Yo mismo, señor arzobispo!».

Como Luis quería tomar las decisiones en su reino por sí solo, comenzó reuniendo en torno a él a personas que le obedecieran de manera incondicional. Los miembros de la alta aristocracia, que creían tener algún derecho a ocupar determinados puestos, fueron postergados con gran habilidad: oficialmente eran sus consejeros y se les obligó a vivir con él en la corte, pero sólo para tenerlos controlados; el rey no les pidió consejo casi nunca.

Fuera de la corte, Luis no dejó tampoco el poder del país en manos de los nobles y, en cambio, colocó al frente de cada distrito administrativo a un funcionario leal procedente de la burguesía. Si alguno incumplía sus deberes, el rey podía despedirlo de inmediato.

La totalidad de los impuestos y aranceles iba a parar a la hacienda pública, y Luis disponía en qué se emplearía el dinero. También se arrogó el derecho a dictar leyes y tomaba decisiones por sí solo incluso en asuntos de guerra y paz. Poseía el poder pleno, absoluto, en el Estado; gobernaba de manera «absolutista». Luis XIV se comparaba con el Sol, motivo por el que se le llamó también el «Rey Sol». No es seguro que dijera la famosa frase citada en el título del capítulo, pero se le puede atribuir perfectamente.

El Rey Sol se hizo construir en Versalles un palacio gigantesco que en dinero actual costó de 25 a 30 mil millones de euros —una suma astronómica para las condiciones de su tiempo—. En aquel palacio debía residir continuamente una corte de 4.000 personas a disposición del rey. Todo cuanto hacía, desde que se vestía por la mañana hasta que se desnudaba por la noche, se asemejaba a una actuación teatral cuyo protagonista era él, acompañado por un enorme número de figurantes. Aquella vida de lujo y despilfarro «en la corte» costaba, al igual que la

construcción del palacio, mucho dinero. A ese gasto había que añadir el de un gigantesco ejército «en armas», que en tiempos de paz vivía acuartelado y que era forzoso mantener.

El encargado de conseguir el dinero necesario era el ministro Colbert. A él se debe la idea de comparar el comercio internacional con una guerra. Según su teoría, para tener éxito en aquella guerra había que exportar lo más posible e importar lo menos posible. Las primeras empresas industriales, las manufacturas, le parecieron lo más idóneo para hacer realidad aquel concepto económico y fueron fomentadas, por tanto, mediante créditos baratos y exenciones fiscales. Los procesos de producción en las manufacturas propiamente dichas se armonizaron de tal modo que cientos de trabajadores especializados y auxiliares producían en gran número y buena calidad vestidos, alfombras, muebles, carruajes y muchos otros artículos como en una cadena de montaje. Para poder vender aquellos productos lo antes posible se ampliaron o construyeron carreteras, canales y puertos. Se redujeron los aranceles aduaneros a fin de ofrecer en el extranjero mercancías más baratas, y los productos llegados de fuera se gravaron con tasas elevadas, resultando así demasiado caros para la mayoría de los franceses. Estas medidas económicas reciben el nombre de «mercantilismo». Su principal finalidad era proporcionar dinero a la Hacienda estatal sin tener en cuenta las necesidades de la población del país.

Un consejero del rey informaba en 1698 de que «casi una décima parte de la población ha caído en la ruina en los últimos tiempos y se mantiene, de hecho, recurriendo a la mendicidad, mientras cinco de las restantes nueve décimas partes no están en condición de ayudar con limosnas a los más pobres, pues se hallan al borde de correr una suerte similar. De las otras cuatro décimas partes, tres se encuentran en una mala situación económica y apremiadas por procesos judiciales. Tengo la impresión de que, desde tiempo inmemorial, no se ha tenido suficiente consideración con el pueblo sencillo y se ha hecho demasiado poco por él. En consecuencia, es el estrato más arruinado y depauperado del reino, aunque, por otra parte, en función de su número y de los servicios reales y útiles que presta al Estado, es el más importante, el que con su trabajo, su actividad comercial y sus tributos genera el auge del rey y de su reino».

Al morir Luis en 1715 dejó un Estado que externamente seguía manteniendo su esplendor, pero adolecía de grandes problemas internos. Las finanzas públicas estaban en la ruina, la posición de predominio de Francia en Europa se desvanecía y el pueblo francés vivía en condiciones miserables.

A pesar de ello, Luis XIV fue un gran modelo para muchos príncipes europeos de su tiempo, que imitaron su forma de vida, su estilo de gobierno y su

política y quisieron ser, al menos, otros pequeños reyes Sol, un propósito que, como en Francia, fue causa de padecimientos para el pueblo sencillo. Los campesinos fueron exprimidos más que nadie hasta la última gota. Pagaban impuestos y tributos y debían, además, contribuir con trabajo no retribuido a la reconstrucción de residencias y abadías, iglesias y ayuntamientos de dimensiones a menudo gigantescas. Cuando admiramos los espléndidos edificios de aquel tiempo, no deberíamos olvidar esa situación.

EL EJEMPLO DE INGLATERRA

A partir de 1215 no hubo ya monarcas absolutistas en Inglaterra. Aquel año, en la famosa Magna Carta Libertatum, se estableció que el rey sólo podía imponer cargas fiscales con la aprobación de los príncipes, los obispos y los barones. Una asamblea de miembros de la alta nobleza debía vigilar que así fuera. Con el tiempo se eligió de entre ella una corporación encargada de asesorar al rey en todas las decisiones importantes. Desde el siglo XIV se nombró también a ciudadanos y nobles rurales de buena reputación para formar parte de aquella asamblea, de la que más tarde derivó el Parlamento inglés bicameral: la alta nobleza y los obispos formaban la «Cámara alta»; los caballeros rurales y los ciudadanos, la «Cámara baja».

Todos los reyes y reinas colaboraron con el Parlamento hasta comienzos del siglo XVII sin que se produjeran conflictos dignos de mención. La situación cambió con Carlos I, nombrado rey en 1625. Carlos opinaba que había sido elegido por Dios para gobernar el país y hacerlo, además, según le pareciera correcto. Para ello se remitía a los escritos de algunos eruditos famosos que afirmaban que en el Estado debía haber siempre una persona que decidiera qué se debía hacer o dejar de hacer. Ese soberano sólo debía rendir cuentas a Dios. Sin embargo, el Parlamento y el pueblo inglés no estuvieron de acuerdo con la idea. El conflicto se mantuvo latente durante unos años y, en 1642, desembocó en una guerra civil. Las tropas del Parlamento se pusieron bajo el mando de Oliver Cromwell (1599-1658), un puritano radical que se llamaba a sí mismo «guerrero de Dios». Cromwell venció junto con sus tropas en las dos batallas decisivas. Luego expulsó del Parlamento a todos los miembros del mismo que no quisieron unirse a él y eran partidarios de negociar con el rey. El Parlamento reducido llevó al rey ante un tribunal que le condenó a muerte. El 30 de enero de 1649, Carlos I fue decapitado delante de su palacio de Londres. Por primera vez en la historia del mundo, una rebelión de sus súbditos había costado la cabeza a un rey.

Inglaterra fue declarada república con Cromwell como jefe de gobierno. Cromwell se preocupó poco por los derechos del Parlamento, se hizo proclamar «lord Protector» vitalicio en 1653 y, con la ayuda de sus tropas, gobernó el país como un dictador militar. Apenas había diferencias entre su estilo de gobierno y el del rey ajusticiado. A su muerte le sucedió en el cargo su hijo, pero era tan incapaz que fue depuesto al cabo de un año. En cualquier caso, la mayoría de los ingleses estaban ya hartos de la república cromwelliana y deseaban de nuevo un rey, que, sin embargo, debería tener frente a él un Parlamento fuerte.

En mayo de 1660, tras haber jurado respetar los derechos del Parlamento, se eligió nuevo rey a Carlos II. No pasó, sin embargo, mucho tiempo hasta que pudo verse que también él aspiraba a ejercer un poder absolutista. Carlos II se hallaba, además, próximo al catolicismo y favoreció a los católicos en la concesión de cargos. El Parlamento se defendió con una ley que excluía de cualquier cargo público a los miembros de esa confesión. Los parlamentarios fueron aún más lejos y quisieron impedir que un católico pudiera llegar a ser rey de Inglaterra. En este sentido les resultó muy oportuno que María, hija de Carlos, estuviera casada con el protestante Guillermo III de Orange. Ambos debían ayudarles a luchar contra los católicos; a cambio recibirían la corona inglesa. Ellos accedieron y, en 1668, desembarcaron en Inglaterra con un gran ejército, ante lo cual el rey huyó a Francia. Sus tropas se rindieron sin lucha y Guillermo y María pudieron entrar en Londres sin derramar sangre. Pero, antes de ser coronados, tuvieron que firmar un acuerdo, la Declaration of Rights. Con la promulgación de este texto se garantizaban importantes derechos fundamentales al Parlamento y a los ciudadanos ingleses: las leyes sólo se podían promulgar y derogar mediante aprobación del Parlamento, necesaria también para la aplicación de impuestos, aranceles y tributos; la elección del Parlamento debía realizarse con libertad y sin impedimentos; los parlamentarios tenían derecho a la libertad de expresión y la inmunidad, es decir, no podían ser sometidos a procesos penales mientras el Parlamento no aprobara expresamente su procesamiento; el rey no podía mantener un ejército permanente en tiempo de paz sin la aprobación del Parlamento; unos tribunales independientes eran los responsables del cumplimiento de las leyes; nadie podía ser ejecutado o encarcelado sin una condena judicial. La fijación por escrito de estos derechos fundamentales en 1689 fue un hecho revolucionario; con él quedaba concluida la *Glorious Revolution*, según se denomina en Inglaterra.

En un tiempo en que el resto de Europa estaba gobernado por príncipes absolutistas según el modelo francés, el Parlamento inglés había conseguido que se le asignara una función política determinante y había dado un gran paso hacia la fijación de una Constitución estatal de carácter moderno. En 1734, el filósofo francés Voltaire escribía en sus Cartas sobre los ingleses: «La Constitución inglesa ha alcanzado tal perfección que, en función de ella, todos los seres humanos pueden disfrutar de aquellos derechos naturales de los que se ven privados en casi todas las monarquías».

IRRUPCIÓN VIOLENTA EN LA MODERNIDAD

Durante los siglos XVI y XVII, la mayoría de los países de Europa y el mundo se hallaban tan ocupados consigo mismos y con la extensión de su poder que apenas se percataron del ingreso de una nueva potencia en la historia. Aquella potencia era Rusia.

Tras la conquista de Constantinopla en 1453 por los turcos musulmanes, los clérigos rusos se consideraron los únicos cristianos observantes de la doctrina correcta —«ortodoxos»—, declararon a Moscú «tercera Roma» y centro de la verdadera cristiandad y se aislaron deliberadamente de Occidente. Los grandes príncipes de Moscú se vieron a sí mismos como los sucesores de los emperadores bizantinos. En 1547, Iván IV, llamado «el Terrible», fue el primer soberano ruso en hacerse coronar zar, es decir, emperador. Iván gobernó el imperio con mano de hierro, arrebató a los nobles —los «boyardos»— su poder y les quitó sus tierras. Una policía sometida directamente a él aterrorizó y mató a muchos boyardos y a quienes se opusieron a la política del zar. Iván creó un sistema absolutista de gobierno recurriendo a métodos terribles y consideró el imperio como una especie de propiedad privada.

En Rusia, al igual que en Bizancio, la Iglesia y el Estado estaban estrechamente vinculados: la Iglesia necesitaba un protector y, a cambio, dio legitimidad al soberano y a su política. Un clérigo importante escribía lo siguiente a Iván IV: «Has de saber, piadoso zar, que todos los reinos de la fe cristiana ortodoxa han pasado a integrarse en tu único imperio. Tú solo eres zar de los cristianos en toda la Tierra. Dos Romas han caído, pero la tercera sigue en pie, y nunca habrá una cuarta». Con la ayuda de Dios y de la Iglesia, el zar conquistará los reinos de los infieles para llevar la fe a sus habitantes. Al mismo tiempo, el clero ruso reconocía la función directriz absoluta del zar. «Por su naturaleza, el zar es semejante a los demás seres humanos, pero en potestad se asemeja al Dios supremo».

La Iglesia colaboró estrechamente con Iván tanto en sus numerosas guerras como en la represión de los campesinos; los latifundistas seculares y eclesiásticos tenían un mismo interés en vincular los campesinos a sus propiedades. La libertad de éstos se vio, por tanto, limitada paso a paso hasta que en 1649 fueron declarados siervos. De ese modo se les desposeyó de casi todos sus derechos, con lo cual quedaron al arbitrio de sus señores y llevaron una existencia miserable. Su condición no experimentó ningún cambio cuando el zar Pedro I (1682-1725) comenzó a reformar aquel país atrasado. La reforma significaba para él abrir Rusia

a Occidente y aprender de éste. Para ello emprendió entre 1697 y 1698 uno de los viajes más insólitos que haya realizado nunca un soberano: acompañado de una delegación de 250 personas, Pedro recorrió con nombre falso Europa occidental. Quería hacerse una idea de las diferentes organizaciones estatales y sus sistemas económicos y sociales. El zar sólo se daba a conocer en las cortes. Tras encontrarse con él, Sofía de Hannover, esposa del príncipe elector de aquel Estado, escribió: «Teniendo en cuenta todos los privilegios que le ha otorgado la naturaleza, sería de desear que sus modales fueran menos rústicos».

La vida cortesana no formaba parte, en realidad, del mundo de Pedro. Se interesaba más por la técnica y la economía, asistió a clases de mecánica y visitó a personas eruditas en sus talleres para observar de reojo lo que hacían. Al parecer llegó, incluso, a trabajar diez meses en astilleros holandeses e ingleses como carpintero naval bajo el nombre falso de Piotr Mijáilov con el fin de aprender cómo construir buenos barcos. Su conducta absolutamente insólita sirvió de inspiración para las obras de algunos poetas y músicos, por ejemplo, la ópera de Albert Lortzing titulada Zar y carpintero.

El zar regresó a Rusia con sus nuevos conocimientos y con unos mil especialistas en diversas materias contratados por él. Poco después se obligó a los rusos a afeitarse sus largas barbas y despojarse de sus trajes locales para tener el aspecto de auténticos europeos. Luego, Pedro quiso disponer de una capital nueva y europea que habría de ser al mismo tiempo un puerto a orillas del Báltico. Aunque el terreno elegido era pantanoso y resultaba totalmente inadecuado debido a las numerosas inundaciones, el zar mandó reunir a masas de campesinos, obreros y artesanos que, «diezmados continuamente por las terribles condiciones de vida, una alimentación escasa y las epidemias», hubieron de desecar pantanos y clavar en el suelo troncos de árboles antes de poder iniciar la construcción de edificios. El número de muertos en aquella empresa habría superado, según cálculos serios, la cifra de 120.000 personas. La nueva capital de San Petersburgo fue para el zar la «ventana a Occidente». Se dice que la llamaba «mi paraíso».

A fin de reforzar la posición de Rusia en el mundo, el zar ordenó formar un ejército permanente según el modelo occidental, para lo cual se reclutó forzosamente cada año de 30.000 a 40.000 jóvenes a quienes se impartió instrucción militar. También se amplió la flota hasta hacerla la más poderosa del Báltico. Y, tal como había hecho con el ejército, el zar Pedro reorganizó así mismo la administración estatal. Para ello dividió el imperio en ocho distritos. Los gobernadores de distrito eran responsables ante el gobierno imperial, y éste a su vez ante el zar. Para que todos los niveles de gobierno trabajaran de acuerdo con sus ideas, sustituyó a la nobleza de linaje por una aristocracia de servicio. Lo decisivo en aquel nuevo ordenamiento jerárquico de funcionarios y oficiales no fue

ya el linaje sino el rendimiento en cualquier grado en que se hallara cada cual.

Ninguna de aquellas reformas benefició a los trabajadores y los campesinos; al contrario, los servicios que debían realizar y los impuestos que habían de pagar eran cada vez mayores. «Las clases altas abandonaron al mismo tiempo las costumbres rusas y al pueblo ruso y comenzaron a vivir, vestirse y hablar de acuerdo con los usos extranjeros... De ese modo se produjo una ruptura entre el zar y el pueblo y se desanudaron los antiguos vínculos. El monarca ruso se convirtió en un déspota, y el pueblo libre se equiparó en importancia a unos esclavos sin libertad», según el juicio de un cronista ruso. Esa clase de juicios preocupaba, sin embargo, poco a Pedro el Grande, según el apelativo por el que no tardó en ser conocido. El zar persiguió su objetivo de modernizar Rusia con una determinación brutal. Cuando el príncipe Alejo se unió a un movimiento inspirado en la antigua Rusia para detener el rumbo occidentalizante de su padre, el zar lo hizo asesinar.

Al morir en 1725, Pedro el Grande era odiado por la mayoría de los rusos; pero a partir de entonces, Rusia desempeñó un importante cometido en la política europea.

DE LOS HABSBURGO A LOS HOHENZOLLERN

Los condes de Habsburgo, originarios del cantón suizo de Argovia, habían conseguido con el paso de los siglos hacer de su linaje uno de los más poderosos de Europa. El ascenso comenzó en 1273, cuando Rodolfo de Habsburgo fue elegido «emperador de compromiso» del Imperio germánico porque ninguno de los grandes príncipes había querido la corona en unos momentos difíciles. Rodolfo, supuestamente débil, no tardó en revelarse como un político y un padre de familia inteligente. Es legendaria la habilidad con que casó a sus nueve hijos y colocó a un número cada vez mayor de miembros de su familia en puestos importantes del Imperio. Al actuar así, puso la primera piedra de la insólita historia de éxito de su linaje. Bajo Carlos V, que reinó de 1519 a 1556, el dominio de los Habsburgo, los austrias españoles, llegaba de Hungría, en el este, a España, en el oeste, y más allá, hasta las posesiones españolas en América. El emperador pudo decir que en su reino no se ponía el Sol. Pero ningún soberano podía mantener unido durante mucho tiempo aquel imperio multinacional, sobre todo porque los numerosos príncipes imperiales practicaban su propia política. Los príncipes territoriales sólo apoyaron al emperador cuando la expansión del Imperio otomano fue en aumento y los turcos se hallaron a las puertas de Viena en 1683; al fin y al cabo, se trataba de la salvación de Occidente. Los Habsburgo siguieron conservando la corona del Imperio romano germánico hasta 1804, pero en aquel momento sólo reinaban, en realidad, sobre Austria, Hungría y Bohemia.

Otro linaje principesco fue ganando importancia en el siglo XVII a la sombra de los Habsburgo, a pesar de que las condiciones parecían las peores que uno pueda imaginar. Nos referimos a los Hohenzollern, que gobernaban el Estado de Brandeburgo-Prusia, un territorio fragmentado y económicamente insignificante pero cuya situación cambió durante los 48 años de gobierno del príncipe elector Federico Guillermo, quien modernizó la administración, la economía y el ejército siguiendo el modelo francés y creó así las condiciones para el ascenso de Brandeburgo-Prusia. Su hijo Federico no quiso limitarse, sin embargo, a ser príncipe elector; quería ser rey. Tras varios años de regateo consiguió comprar la aprobación de los príncipes más importantes y del emperador. En enero de 1701, Federico se coronó a sí mismo en Königsberg como «rey de Prusia». En Viena, en la corte de los Habsburgo, donde no se tomaban en serio al primer rey de Prusia, aquella iniciativa fue tan sólo motivo de diversión. Tratándose de Federico I, la reacción Habsburguesa fue, incluso, comprensible, pues el nuevo rey era un esteta de escaso peso político; en la corte imperial no necesitaban verlo con ninguna seriedad especial. Su hijo Federico Guillermo I, a quien pronto se llamó el «rey

soldado», era, sin embargo, de otro calibre. Aquel piadoso pedante consideraba que un ejército fuerte y una hacienda austera eran las condiciones para «garantizar a mi país y a mi pueblo una felicidad durable». Así pues, reclutó a gente joven, a menudo por la fuerza, y duplicó el número de sus soldados hasta llegar a 80.000 hombres, a quienes se inculcó la obediencia literalmente a palos. La «instrucción prusiana» adquirió pronto una triste fama.

La conciencia del deber, la obediencia, la disciplina, el orden y la laboriosidad eran para el Rey Soldado los valores supremos. Esos valores se encarnaban según Federico Guillermo en el ejército; por tanto, todo el país debía convertirse en una especie de cuartel. Las «virtudes prusianas» acabaron siendo una noción sólidamente establecida, aunque más tarde cayeron en descrédito; sin ellas, no obstante, habría sido difícil lograr que aquel país pequeño y atrasado fuera en tan corto tiempo una gran potencia europea.

Cuando Federico Guillermo I hizo balance al final de su vida, Prusia contaba con el tercer ejército más fuerte de Europa, no tenía ya deudas y disponía de diez millones de táleros en las arcas militares.

El Rey Soldado había deseado siempre que su hijo mayor, Federico, llegara a ser algún día como él. Pero aquel deseo no se cumplió. El capítulo siguiente, dedicado a las corrientes y procesos intelectuales de la época, nos permitirá comprender por qué fue así.

LA ERA DE LA RAZÓN

Los años finales del siglo XVII y el siglo XVIII se denominan «era de la razón». Estas palabras pretenden expresar cómo el pensamiento se fue liberando progresivamente no sólo de la superstición sino, también, de una fe sin crítica. El proceso iniciado con el Renacimiento y el Humanismo continuó en aquel momento con más fuerza. De Inglaterra y Francia, sobre todo, partieron corrientes intelectuales nuevas. Todas las opiniones vigentes hasta entonces sobre la religión, el Estado, la sociedad y la economía quedaron cuestionadas y fueron sometidas al juicio riguroso del entendimiento. Si algo no resistía aquel examen racional, era desechado —como se hacía en los experimentos científicos—. Según había escrito ya en 1637 el francés René Descartes en su Discurso sobre el método para el uso correcto de la razón, los únicos datos verdaderos eran los que podía reconocer el ser humano mediante su razón.

Los seres humanos no deberían dejarse tutelar por las antiguas autoridades, sino actuar de manera independiente y razonable, es decir, «ilustrada». El filósofo alemán Immanuel Kant resumió en su famosa definición qué se debe entender por Ilustración: «La Ilustración es la salida del ser humano de su estado de inmadurez culposa. Inmadurez es la incapacidad para servirse de la propia inteligencia sin una guía ajena. Esa inmadurez es culposa cuando su causa no se halla en una falta de inteligencia sino de decisión y coraje para servirse de ella sin una guía ajena. Sapere aude! “¡Atrévete a utilizar tu propia inteligencia!”; éste es el lema de la Ilustración».

Los ilustrados hablaban de igualdad natural entre las personas y decían que todo ser humano posee una dignidad que nadie tiene derecho a arrebatarse, ni siquiera el emperador. El filósofo inglés John Locke escribía en 1689: «Si consideramos el estado en que se hallan los seres humanos por naturaleza, vemos que se trata de un estado de plena libertad».

Al cabo de unos setenta años, el ginebrino Jean-Jacques Rousseau comenzaba su libro El contrato social con esta frase: «El ser humano nace libre, pero está encadenado en todas partes». Rousseau, Locke, Kant, Montesquieu, Voltaire y los demás ilustrados querían romper esas cadenas. Los seres humanos, nacidos libres, debían unirse con igual libertad para formar asociaciones que protegieran sus derechos naturales. Debían concertar contratos en los que se fijaran de igual modo los derechos y deberes del gobernado y el gobernante. Para que nadie fuera demasiado poderoso en el Estado, el poder debía dividirse: unos decidían las leyes, otros las ponían en práctica, y otros más procuraban que todo

funcionara correctamente.

Según aquellas ideas, los soberanos no habían sido instituidos por Dios sino por su pueblo. Su tarea es cuidar de la dignidad de las personas, proteger su libertad, y fomentar su bienestar y su felicidad. Si un soberano no se atiene al contrato con su pueblo y abusa de la confianza depositada en él, el pueblo podrá deponerle. Aquellas concepciones nuevas y revolucionarias contradecían, por supuesto, el absolutismo dominante en Europa y fueron rechazadas por la mayoría de los príncipes. Los únicos que se dejaron influir por los ilustrados fueron José II de Austria, la zarina de Rusia Catalina la Grande y, precisamente, el príncipe heredero Federico de Prusia.

¿UN FILÓSOFO EN EL TRONO DE PRUSIA?

Para ser hijo de un rey, Federico II (1712-1786) tuvo una infancia y una juventud anormalmente duras. El Rey Soldado quiso educarlo a su imagen y semejanza: «¡Fritz ha de ser como yo!». Y su padre vestía al pequeño Fritz de uniforme ya desde los cinco años y se lo llevaba a montar a caballo, cazar y participar en desfiles y maniobras. Sin embargo, los asuntos militares repugnaban al príncipe heredero tanto como las «virtudes prusianas». En cambio, al dotado y sensible Federico le gustaban la vida cortesana y las artes, leía con preferencia literatura francesa, se dedicaba a la filosofía, escribía poemas y tocaba la flauta a escondidas. Para su padre, todo aquello eran estupideces de las que intentó liberar a su hijo a golpes y bastonazos. Cuando Federico tenía dieciocho años quiso escapar de la fusta de su padre y abandonar el país junto con un amigo; los descubrieron en la frontera. El rey hizo que ambos comparecieran ante un tribunal de guerra y fueran condenados a muerte. El príncipe heredero fue indultado poco antes de la ejecución, pero hubo de ver cómo decapitaban a su amigo. Luego, lo encerraron en un calabozo todo el tiempo que su padre consideró oportuno.

Aquellas vivencias y experiencias cambiaron profundamente al joven Federico. Pronto se plegó a la voluntad de su padre y pasó por una etapa de aprendizaje en asuntos administrativos, económicos y militares. Finalmente llegó, incluso, a casarse con la princesa elegida por su progenitor y a la que no amaba. Con ella vivió en el palacio de Rheinsberg, en Brandeburgo, donde pudo por fin dedicarse en paz a la música y la literatura y al estudio de la filosofía. Allí inició un intercambio epistolar con Voltaire y escribió un libro. En él esbozaba la imagen de un soberano consciente de su deber y amante de la paz, guiado en sus acciones por las ideas de la Ilustración. El bienestar del pueblo debía tener precedencia sobre todo lo demás. En cuanto al soberano, Federico lo consideraba el «primer servidor del Estado».

Al convertirse Federico en rey en 1740, muchos esperaron ver en el trono de Prusia a un filósofo que gobernaría el país en paz. Y así lo pareció durante un corto periodo. Desde los primeros días, Federico abolió la tortura y el privilegio del rey a intervenir en los procesos judiciales. Procuró que las personas de cualquier estamento fueran tratadas ante los tribunales con idénticos derechos. Luego proclamó la libertad de fe y religión. «En mi Estado, todo el mundo puede llegar a la bienaventuranza a su manera», es uno de sus dichos más conocidos.

Para su época, Federico fue, en efecto, un soberano tolerante; bajo su mandato pudo desarrollarse, junto con el espíritu prusiano de subordinación, una

nueva manera de pensar. El escritor Gotthold Ephraim Lessing defendió, por ejemplo, en sus escritos y obras de teatro, sobre todo en *Natán el sabio*, un trato racional, tolerante y humano entre todos los seres humanos. Nadie se lo impidió en Prusia, y el rey menos que nadie.

Sin embargo, Federico no era sólo un filósofo, también era el máximo soldado del país. Y en cuanto tal, y para sorpresa de todos, aprovechó la primera oportunidad de engrandecer su país a costa de los Habsburgo. La oportunidad se presentó con la muerte del emperador Habsburgués Carlos VI y el estallido de un conflicto en el Sacro Imperio Romano sobre si debía sucederle su hija María Teresa o si aquella princesa sólo tenía derecho a la corona austriaca. Federico aprovechó la inseguridad derivada de la situación para invadir Silesia, perteneciente a Austria. Aquel fue el comienzo de las Guerras de Silesia. Tras sufrir dos derrotas, María Teresa se alió con Rusia y Francia. Aunque, en realidad, Prusia no consiguió ganar la ulterior Guerra de los Siete Años, librada de 1756 a 1763, Federico demostró su excelente capacidad como estratega contra la gran superioridad de los socios de la coalición enemiga. Durante la campaña, el rey pudo confiar en la disciplina y la capacidad combativa del ejército prusiano. Y cuando éstas no fueron suficientes y la guerra parecía ya perdida, la buena suerte —algunos hablaron incluso de un milagro— vino a ayudar a Federico: Isabel, la zarina rusa, murió cuando nadie en absoluto lo esperaba. Su sucesor, Pedro III, era, a diferencia de ella, un gran admirador de Federico y cambió de bando sin perder un momento. La guerra concluyó un año más tarde con la Paz de Hubertusburg. Federico el Grande, como se le llamó en adelante, había consolidado la posición de Prusia como gran potencia europea.

¡HACIA AMÉRICA!

Decenas de miles europeos emigraron a América en los siglos XVII y XVIII con la esperanza de hallar una vida mejor en el Nuevo Mundo. Unos emprendieron aquel viaje largo y peligroso por motivos económicos; para otros, lo determinante fueron sus ideas políticas; muchos dejaron su patria porque eran perseguidos o postergados por su fe, como los «padres peregrinos» puritanos llegados de Inglaterra a las costas norteamericanas ya en 1620. Los inmigrantes construyeron aldeas, talaron bosques y labraron la tierra para convertirla en campos de cultivo. Pero los habitantes originarios del país no contemplaron inactivos todo aquello. A menudo se produjeron duros combates porque los europeos no respetaban los derechos de los indios. Fueron pocos los lugares donde los colonos intentaron entenderse con los indígenas y llegar con ellos a arreglos pacíficos. Una característica común a los colonos europeos fue su vinculación política con sus países de origen.

En las colonias del norte, denominadas territorios repoblados, los inmigrantes vivían sobre todo de la agricultura y la artesanía, la pesca y la construcción naval. La vida eclesiástica, política, económica y cultural estuvo marcada por la huella de los puritanos. En aquellas regiones, donde hubo que levantar colonias y aldeas de la nada, la doctrina calvinista supuso una especial ventaja: la laboriosidad unida a la austeridad tuvo como resultado un auge rápido. Los pueblos se transformaron en ciudades, y en 1636 se fundó ya el primer centro docente superior: la universidad de Harvard en Cambridge (Massachussets).

El sur se desarrolló de manera distinta que el norte. Allí se plantó sobre todo arroz, tabaco, caña de azúcar y, más tarde, también algodón en grandes superficies. En aquellas plantaciones encontró empleo mucha gente, pero era un trabajo mal pagado. Donde no había suficiente mano de obra, los dueños de las plantaciones hicieron traer gente de África, esclavos vinculados de por vida a las plantaciones y sometidos a la autoridad de sus señores con sus hijos y los hijos de sus hijos. De ese modo no tardó en generarse en el sur una diferencia entre pobres y ricos mucho más acusada que en el norte. El desarrollo cultural y la vida intelectual fueron también distintos y menos avanzados. Las diferencias entre los Estados norteamericanos y sureños entrañaron desde el principio para el país motivos de disputa que desembocarían más tarde en una guerra civil.

Pero antes estalló un conflicto entre Inglaterra y Francia por el predominio en el Nuevo Mundo, la guerra colonial anglofrancesa, que concluyó con una gran victoria para Inglaterra. Con la paz de París de 1763, todas las colonias de la costa

este y extensas partes de Norteamérica fueron propiedad del Imperio mundial británico. Poco después de acabar la guerra, el gobierno de Londres decidió controlar las colonias con mayor rigor y tensar las riendas con que las sujetaba. Como la guerra había costado mucho dinero, las colonias debían contribuir a liquidar las deudas del Estado a partir de ese momento. Para ello, el Parlamento inglés aprobó nuevas leyes sobre aduanas e impuestos que provocaron duras protestas en las colonias. Los colonos rechazaron rotundamente que el Parlamento del lejano Londres tuviera derecho a dictarles impuestos. «*No taxation without representation!*» («¡Sin representación, no hay impuestos!»), decía su consigna. En consecuencia, se negaron a pagar impuestos y boicotearon los productos ingleses.

Aunque el Parlamento inglés retiró seguidamente algunas leyes, la situación se agravó. Al final sólo se mantuvo la tasa sobre el té —más por cuestión de principios que por motivos económicos—. El Parlamento inglés quería recordar de esa manera su derecho a dictar leyes y a recaudar impuestos, incluso en las colonias americanas. Cuando, a mediados de diciembre de 1773, tres navíos ingleses fondearon en el puerto de Boston para desembarcar su cargamento de té, los «Hijos de la libertad» llamaron a la población a oponerse abiertamente. El 16 de diciembre, los ciudadanos de Boston se vistieron de indios, asaltaron los barcos y arrojaron al agua las cajas de té. La acción pasó a la historia con el nombre de Boston Tea Party y desencadenó la guerra de independencia norteamericana.

En 1774 se reunieron en Filadelfia representantes de las colonias para celebrar el Primer Congreso Continental. En aquel momento, la mayoría estaba aún dispuesta a reconocer como rey a Jorge III de Inglaterra. Pero los ánimos cambiaron cuando éste declaró rebeldes a los colonos sin marcar ninguna diferencia. Muchos súbditos leales de Su Majestad se pasaron entonces a los sublevados. En mayo de 1775 se reunió el Segundo Congreso Continental. Se formó un gobierno provisional y se nombró a George Washington (1732-1799) comandante supremo del Ejército Continental. Trece colonias se declararon independientes ya durante la guerra y el 4 de julio de 1776 firmaron solemnemente la Declaración de Independencia. En aquel documento de importancia histórica mundial se recogieron importantes ideas y demandas de los ilustrados, sobre todo del inglés John Locke. Al mismo tiempo, su principal redactor, Thomas Jefferson (1743-1826), quiso expresar con aquel texto «el modo de pensar de los americanos»:

«Consideramos evidentes las siguientes verdades: que todos los hombres han sido creados iguales; que han sido dotados por su Creador de ciertos derechos inalienables; que entre éstos se hallan la vida, la libertad y la búsqueda de la felicidad; que para garantizar tales derechos se instituyen entre los hombres gobiernos que derivan sus poderes legítimos del consentimiento de los gobernados; que siempre que una forma de gobierno resulte ser nociva para estos

principios, el pueblo tiene derecho a reformarla o abolirla e instituir un nuevo gobierno fundado en dichos principios y a organizar sus poderes en la forma que ofrezca, a su juicio, las mayores probabilidades de alcanzar su seguridad y felicidad...

»La historia del actual rey de la Gran Bretaña es una historia de agravios y usurpaciones reiterados, encaminados todos directamente al establecimiento de una tiranía absoluta sobre estos Estados...

»Por tanto, los representantes de Estados Unidos de América, convocados en Congreso General, apelando al Juez Supremo del mundo respecto a la rectitud de nuestras intenciones, en nombre y por la autoridad del buen pueblo de estas colonias, hacemos público y declaramos solemnemente: que estas Colonias Unidas son y deben ser por derecho Estados libres e independientes; que quedan libres de toda lealtad a la Corona británica, y que entre ellas y el Estado de la Gran Bretaña queda y debe quedar totalmente disuelta toda vinculación política».

Para muchos americanos no se trataba ya únicamente de liberarse de la soberanía británica. Aquellas personas se consideraban la vanguardia en la lucha contra la tiranía en el mundo entero. «Luchamos por la dignidad y la dicha de la humanidad. Para América es motivo de orgullo haber sido llamada por la Providencia para ocupar este puesto de honor», escribía Benjamin Franklin (1706-1790). Aquel «sentimiento de misión» caracteriza hasta hoy la idea que los norteamericanos tienen de sí mismos.

Como respuesta a la declaración de independencia, Inglaterra envió a América un número de soldados cada vez mayor. Sin embargo, a pesar de su gran superioridad, no consiguieron derrotar de manera decisiva a los norteamericanos, cuya voluntad y espíritu combativo, unidos a la inteligente estrategia bélica de George Washington, compensaron su inferioridad numérica. Además, cuando Francia apoyó a los colonos con soldados, armas y dinero, Inglaterra capituló y reconoció en 1783 la independencia de los United States of America, los «Estados Unidos de América», en el Tratado de paz de Versalles.

A partir de ese momento, las antiguas colonias se enfrentaron a la tarea de constituir un Estado viable. En la asamblea constituyente se debatió con el máximo ardor si aquel nuevo Estado debería organizarse de manera «centralista» o «federal». Al principio, la mayoría era de ideas federalistas: se pensaba en una unión laxa de Estados individuales dotados de amplia autonomía. Pero George Washington, que gozaba de gran reputación, profetizó: «El rechazo de los Estados particulares a delegar un poder suficiente en el Congreso significará nuestra ruina como nación». Al final se acordó la creación de un Estado federal con un gobierno central y un parlamento bicameral: la Cámara de Representantes, elegida por el

pueblo, y el Senado, en el que cada Estado estaría representado por dos senadores. Aquella autoridad legisladora —el poder «legislativo»— tendría frente a sí otro con capacidad de ejecución —el «ejecutivo»—, independiente del Parlamento y encabezado por un presidente fuerte. El poder judicial estaba constituido por el Tribunal Supremo federal, encargado de velar por el cumplimiento de la constitución y las leyes. De ese modo, los «Padres fundadores» aplicaron por primera vez de manera consecuente el principio de la división de poderes ideado por el francés Montesquieu. Ninguna persona o institución podría decidir por sí sola; todos debían verse obligados a colaborar.

La Constitución norteamericana entró en vigor en 1789 y se ha mantenido vigente hasta hoy, completada únicamente por algunos apéndices —amendments, ‘enmiendas’— pero mantenida en esencia sin cambios. Y por primera vez en la historia sentó las bases de un ordenamiento soberano libre y democrático y fue modelo para muchos Estados.

LIBERTAD, IGUALDAD, FRATERNIDAD

El éxito de la Revolución norteamericana provocó gran revuelo en el «viejo mundo». Los más entusiastas fueron los ilustrados, pues se había demostrado que sus ideas no eran meros juegos filosóficos sino que podían convertirse realmente en el fundamento de un Estado.

A finales del siglo XVIII hubo disturbios en algunos países de Europa; ciudadanos y campesinos protestaron contra las autoridades. Aquella protesta fue especialmente decisiva en Francia, donde entre la nobleza, los dignatarios eclesiásticos —el «clero»— y la burguesía adinerada, por un lado, y el pueblo llano, por otro, se abría un abismo gigantesco al que había contribuido el injusto sistema fiscal que liberaba en gran parte a los ricos del pago de impuestos y gravaba a los pobres con más y más cargas. Sin embargo, debido a los elevados costes de mantenimiento del ejército y de una corte que seguía siendo sumamente suntuosa, el Estado estaba amenazado de bancarrota. Luis XVI necesitaba dinero urgentemente y pensó, como era habitual, en aumentar los impuestos. Pero, para evitar revueltas, convocó en 1789 los Estados Generales.

Aquella asamblea estamental no se había reunido desde 1614 y, en aquel momento, debía aprobar el alza de impuestos. El clero formaba el primer estado, y la nobleza, el segundo. Ambos estaban representados en la asamblea estamental por 300 diputados cada uno. Ciudadanos y campesinos constituían el tercer estado y —tras largas negociaciones con el rey— se les permitió enviar 600 diputados, que representaban al 98 % de la población. En la primera sesión se discutió ya acaloradamente si la votación había de ser por estamentos o individual. El tercer estado, así como algunos miembros del clero y la nobleza, exigieron la votación individual. El rey la rechazó y ordenó realizar por separado las sesiones y las votaciones. Pero, entonces, los diputados del tercer estado se opusieron al rey remitiéndose a un escrito del abate Sieyès donde se decía:

1. ¿Qué es el tercer estado?

Todo.

2. ¿Qué ha sido hasta ahora en el ordenamiento estatal?

Nada.

3. ¿Qué pide?

Ser algo dentro de ese ordenamiento.

Su propuesta iba en serio. El 17 de junio de 1789, el tercer estado se declaró

en «asamblea nacional»; se le unieron algunos representantes de la nobleza y, sobre todo, del clero bajo. El rey, sin embargo, ordenó un despliegue de tropas ante la sala de sesiones de Versalles. Entonces, los diputados se reunieron el 20 de junio en el salón de baile y juraron no disolver la asamblea hasta haber elaborado una constitución. Luis realizó un último intento apareciendo en persona ante los diputados, declarando ilegal su comportamiento y ordenando de nuevo la separación entre estamentos. «¡La nación reunida en asamblea no tiene por qué aceptar órdenes!», le respondió Jean Bailly, presidente de la Asamblea Nacional. Con aquella frase expresaba de manera precisa el rechazo del absolutismo y la exigencia de soberanía popular. Había comenzado una revolución. Y Luis XVI era demasiado débil para plantarle cara. «Si no quieren marcharse, quédense», dijo, al parecer, casi entre lágrimas.

Pero los príncipes y el alto clero veían las cosas de otro modo. Presionaron al rey para que disolviera la asamblea de diputados, y el monarca ordenó concentrar tropas en torno a París. Cuando corrió la noticia, la gente se indignó. Se sentían como en estado de sitio —cercados por soldados del propio rey—. Se pronunciaron discursos incendiarios en lugares públicos y hubo personas que invitaron al pueblo a armarse y defender la ciudad. El 14 de julio de 1789, las masas recorrieron las calles buscando armas y llegaron a la Bastilla, la cárcel estatal tristemente famosa. Se decía que, en otros tiempos, tras aquellos muros de 30 metros de altura se había torturado hasta la muerte a los encarcelados. El pueblo odiaba la Bastilla como símbolo del poder arbitrario, del «despotismo». La prisión fue asaltada y unos 100 sublevados murieron en la acción. Se liberó a los presos y el alcaide y su gente fueron asesinados. A continuación, la multitud airada recorrió la ciudad con sus cabezas clavadas en picas.

El asalto a la Bastilla fue, en realidad, un golpe fallido, pues sólo se liberó a siete delincuentes comunes y apenas se obtuvieron armas. Pero desde un punto de vista psicológico y político tuvo una importancia máxima: la gente había logrado conquistar el símbolo del despotismo. Aquel acto reforzó su sentimiento de seguridad y fue un paso importante hacia un nuevo orden en el que el pueblo habría de ejercer la soberanía. Por eso, el 14 de julio es hasta hoy en Francia día de la fiesta nacional.

La chispa de la revolución saltó rápidamente a la población rural. Los campesinos se alzaron contra sus torturadores, asolaron o destruyeron castillos y monasterios y quemaron documentos en los que se anotaban sus obligaciones. La Asamblea Nacional reaccionó con rapidez y, en una tormentosa sesión nocturna celebrada entre el 4 y el 5 de agosto, decidió suprimir la servidumbre y todos los privilegios de la nobleza y el clero. En el futuro, todos los franceses serían iguales desde el punto fiscal y legal.

Tres semanas después, el 26 de agosto, se proclamaron los derechos del hombre y el ciudadano:

1. Los hombres nacen y permanecen libres e iguales en derechos.
2. El objeto de toda asociación política es el mantenimiento de los derechos naturales e imprescriptibles del hombre. Estos derechos son la libertad, la propiedad, la seguridad y la resistencia a la opresión.
3. El principio de toda soberanía reside esencialmente en el pueblo.
4. La libertad consiste en poder hacer todo aquello que no dañe a un tercero.
5. La ley sólo tiene derecho a perseguir las acciones nocivas para la sociedad. Lo que no está prohibido por la ley no se puede impedir, y nadie puede ser obligado a hacer lo que la ley no ordena.

De ese modo quedaba abolido el sistema político del Antiguo Régimen. Todo el mundo intelectual europeo contemplaba a Francia con envidia. La Asamblea Nacional elaboró entonces una constitución que convirtió al país en monarquía constitucional. Eso significaba que el rey seguía siendo cabeza del Estado y jefe del ejecutivo, pero con escaso poder político. El poder político residía en la Asamblea Nacional, encarnación del principio de soberanía popular. La división de poderes quedaba definitivamente asegurada por unos tribunales independientes.

Sin embargo, el derecho electoral no era aún democrático desde nuestro actual punto de vista, pues estaba determinado por la propiedad y los ingresos. En una población total de unos 25 millones de habitantes, sólo podían votar cuatro millones de hombres. No obstante, la Constitución de 1791 hizo de Francia el primer Estado nacional democrático legitimado de Europa y se convirtió en modelo de todas las constituciones burguesas hasta entrado el siglo XX.

Luis XVI no quiso seguir siendo rey en aquellas circunstancias e intentó huir a Austria con los miembros de su familia. Pero, cerca ya de la frontera, fueron reconocidos, devueltos a París por los soldados y sometidos a una estrecha vigilancia. Las consecuencias políticas de aquel incompetente intento de fuga fueron desastrosas: nadie había pensado hasta entonces en abolir la monarquía, pero a partir de ese momento surgió un movimiento radical deseoso de derrocar al rey, llevar adelante la revolución e instaurar una república. Los príncipes europeos contemplaban los acontecimientos con gran preocupación, pues temían que las ideas revolucionarias pudieran difundirse y afectar a sus propios países. Por tanto, declararon su solidaridad con Luis y le ofrecieron ayuda militar. Desde 1792 lucharon contra la Francia revolucionaria formando distintas coaliciones y

amenazaron con destruir París si la familia real sufría algún daño. El peligro de una derrota vergonzosa, sumado a la escasez de alimentos y a unas alzas drásticas de los precios provocaron nuevos disturbios en París. El rey fue encarcelado como principal culpable y se asesinó a varios miles de «enemigos de la Revolución». El 21 de septiembre de 1792 se reunió una nueva representación del pueblo, la llamada Convención Nacional, y proclamó la república ya en la primera sesión. Luis XVI fue acusado de alta traición y ejecutado públicamente el 21 de enero de 1793.

En tiempos de cambio profundo, cuando se derrumba el antiguo orden y todavía no se ha establecido el nuevo, suele haber, por lo general, dos grupos: las fuerzas moderadas, que quieren cambiar la situación gradualmente y dejar que lo nuevo nazca, por así decirlo, de lo viejo —los reformadores—, y los revolucionarios, que aspiran a una modificación radical de las condiciones imperantes.

La ejecución del rey y la proclamación de la república había significado ya la derrota de los partidarios de una monarquía constitucional. Pero también entre los republicanos había fuerzas moderadas y radicales. Los dos grupos más importantes se denominaban «girondinos» y «jacobinos». Los radicales jacobinos acabaron saliendo victoriosos en el tumulto revolucionario y en medio de sus numerosos enfrentamientos. Uno de sus dirigentes, el abogado Robespierre (1758-1794), fue responsable de la política interior como presidente del Comité de Salud Pública. En discursos interminables, Robespierre habló de la virtud, el bien y la justicia y quiso hacer de Francia una auténtica república virtuosa. Pero quien no respondía a sus ideas de ciudadano virtuoso era enemigo de la Revolución y de Francia y debía morir. El «Estado virtuoso» de Robespierre se parecía mucho a las modernas dictaduras «totalitarias», en las que se vigilan todos los ámbitos de la vida humana. El número de muertos en Francia por la guillotina durante el dominio del terror osciló, según cálculos, entre 35.000 y 40.000 personas.

El delirio de Robespierre le llevó a considerar finalmente que la virtud sólo se encarnaba en su persona; sus propios amigos y compañeros de viaje, como Danton, casi tan conocido como él, no satisfacían ya sus exigencias y acabaron guillotinado. Cuando los miembros del Comité de Salud Pública comprendieron que nadie estaba ya seguro de su vida, acusaron a Robespierre en la Convención Nacional. El 28 de julio de 1794 fue decapitado en medio del júbilo de los espectadores.

En los meses siguientes, la burguesía adinerada fue adquiriendo una influencia cada vez mayor. Se elaboró una nueva Constitución continuadora de los primeros momentos de la Revolución y un «Directorio» de cinco hombres se hizo

cargo de las tareas de gobierno. Pero los miembros del Directorio no consiguieron llevar la paz y la calma al país; los levantamientos eran continuos y Francia no cesaba de estar en guerra contra los enemigos de la Revolución, Austria, Prusia, Inglaterra y los Países Bajos. En el curso de aquellas guerras se hizo popular un joven y exitoso general: Napoleón Bonaparte (1779-1821). Como las dificultades para el abastecimiento de la población iban en aumento y la situación en las zonas rurales era cada vez más crítica, Napoleón derribó el Directorio el 9 de noviembre de 1799, disolvió el Parlamento por la fuerza de las armas y se hizo con el poder en el Estado en calidad de Primer Cónsul. Algo más tarde declaró: «La Revolución ha concluido».

Tras diez años revolucionarios turbulentos y penosos, el anhelo de calma y orden era tan grande entre el pueblo francés que la mayoría aceptó una dirección fuerte. Aunque Francia seguía siendo una república, Napoleón pudo gobernar como un monarca en su condición de Primer Cónsul. En 1802 fue nombrado incluso «cónsul vitalicio». Pero tampoco esto satisfizo a aquel trepador ambicioso, que quiso convertirse en emperador. Para ello cambió la Constitución y, el 2 de diciembre de 1804, se colocó él mismo la corona imperial sobre su cabeza. Con aquel gesto había concluido realmente la Revolución. Pero su lema de «libertad, igualdad y fraternidad» y los derechos del hombre y el ciudadano, formulados en Europa por primera vez, continuaron vigentes.

EUROPA BAJO NAPOLEÓN

La principal cualidad atribuida hasta hoy a Napoleón es la de haber sido un estratega genial que, junto con sus soldados, hizo a Francia tan poderosa como nunca lo había sido ni volvería a serlo. Tras haber iniciado en Europa una campaña de conquistas, llegó a dominarla casi por completo en el momento culminante de su carrera. Nadie ni nada parecía poder detenerlo. Después de que, en 1806, infligiera al ejército prusiano una derrota aniquiladora poniendo fin así a la historia milenaria del Sacro Imperio Romano Germánico, la reina Luisa de Prusia escribió lo siguiente sobre el emperador francés: «Sus intenciones respecto a las personas y a todo lo que es bueno carecen de honradez. Su ambición desmedida le lleva a pensar sólo en sí mismo y en su interés personal. Es más posible admirarle que amarle. Está cegado por su buena fortuna y se cree capaz de todo. Sin embargo, no tiene medida, y el que no es comedido pierde el equilibrio y cae».

La reina de Prusia acabaría teniendo razón, pues, como todos los conquistadores desmesurados, Napoleón tuvo también su Waterloo —un dicho que recuerda hasta hoy su derrota definitiva—. El principio de aquel final fue la campaña contra Rusia de 1812, para la que reunió el mayor ejército de la historia, compuesto por 600.000 hombres. Todo el mundo creía en una rápida victoria. Pero las cosas sucedieron de otro modo. El ejército ruso eludía siempre entablar combate y fue retirándose cada vez más al interior del país. En septiembre, el Gran Ejército napoleónico entró en un Moscú casi vacío. Pocos días después, unos soldados rusos incendiaron la ciudad, que no tardó en arder por los cuatro costados. Napoleón sabía que no era posible resistir un invierno ruso sin alojamientos y provisiones suficientes y envió al zar una oferta de alto el fuego, pero no obtuvo respuesta. Por tanto, no le quedó más remedio que ordenar la retirada. Aquella retirada se convirtió en catástrofe para el Gran Ejército. Miles de soldados morían cada día de hambre y agotamiento y por los ataques rusos, reanudados en aquel momento. Sólo 5.000 consiguieron regresar a la patria.

Napoleón, considerado invencible, había sido vencido. Aquello animó a sus enemigos a aliarse contra él. Prusia, Austria, Rusia, Inglaterra y Suecia declararon la guerra a Francia. Entre el 16 y el 19 de octubre de 1813 tuvo lugar cerca de Leipzig la famosa «batalla de los pueblos». Napoleón, con su ejército reorganizado, no pudo resistir ante la coalición y sufrió la segunda derrota grave. En la primavera de 1814, los aliados entraron en París. Napoleón se vio obligado a abdicar y fue desterrado a la isla de Elba. Un año después logró llegar otra vez a París, derrocar al nuevo rey y hacerse con el poder. Pero aunque volvió a reclutar un ejército, fue derrotado definitivamente por tropas prusianas e inglesas en

Waterloo en junio de 1815. Napoleón murió el 5 de mayo de 1821 en la pequeña isla de Santa Helena, en el Atlántico, como prisionero del gobierno inglés.

El reinado del emperador Napoleón había durado sólo diez años; luego, su imperio se derrumbó como un castillo de naipes. Lo que le pervivió no fueron sus conquistas como estratega, sino las innovaciones ordenadas por él como jefe de gobierno. La principal de ellas fue el Code Civil, el Código Civil de 1804, mediante el cual se hacían realidad importantes demandas planteadas por la Revolución: una legislación unitaria para todos los franceses, igualdad de los ciudadanos ante la ley, libertad individual, eliminación del sistema estamental, acceso a los cargos públicos en función del mérito y del nacimiento, libertad industrial, libertad profesional, derecho a la propiedad, libertad religiosa e introducción del matrimonio civil. El Code Civil se convirtió en modelo de los códigos legales burgueses de Europa y del mundo entero.

La reforma de la administración le valió así mismo a Napoleón una gran fama. Francia quedó dividida en 98 departamentos que, sin embargo, no eran independientes sino que recibían instrucciones de París. También fue dirigida desde el centro la implantación de un sistema escolar de control público con unos planes de estudio y unos horarios unificados para la totalidad del país —hasta el día de hoy, todos los estudiantes franceses de todas las regiones deben realizar idénticas tareas en su bachillerato.

A raíz de sus éxitos militares, Napoleón introdujo también reformas en Alemania. Las zonas de soberanía eclesiástica fueron secularizadas, es decir, entregadas a soberanos laicos; 112 obispados imperiales desaparecieron del mapa político. Además, 350 señoríos y numerosas ciudades imperiales perdieron su independencia y quedaron sometidas a los príncipes territoriales. Había acabado la época de un Imperio fragmentado en cientos de comarcas soberanas pequeñas y minúsculas; en su lugar aparecieron Estados de tamaño medio, reforzados y viables. Los principales beneficiarios de aquella «concentración parcelaria política» fueron Baden, Württemberg y Baviera, que ganaron claramente en extensión. La convivencia de los ciudadanos se organizó y reguló de acuerdo con las nuevas leyes francesas. Aquello significó un gran progreso, aunque los ciudadanos quedaron excluidos de la participación en las decisiones políticas, pues en Alemania no había aún un Parlamento elegido por el pueblo.

Ni siquiera Prusia y Austria resultaron inmunes a las ideas francesas y se vieron obligadas a reaccionar. «Tenemos que reformarnos para no sufrir una revolución; que Dios nos ayude en lo primero y nos proteja de la segunda», fueron las palabras utilizadas por un funcionario prusiano para describir la situación. Los barones Vom Stein y Von Hardenberg se pusieron manos a la obra y se inspiraron

considerablemente en el ejemplo francés para la aplicación de sus reformas. La enseñanza escolar y universitaria se modernizó de acuerdo con las ideas del erudito Wilhelm von Humboldt. En las universidades alemanas se reconoce todavía hoy ese espíritu de Humboldt. Aquel conjunto de reformas debía hacer de los súbditos prusianos unos ciudadanos dotados de pensamiento independiente y capaces de colaborar con responsabilidad en las tareas del Estado. Y, llegado el momento, incluso en un órgano de representación popular equiparado legalmente al rey.

Napoleón fue también un gran innovador en otro sentido, aunque en este caso sin quererlo: en los países ocupados y dependientes de Francia había existido siempre una oposición, que fue en aumento a medida que se vio más claramente que el principal interés de Napoleón era obtener dinero y soldados para sus guerras. De la oposición a Napoleón nació, sobre todo en Alemania, un movimiento nacional. Los poetas y pensadores del país se habían considerado desde hacía ya tiempo miembros de una «nación cultural», pero en ese momento los alemanes quisieron ser además un «Estado nacional». En los Discursos a la nación alemana, el filósofo Johann Gottlieb Fichte pidió a sus compatriotas que «adquirieran personalidad» y volvieran a ser alemanes. «No dejemos que, junto con nuestro cuerpo, se doblegue y someta también nuestro espíritu y sea llevado al cautiverio.» El deseo de salvaguardar las inconfundibles peculiaridades nacionales había conducido a las «guerras de liberación» y al final del predominio francés. La conciencia nacional de los alemanes, acentuada y a menudo, incluso, hipertrofiada, hunde en parte aquí sus raíces históricas.

LA REVOLUCIÓN INDUSTRIAL

Tras la liberación de los «franceses oprimidos», muchos europeos soñaron con tiempos mejores y más derechos políticos para todos. Pero eso era, precisamente, lo que deseaban impedir los soberanos, reunidos en el Congreso de Viena desde el otoño de 1814 hasta el verano de 1815 para reorganizar Europa —y dejar como antes el mayor número posible de cosas—. Encabezados por el príncipe Metternich, canciller austriaco, intentaron restablecer la situación anterior a 1789. Pero si creyeron realmente que podían retrasar el reloj de la historia, se equivocaban. Europa no volvió a recuperar la calma. Es verdad que los gobernantes conseguían restablecer una y otra vez la «tranquilidad y el orden» recurriendo a métodos policiales, pero la gente seguía descontenta. En 1848, el descontento estalló en forma de una nueva revolución que, partiendo de Francia, se difundió rápidamente por Europa. La gente exigió en todas partes más participación política y durante unos meses dio la impresión de que, aquella vez, los soberanos habían cedido. Pero sólo querían ganar tiempo y acopiar nuevas fuerzas para volver a imponer sus intereses por medio de la fuerza militar. Los levantamientos fueron aplastados en París, en Viena, en Berlín; en todas partes.

Mientras los príncipes podían aún bloquear o, al menos, retrasar los cambios en el terreno político, la vida económica experimentaba una transformación cada vez más acelerada. El proceso iniciado en Inglaterra en la segunda mitad del siglo XVIII tuvo unos efectos tan fundamentales en todos los ámbitos de la existencia que se habla de una «revolución industrial». Aquella revolución fue el cambio más profundo experimentado en las condiciones de vida humanas desde el inicio de la agricultura y el sedentarismo.

Inglaterra se había enriquecido como potencia mundial colonial y marítima. Aquella riqueza y la confianza creciente de una burguesía ilustrada hicieron también del país una primera potencia del pensamiento. En este sentido, el auge de las ciencias naturales tuvo una importancia decisiva en la industrialización. Su padre intelectual fue Isaac Newton (1643-1727), que describió los fenómenos de la naturaleza con ayuda de leyes matemáticas rigurosamente formuladas y comprobó su corrección mediante observaciones y experimentos. Los conocimientos obtenidos así permitieron entender cada vez más y hacer técnicamente aprovechables las fuerzas de la naturaleza. Un ejemplo de ello y un invento que abriría nuevos caminos fue la primera máquina de vapor utilizable, construida por James Watt en 1789. Aquella máquina no sólo facilitaba el trabajo humano sino que era capaz, incluso, de sustituirlo por entero en muchos terrenos. La minería y la siderurgia, la producción de hierro y acero, experimentaron una revolución. La

siguiente industria en beneficiarse de la nueva técnica fue la manufactura textil: se inventaron hiladoras y telares accionados por vapor, se facilitó y aceleró la elaboración del algodón, y la producción de artículos textiles aumentó de forma brusca. Se construyeron nuevas fábricas de mayor capacidad y el número de máquinas necesarias fue pronto tan grande que tampoco éstas pudieron producirse ya en talleres sino en fábricas. Para su producción se requerían cantidades cada vez mayores de hierro y acero, pero sobre todo hubo que mejorar las posibilidades de transporte a fin de llevar materias primas y mercancías a los lugares deseados con la máxima rapidez y economía.

Las respuestas de los ingenieros al problema del transporte fueron el barco y la locomotora de vapor. En 1825 se abrió la primera línea ferroviaria entre Liverpool y Manchester; la ampliación de la red viaria dio un nuevo impulso a la industria. Había comenzado la era de la producción masiva e Inglaterra comenzó a transformarse en el primer Estado industrializado del mundo.

Pero a pesar de todos los inventos e innovaciones, la industrialización requería ante todo mano de obra. Los obreros llegaron en masa de las zonas rurales, pues pronto fue imposible vivir exclusivamente de la agricultura. Muchos pequeños campesinos se vieron obligados a vender sus granjas y trasladarse a las ciudades para trabajar como criados y criadas. La «huida del campo» provocó a su vez un rápido crecimiento de las ciudades. Manchester, por ejemplo, pasó de 17.000 a 180.000 habitantes entre 1760 y 1830 y se convirtió en una de las primeras urbes industriales típicas afectada por numerosos problemas que no se conocían: la gente del campo había vivido y trabajado hasta entonces siguiendo un «ritmo natural» que, a partir de ese momento, se transformó en un «ritmo artificial» determinado por la fábrica y las máquinas. Muchos no se acostumbraron o lo hicieron con dificultad, y en consecuencia fueron víctimas del paro y la miseria social. Los obreros y sus familias hubieron de vivir en barrios masificados que no disponían de instalaciones sanitarias suficientes; el resultado fue la aparición de enfermedades y epidemias. El aire y el agua estaban fuertemente contaminados pues las chimeneas carecían de sistemas de depuración. El erudito francés Alexis de Tocqueville escribió tras una visita a Manchester: «La civilización produce sus propias heridas, y el hombre civilizado ha vuelto a casi al salvajismo».

El escocés Adam Smith (1723-1790), experto en economía nacional, expuso los fundamentos teóricos del nuevo sistema económico. Su obra principal *La riqueza de las naciones* fue la Biblia de la economía guiada exclusivamente por la obtención de beneficios. En su escrito, Smith enseñaba, entre otras cosas, que la mano de obra humana es la fuente del progreso económico y de la riqueza de una sociedad. Para aprovecharla de la mejor manera, los procesos productivos debían descomponerse en unidades mínimas y convertir a las personas en especialistas. La

oferta y la demanda decidirán en el mercado el coste de las mercancías y las cantidades en que hayan de producirse. El Estado no debería intervenir en ese proceso, pues de lo contrario perturbaría «el libre juego de las fuerzas económicas». El bienestar general sólo se conseguirá cuando todos los «participantes» puedan desplegar libremente su actividad y aspirar a la máxima satisfacción posible de su interés personal. Smith suponía, por tanto, la existencia de una armonía entre los intereses particulares y el bien común. Ésa no fue, sin embargo, la experiencia de los socialmente débiles. La teoría del «liberalismo económico» de Adam Smith respondía sobre todo a los intereses de los fabricantes y comerciantes.

Aunque los efectos desfavorables de la industrialización se manifestaron muy pronto, Inglaterra fue el gran modelo para las demás naciones, que no tardaron en disponerse a seguir su ejemplo.

UNA RESPUESTA A LA «CUESTIÓN SOCIAL»

Masas de personas en busca de empleo, sueldos ínfimos, trabajo femenino e infantil, largas jornadas de laborales, pérdida de los vínculos sociales, falta de seguridad en caso de enfermedad, accidente y vejez y una dependencia total de los fabricantes: ésa es la imagen de la industrialización desde la perspectiva del obrero. Friedrich Engels, hijo de un fabricante alemán, observó y describió La situación de la clase obrera en Inglaterra, según el título de su libro aparecido en 1845. Engels llegó a la conclusión de que la industrialización había generado de manera irreconciliable dos clases enfrentadas: la «clase poseedora» de los burgueses adinerados, la «burguesía», y la «clase obrera» de los trabajadores asalariados, el «proletariado». Entre aquellas dos clases iba a estallar —tenía necesariamente que estallar— una guerra. «Es demasiado tarde para una solución pacífica. Las clases se distancian con violencia creciente, el espíritu de oposición penetra cada vez más en los trabajadores, la amargura va en aumento, las escaramuzas aisladas de una guerra de guerrillas se concentran hasta convertirse en combates y demostraciones importantes y un pequeño impulso bastará pronto para poner en movimiento el alud. Luego resonará a través del país el grito de batalla. “¡Guerra a los palacios; paz en las cabañas!” Pero entonces será demasiado tarde para que los ricos puedan tomar medidas preventivas.» Éstas eran las palabras con que Engels concluía su libro.

La realidad, sin embargo, fue distinta; la gente no fue más allá de las «escaramuzas aisladas de una guerra de guerrillas». Obreros airados asaltaban a veces una fábrica y rompían las máquinas a golpes; en otras ocasiones marchaban por delante de la villa de un fabricante y exigían un salario mayor. Las autoridades aplastaban aquellas acciones fácilmente, y a menudo con sangre. Pero, a la larga, la «cuestión social» no se podía resolver por medio de las armas; requería otras respuestas. Cada vez eran más las personas convencidas de que el único recurso era un cambio radical de la situación.

En París, Bruselas y Londres, exiliados de distintos países de Europa constituyeron asociaciones secretas revolucionarias, entre otras la Liga de los Justos, a la que pertenecieron también Friedrich Engels y su amigo Karl Marx (1818-1883) y que en 1847 se transformó en la Liga de los Comunistas. Aquellos dos alemanes recibieron el encargo de redactar un programa político. El Manifiesto del Partido Comunista, publicado en 1848, fue un importante documento histórico. Su mensaje era para unos una doctrina de salvación; para otros, un mensaje diabólico; sus autores fueron aclamados como redentores o escarnecidos como corruptores de la humanidad.

«La historia de todas las sociedades hasta nuestros días es la historia de la lucha de clases. Libres y esclavos, patricios y plebeyos, barones y siervos de la gleba, maestros y oficiales, en resumen, opresores y oprimidos, se hallaron en continua oposición, mantuvieron una lucha ininterrumpida que concluyó en cada caso con una reorganización revolucionaria de toda la sociedad o con el hundimiento compartido de las clases en pugna», así comienza el Manifiesto del Partido Comunista. En su tiempo, pues, las clases enfrentadas eran, según Marx y Engels, la burguesía y el proletariado. La burguesía había desempeñado una función histórica importante y contribuido notablemente a la superación del feudalismo. Durante su «dominio de clase de apenas cien años» había sido más productiva que todas las generaciones pasadas en conjunto. Pero en la industria moderna el trabajador se convierte en «un mero apéndice de la máquina del que se exige la intervención más simple, monótona y fácil de aprender». Degradado así a la condición de «cosa», el ser humano realiza un trabajo carente de sentido e insatisfactorio y termina alienándose. El objetivo de la producción de bienes no es cubrir las necesidades del ser humano sino generar el mayor beneficio. Para ello, costes y salarios deben ser lo más bajos posible; la consecuencia lógica es la «depauperación del proletariado». Pero eso a su vez impide la existencia de una capacidad de compra y hace que surjan «crisis de superproducción». Para acabar con esa «epidemia» habría que expropiar a los capitalistas y convertir los medios de producción en propiedad común. Entonces acabaría la explotación del hombre por el hombre y los trabajadores podrían producir por fin bienes que servirían para satisfacer las necesidades de todos.

Al final de esa revolución proletaria se halla la sociedad sin clases, comunista; en ella, las personas no están determinadas por factores ajenos sino que, en función del dicho «Cada cual, según sus capacidades», todos «pueden vivir» de acuerdo con sus necesidades. Más adelante se dice: «Los comunistas consideran indigno ocultar sus opiniones e intenciones y explican abiertamente que sus fines sólo podrán alcanzarse mediante un derrocamiento violento de todo el orden social existente hasta hoy. Las clases dominantes deberían temblar ante una revolución comunista. Los proletarios sólo pueden perder sus cadenas. Y tienen un mundo que ganar. ¡Proletarios de todos los países, uníos!».

Coincidiendo casi con la publicación de este llamamiento, estallaron revoluciones en varios países de Europa. Pero sólo fue una coincidencia cronológica casual; las ideas de Marx y Engels no tuvieron en ello ninguna influencia digna de mención. Las revoluciones de 1848-1849 no fueron proletarias y socialistas sino burguesas. Aquello cambió en los cien años siguientes, aunque no siempre de la manera esperada por Marx y Engels. Muchas de las profecías de aquel pensamiento llamado pronto «marxismo» por el nombre de su principal

creador no se produjeron. Pero eso no fue un inconveniente para su influencia en la marcha posterior de la historia.

AMÉRICA PARA LOS AMERICANOS

El siglo XIX fue también un siglo de cambios profundos fuera de Europa.

Tras la declaración de independencia de Estados Unidos surgieron igualmente movimientos independentistas en «América latina», como se denomina la sección central y meridional del continente. La zona al sur de Estados Unidos pertenecía en gran parte al Imperio colonial español; sólo Brasil era portugués. Los sucesores de los pobladores blancos crecidos en la colonias se llamaban «criollos». Habían cultivado la tierra, pero no tenían poder político sino que estaban gobernados por funcionarios españoles y portugueses. Los criollos quisieron cambiar aquella situación recurriendo incluso a la violencia en caso necesario. Al principio, muchos grupos aislados lucharon contra los soldados españoles. Pero sus jefes con mayor visión comprendieron pronto que de ese modo no podían triunfar en la lucha, aunaron los distintos grupos y formaron ejércitos con capacidad de combate. Dirigidos por José de San Martín en el sur y por Simón Bolívar en el norte, los ejércitos de liberación lograron derrotar a los españoles con ayuda de Estados Unidos.

Entre 1810 y 1825, todos los países latinoamericanos quedaron libres del dominio colonial. Simón Bolívar intentó aunarlos en una república similar a Estados Unidos. Pero la mayoría de los países querían mantenerse independientes y seguir su propio camino. De ese modo nacieron Argentina, Bolivia —llamada así por el nombre de Simón Bolívar—, Brasil, Chile, Perú y los demás Estados que conocemos hoy. Sólo se unieron para oponerse a las reclamaciones de las potencias coloniales europeas; en este punto contaban también con el apoyo de Estados Unidos, cuyo presidente Monroe advirtió en 1823 a los europeos que no se inmiscuyeran en los países americanos, pues consideraría cualquier injerencia «como una declaración de enemistad contra Estados Unidos». En palabras claras, la «doctrina Monroe» significaba que, a partir de aquel momento, América pertenecería «a los americanos». Esta idea, que tiene ya 180 años, es hasta hoy una importante línea directriz de la política norteamericana.

Pero la independencia no aportó a la mayoría de la gente la libertad esperada. El dominio sobre los indios, negros y mestizos de todos los grupos étnicos que vivían allí pasó en aquel momento de los españoles y los portugueses a los criollos. Los únicos con derecho a voto fueron los latifundistas, los hombres de negocios, los funcionarios y la elite intelectual. Mediante la aprobación de nuevas leyes se consiguió que los ricos se enriquecieran aún más y que los pobres hubieran de soportar cargas cada vez más pesadas —hasta que las consideraron

excesivas y se alzaron contra las clases dirigentes—. Aquellos levantamientos y revoluciones fueron sofocados mediante dictaduras militares o con el anuncio de reformas que, si acaso se implantaban, eran casi siempre de breve duración. En general, volvió a imponerse una situación similar a la anterior. Los países latinoamericanos fueron desde el principio inestables y siguieron siéndolo hasta entrado el siglo XX —un motivo probable de que, a pesar de sus inmensas riquezas naturales, hayan sido siempre pobres—. Los beneficiarios dentro de los respectivos países han sido las minorías blancas; y fuera de ellos, sobre todo, Estados Unidos. La Norteamérica «blanca» apoyó también el dominio «blanco» en el centro y sur del continente. América latina dependió y sigue dependiendo hasta hoy económicamente de Estados Unidos.

Por aquellas fechas concluyó también en gran parte el «segundo descubrimiento de América»: colonos blancos exploraron paso a paso el «salvaje Oeste» y avanzaron hasta el océano Pacífico arrebatando a los pobladores indígenas sus tierras, y, por tanto, sus medios de vida. Muchos indios fueron muertos o encerrados en reservas. Posteriormente se aniquiló a pueblos enteros en diversas guerras contra los indios. Los que quedaron no obtuvieron oficialmente derechos de ciudadanía hasta 1924.

Con la colonización del «salvaje Oeste» por los blancos se planteó la cuestión de si debía permitirse la esclavitud en los nuevos estados federales. Los habitantes ricos e influyentes de los Estados sureños consideraban la esclavitud una obviedad. En el norte, donde muchos rechazaban la existencia de esclavos, las cosas se veían de manera distinta. A ello contribuyó también un libro publicado en 1852: *La cabaña del tío Tom*, de Harriet Beecher Stowe. Aquella ilustrativa representación de la vida de los esclavos llegó a ser un éxito de ventas, hizo reflexionar al menos a muchos habitantes de los Estados del norte y consiguió que otros se opusieran a la esclavitud.

En 1854 se creó en el norte un nuevo Partido Republicano. Un punto importante de su programa era la abolición de la esclavitud. Cuando su candidato Abraham Lincoln fue elegido presidente en 1860, los estados del sur abandonaron la unión con el norte y fundaron los Estados Confederados de América. Lincoln les negó el derecho a segregarse. La disputa se fue enconando, y el 12 de abril de 1861 comenzó la Guerra de Secesión, la gran guerra civil norteamericana. Al principio, los soldados de los Estados sureños, voluntarios en su mayoría, consiguieron éxitos considerables. Pero tras cuatro años de guerra con batallas en las que se produjeron muchas bajas hubieron de capitular ante el Norte, superior a ellos desde el punto de vista numérico, económico y técnico.

El presidente Lincoln pronunció luego un gran discurso en el que dijo:

«Hemos luchado por algo más que el final de la esclavitud. Hemos luchado para que no desaparezca de la Tierra el gobierno del pueblo por el pueblo y para el pueblo». Sin embargo, el propio Lincoln hubo de pagar la victoria con su vida. El 14 de abril de 1865, tan sólo cinco días después de la capitulación, fue asesinado por un sureño fanático. En la guerra, librada con encono, murieron unas 600.000 personas. Grandes extensiones del Sur quedaron tan asoladas que los efectos son perceptibles hasta la actualidad. El Sur siguió siendo siempre más pobre que el Norte.

La esclavitud quedó abolida tras la Guerra Civil. Pero eso no significó que los ciudadanos estadounidenses negros quedaran equiparados a los blancos a partir de ese momento. Durante todo el periodo siguiente no fueron ni legal ni socialmente iguales. No obstante, los estados nuevamente unidos de Norteamérica se convirtieron pronto en uno de los países más ricos y poderosos del mundo.

ESA COLONIA PARA TI, Y ÉSTA PARA MÍ

Tras la pérdida de sus colonias en América, las potencias coloniales europeas, sobre todo Inglaterra, volvieron a dirigir su atención con mayor interés al Lejano Oriente.

Inglaterra había ido desplazando poco a poco de la India a sus rivales europeos, el último de ellos Francia, en una guerra de siete años librada de 1756 a 1763. La India, sin embargo, no formaba aún parte del Imperio británico sino que estaba controlada por la Compañía de las Indias Orientales, una sociedad comercial privada que se transformó progresivamente en una especie de gobierno. Desde un punto de vista formal, los gobernantes del país fueron hasta mediados del siglo XIX los príncipes indios; pero quienes tenían, de hecho, el poder en todo el subcontinente indio eran los británicos, que en aquel momento quisieron modernizarlo, es decir, «occidentalizarlo». El plan tuvo muy poco en cuenta las formas de vida y la cultura indias, lo que provocó en 1857 un motín de soldados indios contra sus oficiales ingleses. El motín se propagó con rapidez y acabó en un levantamiento contra el dominio británico. Sin embargo, los ingleses consiguieron aplastar la sublevación con la ayuda de tropas indias leales, tras lo cual asumieron el gobierno en la India, incluso de manera oficial. La reina Victoria fue nombrada emperatriz de la India. Aquello no supuso ningún cambio político. Al igual que todas las colonias, la India era considerada y tratada principalmente como un mercado de materias primas y venta de productos elaborados. A los ingleses no les interesaba crear unas industrias capaces y mejorar las condiciones de vida de la población.

Uno de los productos indios de especial importancia era el opio. Los comerciantes ingleses quisieron resolver un viejo problema con ayuda de aquella droga. El comercio con China había sido siempre difícil; los europeos deseaban conseguir productos chinos, pero China —ya lo vimos antes— no tenía ninguna necesidad de los europeos. Para no tener que pagar el té, la porcelana y la seda con dinero, los ingleses ofrecieron entonces opio como mercancía de intercambio. Y aquel negocio maligno funcionó: el consumo de opio subió en China de manera brusca; millones de chinos fueron víctimas de la droga. El gobierno del país se vio obligado a reaccionar: confiscó grandes cantidades de opio en los barcos mercantes ingleses e intentó controlar la importación de aquella droga peligrosa. Inglaterra envió barcos de guerra y estalló la primera Guerra del Opio, que duró de 1839 a 1842 y a la que siguió una segunda entre 1856 y 1860. Tropas inglesas y francesas penetraron hasta Pekín, donde saquearon e incendiaron el palacio imperial. China hubo de ceder territorio y fue obligada a abrir sus puertos al mercado exterior. La

economía china cayó pronto en gran parte bajo el influjo y el control de gobiernos y empresas europeos. Hubo incluso planes para dividir el país entre las grandes potencias: Inglaterra, Francia y Rusia. Pero aquella división no se produjo porque las tres naciones no lograron ponerse de acuerdo.

Japón se había mantenido aislado del mundo durante mucho tiempo, lo mismo que su gran vecino, China. También hemos hablado de ello. A comienzos del siglo XIX, los comerciantes occidentales seguían teniendo dificultades para introducirse en Japón. El final de la política japonesa de aislamiento comenzó el 8 de julio de 1853. Aquel día, cuatro cañoneras norteamericanas llegaron a la bahía de Yedo, la futura ciudad de Tokio. Su comandante, el almirante Perry, distribuyó regalos en nombre del presidente norteamericano y exigió la firma de un tratado comercial. El emperador se negó a ello y expulsó a los norteamericanos del país. Pero ocho meses después, Perry llegó con diez buques de guerra e impuso la firma del tratado. Japón puso al mal tiempo buena cara y comenzó a aprender de Occidente bajo la dirección del joven emperador Mutsuhito. El objetivo de Mutsuhito era hacer de Japón un país tan fuerte desde el punto de vista económico y militar como para que ningún otro pudiera volver a imponerle jamás su voluntad. Para ello se propuso imitar todo lo que hacía tan superiores a las grandes potencias occidentales. Los resultados de ese proceso de aprendizaje demuestran aún hoy que los japoneses son «los mejores alumnos de toda la historia universal», según escribió atinadamente el historiador Ernst Gombrich. Al cabo de apenas 50 años, Japón se había transformado en una nación industrializada. Luego, no tardaría en convertirse en una gran potencia de Asia oriental.

Aunque, con su actuación en Japón, Estados Unidos había intervenido por primera vez en la competición colonial fuera de América, Gran Bretaña siguió siendo aún por largo tiempo la principal potencia colonial. Australia y Nueva Zelanda formaban parte del imperio mundial británico, lo mismo que algunas de las demás islas del Pacífico. El resto de las islas estaba repartido entre Holanda, Francia y Portugal.

Tras el reparto de América, Asia y Oceanía, sólo quedaba África como botín para las grandes potencias. Durante varios siglos, el «continente negro» les había interesado únicamente por su rentable comercio de esclavos. El número de víctimas africanas de aquel tráfico con seres humanos es sólo objeto de conjetura. Diez millones es una cifra mínima, y es más probable que fueran de 20 a 30; hay cálculos que hablan incluso de 50 millones. La gran pérdida de habitantes tuvo consecuencias desastrosas para África: en muchas regiones quedaron destruidas las estructuras tribales tradicionales y, por tanto, las condiciones de vida de la gente.

Con la apertura del canal de Suez en 1869 dio comienzo la tan mencionada «disputa por África». El continente estuvo en gran parte en manos europeas hasta el final del siglo. El Imperio alemán, fundado en 1871, ingresó por primera vez en las filas de las potencias coloniales. El Estado nacional alemán, evocado ya desde comienzos del siglo XIX y que en ese momento aspiró también a adquirir posesiones coloniales, no se había hecho realidad hasta entonces. El africanista Karl Peters encontró la fórmula clave para expresar aquella aspiración: «La nación alemana ha salido del reparto de la Tierra con las manos vacías. Se trata de reparar esa negligencia secular».

La apropiación del segundo continente del planeta se justificó con teorías pseudocientíficas sobre la supuesta inferioridad de sus habitantes negros, a quienes se pretendía llevar la cultura y la civilización, tal como afirmaban los blancos. Pero su verdadero interés eran las materias primas y las riquezas del subsuelo, el poder y el dinero.

LA ESENCIA ALEMANA SERÁ LA SALUD DEL MUNDO

Cuando el objetivo de la política de un Estado es conseguir poder sobre otros pueblos, se habla de política imperialista. Esa política ha existido desde que hay organizaciones estatales. Pensemos tan sólo en la antigua Roma o en los imperios medievales. Dado que los Estados industrializados europeos, Estados Unidos y Japón quisieron dominar el mayor número posible de pueblos del resto del mundo enfrentándose entre sí en una auténtica competición, se habla de la «era del imperialismo». El político colonialista británico Cecil Rhodes escribía en 1877: «Sostengo que somos la primera raza de la Tierra y que cuantas más partes del mundo habitemos, tanto mejor para la humanidad». Aquella manera de pensar se daba también en otros países, por ejemplo en Alemania.

Después de tres guerras victoriosas y desplegando una gran habilidad diplomática, el primer ministro prusiano Otto von Bismarck (1815-1898) había logrado fundar en 1871 un Imperio alemán dominado por Prusia y al margen del Imperio austrohúngaro. Aquella gran potencia en el corazón de Europa fue sentida como una amenaza y observada con desconfianza por sus vecinos. Mientras Bismarck manejó los hilos como canciller del Imperio, pudo tranquilizar a aquellos vecinos explicándoles que Alemania se contentaba, estaba «satisfecha», con su territorio. La política de alianzas ideada por él garantizó la posición del Imperio, el Reich, y mantuvo la paz en Europa.

Pero en 1888 fue coronado emperador Guillermo II, de 29 años, y no tardó en emprender un «nuevo rumbo». El lema de aquel joven gobernante ambicioso, inconstante y vanidoso, fue la frase: «La esencia alemana será la salud del mundo». Guillermo despidió al canciller imperial porque éste no compartía sus fantasías de poderío mundial. Luego, la nación navegó «a toda máquina», como solía decir el emperador. Von Bülow, el canciller sucesor de Bismarck, pronunció en 1897 ante el Parlamento un discurso en el que habló de la política colonial y que concluyó con estas palabras: «Han acabado aquellos tiempos en que los alemanes cedían a un vecino la Tierra, y a otro el mar, para reservarse ellos el cielo... No queremos eclipsar a nadie, pero exigimos nuestro lugar al Sol». Para conquistar ese lugar se requería, ante todo, una flota, pues sólo con ella se podían obtener y garantizar en los territorios de ultramar materias primas y mercados de venta de productos. Así pues, el emperador dio órdenes de construir lo antes posible una fuerte armada.

Inglaterra vio amenazado por primera vez en la historia su rango de potencia marítima más poderosa del mundo y rearmó su flota con unos buques de

guerra imponentes. Los demás Estados europeos no se mantuvieron tampoco inactivos ante el «ruido de sables» alemán. Y cuando el gobierno de Alemania no prorrogó los tratados de alianza, Inglaterra, Francia y Rusia firmaron por su parte otros acuerdos destinados a impedir la guerra entre ellos. Alemania quedó aislada y se sintió pronto rodeada de enemigos. El emperador y su gobierno creyeron que debían rearmarse aún más para poder imponer los intereses alemanes por las armas, si fuera necesario. Aquel gran rearme general y un nacionalismo exacerbado convirtieron a Europa un barril de pólvora que podía estallar con la menor chispa, y todos los interesados parecían estar casi a la espera de aquella chispa. Apenas había alguno que se esforzara seriamente por mantener la paz.

LA CATÁSTROFE QUE DIO A LUZ AL SIGLO XX

El 28 de julio de 1914, Francisco Fernando, sucesor del trono austriaco, y su esposa fueron asesinados en Sarajevo, capital de Bosnia. El autor del crimen fue un nacionalista serbio que, como muchos de sus paisanos, soñaba con el reino de la gran Serbia y veía en el sucesor al trono austriaco una persona que se interponía en el camino hacia la realización de dicho sueño. El atentado no debería haber tenido como consecuencia una gran guerra, y en otros tiempos no la habría tenido. Pero, en aquel momento, fue la chispa que provocó la gran explosión. Más tarde se dijo que nadie había querido de verdad la guerra, que la «gente y las potencias» habían «resbalado, tropezado y dado traspiés» hasta caer en ella. El sentido de todas esas palabras era que los «grandes hombres» no supieron controlarse —y hay buenas razones para sostener este punto de vista—. Pero también hubo y hay voces que desautorizan esa opinión y atribuyen a más de uno de aquellos «grandes hombres» un conocimiento exacto de lo que hacían. El historiador alemán Fritz Fischer escribe, por ejemplo, en su libro *Der Griff nach der Weltmacht* [El intento de hacerse con el poder mundial] que el asesinato de Sarajevo fue para los dirigentes alemanes la «gran oportunidad de emprender una guerra preparada desde hacía tiempo».

Sea como fuere, Alemania habría podido impedir la guerra con suma rapidez, pues el Imperio austrohúngaro no podía actuar por sí solo contra Serbia, aliada de Rusia. Pero Guillermo II garantizó su apoyo al emperador vienés en cualquier caso, y con ese cheque en blanco le animó a emprender la guerra contra Serbia. La maquinaria de alianzas echó a andar y para el 4 de agosto se había producido una declaración de guerra de los demás países. Alemania y Austria se enfrentaban a Serbia, Rusia, Francia e Inglaterra.

El comienzo de la guerra fue recibido con júbilo en casi toda Europa. Mucha gente pareció casi aliviada porque, finalmente, se había descargado la tensión acumulada en los últimos meses. En Alemania, sobre todo, se contaba con un conflicto breve; los soldados estaban convencidos de que por Navidad estarían de nuevo en casa y serían festejados como héroes. Nadie escuchó o se tomó en serio las voces de advertencia procedentes sobre todo de escritores y artistas, aunque también varios políticos se refirieron en vano a las consecuencias de una guerra. Edward Grey, ministro inglés de Asuntos Exteriores, dijo, por ejemplo, el 4 de agosto: «En este momento las luces se apagan en toda Europa, y nunca en nuestra vida volveremos a verlas encendidas». Esta clase de observaciones fueron tachadas de pesimistas.

Por un momento dio, realmente, la impresión de que las voces de advertencia habían resultado engañosas. Las tropas alemanas avasallaron a sus adversarios en el frente occidental y oriental; parecía que la guerra podía tener un fin rápido. Pero, entonces, las tropas francesas e inglesas detuvieron el avance alemán cerca ya de París. Tras la batalla del Marne, del 6 al 9 de septiembre, la guerra de movimientos se convirtió en una guerra de posiciones. A partir de entonces no se pudieron llevar a cabo los planes alemanes y la guerra estuvo prácticamente perdida para Alemania y su socio, el Imperio austrohúngaro. No obstante, se siguió combatiendo en ambos frentes. Los soldados excavaron trincheras, recibieron fuego enemigo y dispararon a su vez sin que ninguno de los dos bandos consiguiera imponerse. Unos cientos de metros de terreno ganado debían pagarse al precio de muchas vidas. Las cosas siguieron así durante cuatro años; los soldados eran apenas poco más que «carne de cañón».

La batalla de Verdún fue el terrible punto culminante de aquel nuevo tipo de guerra en la que se utilizaron por primera vez ametralladoras, tanques, submarinos y gases tóxicos. A comienzos de 1916, el Mando Militar Supremo alemán pretendió «desangrar» a Francia y forzar así un vuelco de la situación. En una «batalla de medios materiales» nunca vista hasta entonces en el mundo, murieron unos 700.000 franceses y alemanes. Poco antes de morir, uno de ellos escribió: «Parece como si delante de nuestra posición se hundiera el mundo. ¡Fuera de las trincheras! No hay un metro cuadrado sin remover. Las ametralladoras tabletean, el fuego de infantería atruena. Se oye un ruido infernal. Cae uno; luego, otro. El teniente U., actual jefe de nuestra compañía, se pone en pie y al instante saltan jirones de su mapa de Estado Mayor; cierra convulso las manos ante el pecho y cae hacia delante. Tarda pocos minutos en morir. A las 12 del mediodía, el enemigo se decide a lanzar un contraataque. Retrocedemos en medio de una lluvia de granadas». Pocas veces se ha visto la insensatez de la guerra con mayor claridad que en el «infierno de Verdún».

Cuando el Mando Militar Supremo alemán ordenó a comienzos de 1917 la «guerra submarina sin limitaciones», el conflicto pasó a ser realmente mundial —la Primera Guerra Mundial—. La expresión «sin limitaciones» quería decir que debían hundirse también barcos neutrales, entre ellos los norteamericanos. A continuación, Estados Unidos declaró la guerra a Alemania el 6 de abril de 1917. Pero los militares alemanes, con los generales Hindenburg y Ludendorff a la cabeza, siguieron sin querer darse cuenta de que ya no era posible ganarla. Continuaban soñando en una «paz de los vencedores» y rechazaron las iniciativas de paz tanto del Parlamento alemán como del presidente norteamericano Woodrow Wilson. Todavía en marzo de 1918 dictaron a la nueva dirección rusa presidida por el revolucionario Lenin la dura «paz impuesta de Brest-Litowsk». Sin

embargo, medio año después, el propio Mando Militar Supremo no pudo negar ya que la guerra estaba perdida. El 1 de octubre de 1918, el general Ludendorff admitió ante algunos altos oficiales: «La dirección suprema del ejército y el propio ejército alemán están acabados. La guerra no se puede ya ganar; lo que tenemos inmediatamente ante nosotros es, en cambio, la derrota definitiva». Pero ni él ni el Mando Militar Supremo querían aceptar la responsabilidad de aquella derrota. Ludendorff propuso por tanto al emperador «integrar en este momento en el gobierno a los principales responsables de que hayamos llegado tan lejos; ellos son quienes deben concluir la paz que habrá de firmarse ahora. Ellos tienen que tragar la sopa que nos han cocinado». Se trataba de una infame tergiversación de los hechos con el propósito de salvaguardar al ejército de la vergüenza de la capitulación. Había que atribuir la responsabilidad de la derrota a los partidos, sobre todo al partido de los trabajadores alemanes, a los socialdemócratas. Y la estrategia de los generales tuvo éxito, aunque en perjuicio de la primera república alemana, según se verá.

Pero la guerra no había concluido todavía. Aunque Ludendorff había admitido la derrota y dimitido el 26 de octubre, el mando de la guerra naval dio orden dos días más tarde a la flota de alta mar de partir para el último combate contra la armada inglesa. Sin embargo, los marineros no quisieron seguir siendo carne de cañón e intentaron un levantamiento que se extendió rápidamente a los trabajadores y los soldados hasta convertirse en la «revolución de noviembre». El 9 de noviembre de 1918, el socialdemócrata Philipp Scheidemann proclamó la República Alemana; el emperador Guillermo II huyó a Holanda y los príncipes territoriales dimitieron. El 11 de noviembre, un representante del nuevo gobierno presidido por los socialdemócratas firmó el armisticio para que las armas callaran definitivamente. Alemania no fue admitida a la subsiguiente Conferencia de Paz de París. Los vencedores se erigieron en jueces y formularon el Tratado de Versalles, de gran dureza en varios de sus puntos y considerado injusto no sólo en Alemania. El artículo 231, que atribuía exclusivamente a Alemania y sus aliados la culpa del estallido de la guerra y los hacía «responsables de todas las pérdidas y daños», provocó una especial indignación en aquel país. Scheidemann, presidente del gobierno, se negó a firmar el tratado y dimitió. Cuando los vencedores amenazaron con proseguir la guerra, el nuevo gobierno alemán se vio obligado a firmar a pesar de todo.

En Alemania aumentó la cólera contra los políticos demócratas, responsables en opinión de muchos de la «paz vergonzosa» y la «humillación de Versalles». Los partidos y asociaciones de derechas exigieron pronto una «revisión del Tratado de Versalles». Hoy podemos decir que el tratado de paz que puso fin a la Primera Guerra Mundial contenía ya el germen de la Segunda.

La Primera Guerra Mundial costó más de 10 millones de vidas humanas. Otros 30 millones de personas sufrieron heridas graves y quedaron marcados para toda su vida. La guerra cambió el mundo de arriba abajo. Provocó el hundimiento de tres grandes monarquías, las de Rusia, el Imperio alemán y Austrohungría; el Estado multinacional austriaco se disolvió y surgieron nuevos Estados como Checoslovaquia y Yugoslavia. También se desmoronó definitivamente el Imperio otomano. Turquía se convirtió en un Estado independiente. En Oriente Próximo, otros países y regiones quedaron bajo administración inglesa y francesa. Aunque Francia e Inglaterra estuvieron en el grupo de los vencedores, habían sufrido grandes pérdidas y quedaron debilitadas económica y políticamente. En conjunto, Europa perdió su función dominante en el mundo; en cambio, Estados Unidos apareció por primera vez como potencia mundial y fue el auténtico ganador de la guerra. Su entrada en la contienda y la revolución rusa de octubre hacen de 1917 un «año decisivo». Aunque la joven República Soviética era todavía débil, la primera revolución socialista fue el inicio de la división del mundo en bloques hostiles por su cosmovisión, por su «ideología».

Con motivo del centenario de la Primera Guerra Mundial se publicaron numerosos libros al respecto. El que despertó mayor interés fue el extenso volumen del historiador australiano Christopher Clark, titulado *Sonámbulos*, que reavivó una vez más el debate sobre la responsabilidad de la guerra. Clark llega a la conclusión de que la guerra no fue culpa de un solo país, sino que fue una culpa compartida por todos los países europeos. Ninguno de los políticos responsables quiso el conflicto, y es probable que ninguno imaginara que se llegaría a una guerra de tal magnitud y tan destructiva. Según Clark, los políticos actuaron como sonámbulos, es decir, no fueron conscientes de las graves consecuencias de sus actos.

La opinión de Clark recuerda mucho a la célebre cita del antiguo primer ministro británico, Lloyd George, según la cual nadie había querido de verdad esa guerra, los países más bien habían «resbalado» hasta caer en ella.

Aunque ningún historiador serio habla ya de una responsabilidad exclusiva de los alemanes, la descripción de Clark no sólo cosechó apoyos, sino también duras críticas. La primera objeción tiene que ver con el término elegido, «sonámbulos», ya que, en sentido estricto, exime a los implicados de toda responsabilidad: es sabido que un sonámbulo no es dueño de sus actos porque no está despierto.

Clark también considera innecesario «establecer una jerarquía de Estados según su grado de responsabilidad por el estallido de la guerra». Y es justo en este punto donde lo contradicen aquellos historiadores que, al menos, desean

preguntarse quién tuvo más posibilidades de hacer algo *contra* el estallido de la guerra. Muchos de ellos llegan a la conclusión de que fue el gobierno alemán. Como no sólo no impidió que Austria-Hungría interviniese militarmente contra Serbia, sino que la animó a hacerlo, Alemania es la principal responsable del estallido del conflicto.

La lección más importante de la historia de esta guerra es que, en situaciones de crisis, hay que buscar alternativas a la guerra hasta el último momento. Los numerosos conflictos surgidos en los últimos cien años son, por desgracia, la mejor prueba de todas las veces en las que esto no se ha logrado.

EL PRIMER ESTADO SOCIALISTA

Los escritos de Marx y Engels habían logrado influir en la Rusia zarista a finales del siglo XIX, aunque ese influjo no se manifestó al principio entre los obreros, sus verdaderos destinatarios, sino entre los intelectuales. Uno de aquellos intelectuales fue Vladímir Ilich Uliánov, llamado Lenin (1870-1924). Desde sus años de estudiante, Lenin se había interesado por las doctrinas de Marx y reconocía que no podían aplicarse a un país atrasado como Rusia. Por tanto, se vio obligado a modificar el marxismo para que se acomodara a la situación rusa; según él, la revolución socialista podía producirse no sólo en los países capitalistas altamente industrializados, con un proletariado con conciencia de clase, sino también en un país poco desarrollado, desde donde, una vez iniciada, se extendería a los demás, difundiéndose así por el mundo entero. Pero para ello era necesario un «partido de cuadros» rigurosamente organizado que guiara al proletariado e inculcara al pueblo la conciencia correcta. Sólo aquel partido podría decidir cuándo había llegado el momento apropiado para la revolución. El partido debía mantener también la dirección en la siguiente fase de paso de la sociedad socialista a la comunista y proteger al pueblo de fuerzas «reaccionarias» hostiles a la revolución.

Aquel «leninismo» fue muy controvertido en el Partido Socialdemócrata de los Trabajadores de Rusia, que sólo podía actuar en la clandestinidad o en el extranjero. Se produjeron enfrentamientos y el partido se escindió entre «bolcheviques» radicales y «mencheviques» moderados. Los bolcheviques, dirigidos por Lenin, fueron la fuerza decisiva en la Revolución de Octubre de 1917.

Los trabajadores y soldados de Petersburgo, cansados de la guerra, habían intentado sublevarse en febrero de aquel año, obligar al zar a abdicar y proclamar la república. Pero el nuevo gobierno provisional quería una revolución meramente política, no social. La situación de los obreros y los campesinos no cambió. Y el gobierno continuó la guerra contra Alemania, por lo que el aprovisionamiento de la población volvió a empeorar. En aquellas circunstancias, Lenin, que vivía exiliado en Suiza, regresó a Rusia y exigió en sus Tesis de abril el final inmediato de la guerra, el derrocamiento del gobierno provisional, todo el poder para los consejos de trabajadores y soldados —los «sóviets»—, la expropiación de los latifundistas y el reparto de la tierra entre los campesinos.

El gobierno prohibió el partido de Lenin, movilizó tropas contra las manifestaciones de obreros, campesinos y soldados y logró mantenerse en el poder a duras penas. Sin embargo, cuanto más empeoraba el abastecimiento, mayor era

el atractivo del lema leninista de «Paz, tierra y pan». En octubre Lenin vio que había llegado el momento adecuado para la acción. «El gobierno vacila. Hay que asestarle el golpe definitivo cueste lo que cueste.» El 25 de octubre —7 de noviembre según el calendario occidental—, el comité central del partido decidió tomar el poder. En la noche del 24 al 25 de octubre, los bolcheviques ocuparon todas las instalaciones importantes de la capital. La Guardia Roja asaltó el Palacio de Invierno y encarceló al gobierno provisional, que celebraba allí sus sesiones. Aquella misma noche se reunió el Segundo Congreso Soviético de toda Rusia en el que Lenin proclamó la República Socialista Soviética. Los mencheviques abandonaron el Congreso entre protestas contra la actuación y los objetivos de los bolcheviques. El resto del Congreso estableció un Consejo de Comisarios del Pueblo bajo la dirección de Lenin como gobierno revolucionario. Los bolcheviques se habían hecho así con el poder casi sin derramar sangre. De inmediato promulgaron «decretos» con los que pretendieron hacer realidad las demandas fundamentales de paz, tierra y pan. En posteriores decretos se nacionalizó la industria y la banca, así como las propiedades de la Iglesia. Se prohibió todo tipo de comercio privado y el gobierno organizó la distribución de mercancías. La antigua organización de justicia fue sustituida por tribunales del pueblo con jueces elegidos. Las mujeres tendrían los mismos derechos que los hombres. Se facilitó el divorcio y los hijos extramatrimoniales se equipararon a los habidos en matrimonio. Escuelas y universidades se abrieron al pueblo trabajador; la educación, la ciencia y el arte debían contribuir a la formación del «hombre nuevo».

Aquel programa para la reorganización radical de la sociedad fue un experimento de importancia histórica mundial que fascinó principalmente a intelectuales de toda Europa. La gran mayoría de la gente lo contempló con escepticismo y hasta con rechazo. Así se demostró también en la nueva República Soviética cuando, en las elecciones para la asamblea nacional constituyente, los bolcheviques obtuvieron sólo el 24 % de los votos. Como Lenin temía que su gobierno revolucionario pudiera ser derrocado por los representantes elegidos, ordenó disolver la asamblea nacional por la fuerza el 18 de enero de 1918. Según él, actuaba «por el verdadero interés de la inmensa mayoría del pueblo», tanto si éste lo quería como si no.

Quien afirma conocer los intereses del pueblo mejor que éste mismo puede justificar cualquier política. Y eso fue, exactamente, lo que hizo también Lenin. Los bolcheviques habían conquistado el poder en minoría e intentaron mantenerlo por todos los medios. Como era algo no deseado por una gran parte de la población, estalló una guerra civil. Partidarios del zar, liberales burgueses y socialistas moderados lucharon con ayuda extranjera durante casi tres años contra el

predominio del Partido Comunista de Rusia, según se llamaron los bolcheviques desde comienzos de 1918. Los adversarios de la Revolución, los «blancos», lograron grandes éxitos en un primer momento; en octubre de 1919 se presentaron con sus tropas ante las puertas de Petersburgo. Pero León Trotski, el colaborador más inteligente de Lenin, consiguió constituir en un tiempo muy reducido un Ejército Rojo con gran capacidad de combate. Y como la colaboración entre los distintos grupos de los «blancos» no era buena ni en el terreno político ni en el militar, el Ejército Rojo logró eliminarlos. Los «blancos» fueron derrotados en el otoño de 1920.

Los dos bandos combatieron con extrema dureza y crueldad en la guerra civil, que costó la vida a once millones de personas. La economía del país se hallaba sumida en el caos; la agricultura y la industria producían tan poco que un número incalculable de gente murió de hambre. En aquella situación, Lenin se vio obligado a introducir un cambio de rumbo. Abandonó la doctrina ortodoxa y proclamó la Nueva Política Económica en el congreso del Partido de 1921. Se permitió a los campesinos vender una parte de sus productos en el mercado libre y se volvieron a privatizar empresas pequeñas y medias, que obtuvieron autorización para producir y comerciar. El sistema de economía mixta surgido de aquella decisión trajo consigo un auge, y las condiciones de vida de los habitantes de la URSS, la Unión de Repúblicas Socialistas Soviéticas, mejoraron poco a poco. Sin embargo, Lenin no pensaba cambiar sus objetivos. «Es cierto que hemos retrocedido unos pasos, pero sólo para tomar carrera y saltar mejor hacia delante.»

Lenin no llegó a conocer aquel «salto adelante». Tras su muerte, el 21 de enero de 1924, se inició entre los dirigentes del Partido una acerba lucha por la sucesión de la que salió vencedor Jossif Visariónovitch Dsugashvili, llamado José Stalin (1879-1953). En los años siguientes, Stalin consiguió apartar de sus puestos a sus posibles rivales. Comenzó expulsando del Partido a su adversario más serio, León Trotski, a quien luego desterró del país e hizo asesinar en el exilio de México en 1940. A partir de 1929, Stalin gobernó el Partido y el Estado como un autócrata indiscutible. Según constató, «nos hallamos cincuenta o cien años por detrás de los pueblos avanzados de la Tierra. En diez años debemos recuperar esa distancia. O lo hacemos, o los demás nos destrozarán». Stalin ordenó una «revolución desde arriba» con el fin de alcanzar aquella meta. Para crear grandes explotaciones agrarias, los «koljoses», se arrebataron sus granjas a los campesinos. Quien se oponía a la colectivización era desterrado a Siberia, deportado a campos de concentración o fusilado. Aquella brutal colectivización forzada se cobró de dos a tres millones de víctimas aproximadamente. Y como los koljoses no estuvieron en condiciones de producir alimentos suficientes en un primer momento, murieron de hambre diez millones de personas.

Por aquellas mismas fechas se impulsó la industrialización de la URSS dando prioridad a la industria pesada. De Ucrania a Siberia brotaron del suelo ciudades industriales completas. El fundamento de aquella industrialización fueron los «planes quinquenales», en los que el Estado fijaba qué debía producirse, cuándo, dónde, por quién, con qué calidad y a qué precio. Los trabajadores de la socialista Unión Soviética sufrían con aquel sistema una opresión y una explotación peores que en los países capitalistas de Occidente. Sobre todo pagaron los éxitos de la economía planificada con unas condiciones de trabajo inhumanas y un nivel de vida bajo: entre 1928 y 1940, la producción industrial del país se multiplicó por cuatro; la Unión Soviética sólo fue superada en este terreno por Estados Unidos. Sin embargo, las críticas a Stalin y a su política fueron en aumento. Para impedir que surgieran incluso los primeros brotes de una oposición, Stalin ordenó realizar una «gran purga» cuyas víctimas fueron los adversarios, reales o supuestos, existentes en el Partido, el Estado y el ejército, entre ellos todos los compañeros de viaje de Lenin. Muchos antiguos revolucionarios fueron asesinados por la omnipotente policía secreta de Stalin; otros fueron torturados hasta admitir públicamente determinados errores en procesos políticos organizados con gran aparato. Los encausados fueron condenados a muerte o enviados a realizar trabajos forzados en campos de concentración siberianos. El escritor Alexander Solzhenitsin describió de manera penetrante cómo se vivía y moría en ellos, en el Archipiélago Gulag. El total de muertos en los campos se calcula en unos doce millones de personas. Los comunistas, que habían prometido libertad a los seres humanos, convirtieron la URSS en sólo veinte años en un Estado «totalitario» que privaba a sus ciudadanos de cualquier libertad personal siempre que el Partido dirigente lo considerase necesario.

En la historia de la humanidad ha habido muchos emperadores, reyes, estadistas y dictadores que han pasado por encima de cadáveres para conseguir sus objetivos. Pero todos quedan eclipsados por el hecho de que el dirigente de un partido creado para liberar al pueblo trabajador de su servidumbre secular acabara convirtiéndose en genocida de su propio pueblo. ¿Qué se podía esperar de un sistema político que permitía una cosa así?

DOS VÍAS DE ESCAPE DE LA DEPENDENCIA COLONIAL

En los años de transición al siglo XX comenzó también una época de intranquilidad en los dos países más poblados de la Tierra: China y la India. Desde que las potencias imperialistas habían aumentado su influencia en China, se formó allí una oposición nacional que culpó a la casa imperial de las dificultades económicas y la creciente dependencia del país respecto a Europa. Tras varios levantamientos fallidos, el creciente descontento culminó en 1911 en una revolución. El emperador hubo de abdicar; la monarquía más antigua del mundo había llegado a su fin. China se convirtió en una república. Como ocurre casi siempre en tales casos, hubo diversos grupos que quisieron reorganizar el país según sus ideas. El Partido Nacional del Pueblo, de tendencia moderada, abogaba por unas reformas graduales que mejorasen la vida de la gente. Para la Juventud Revolucionaria, que veía en el marxismo la gran esperanza, sobre todo tras la Revolución rusa, aquel proceso no era lo bastante rápido ni iba suficientemente lejos. El verano de 1921, los jóvenes revolucionarios fundaron el Partido Comunista de China, liderado pronto por Mao Tse-tung (1893-1976). Mao se inspiró en las doctrinas de Marx y Lenin, pero buscó, no obstante, una vía peculiar china. Los portadores de la revolución no podían ser, según él, los escasos obreros industriales sino la masa de los campesinos empobrecidos de las zonas rurales.

Los dos bandos políticos reclutaron tropas y lucharon entre sí durante muchos años. Al principio, el ejército nacionalista chino, encabezado por Chang Kai-chek, fue claramente superior; el Ejército Rojo de Mao sólo pudo recurrir a la huida, que se convirtió en la legendaria «larga marcha», con un recorrido de más de 11.000 kilómetros a través del país en 1934 y 1935. Muchos perdieron la vida en el camino, pero otros más se unieron a Mao y su ejército. De los 100.000 que la habían comenzado, sólo 10.000 alcanzaron tras aquella penosa y peligrosa marcha la meta de Yenán, donde Mao consolidó su posición de poder en el Partido y comenzó a reorganizar la sociedad en la provincia.

Cuando Japón inició en 1937 una guerra de conquista y atacó a China, las tropas enfrentadas firmaron una paz para defenderse de la agresión externa. Los chinos lograron derrotar al enemigo uniendo sus fuerzas y con el apoyo de Estados Unidos, que no quería permitir que Japón llegara a ser una gran potencia. Pero quienes salieron reforzados de aquella guerra fueron, sobre todo, Mao y el Partido Comunista. A continuación, al estallar de nuevo la guerra civil, millones de campesinos apoyaron a los comunistas, que consiguieron dominar el gigantesco

país en otoño de 1948; el 1 de octubre de 1949 proclamaron la República Popular China.

La mayoría de los chinos vieron en Mao al libertador de un poder feudal secular. Bajo su dirección, el Imperio del Centro experimentó en 30 años más cambios que en los 3.000 anteriores. Apoyado por la Unión Soviética, Mao inició la transformación de China en un Estado socialista.

Mahatma Gandhi (1869-1948) emprendió en la India un camino totalmente distinto. De haber habido algún político santo, ese político sería él y no Mao. Las ideas de Gandhi sobre la vida humana no se parecían en nada a las de ningún «modernizador» de este mundo. «Estoy convencido de que, si la India consigue la libertad y el mundo se libera a través de ella, habrá que reconocer, más pronto o más tarde, que los seres humanos deben vivir en pueblos, y no en ciudades; en cabañas, y no en palacios. Los millones de personas que habitan en ciudades y palacios no podrán convivir nunca en paz. Opino que la ausencia de verdad y no violencia sólo pueden llevar a la aniquilación de la humanidad. Ahora bien, la verdad y la no violencia únicamente pueden hacerse realidad en la simplicidad de la vida aldeana.»

La liberación del Imperio colonial británico sólo podía conquistarse, según Gandhi, sin recurrir a las armas, pues de lo contrario costaría vidas humanas. La violencia y la libertad eran para él incompatibles. Como todas las personas que quieren emprender caminos nuevos e insólitos, Gandhi fue también en un primer momento objeto de irrisión y burla. Pero gracias a su inteligencia y a su paciencia sobrehumana consiguió llevar a la India hasta la independencia. Los ingleses acabaron capitulando ante la oposición no violenta practicada y organizada por él. Pero su sueño de un país en el que todas las razas, religiones y castas convivirían pacíficamente no llegó a cumplirse. Los actos de violencia entre los hindúes y los musulmanes de la India fueron constantes. Al final, los políticos más destacados decidieron dividir el país en una India hinduista y un Pakistán musulmán. Gandhi se había opuesto a la escisión hasta el último momento, pero no pudo impedirla. Y lo cierto es que esa división no ha llevado todavía la paz al subcontinente indio.

¡EL ENEMIGO ESTÁ A LA DERECHA!

Acabada la Primera Guerra Mundial, la mayoría de los Estados de Europa tuvieron sistemas de gobierno democráticos parlamentarios. Pero las jóvenes democracias se encontraron en una situación apurada debido a las penosas consecuencias económicas de la posguerra. Grupos de derecha hostiles a la democracia conquistaron el poder e instauraron dictaduras en Italia, España, Hungría y Polonia ya en la década de 1920. El italiano Benito Mussolini (1883-1945) desarrolló un sistema de gobierno llamado «fascismo», que presentó como una alternativa al socialismo y a la democracia parlamentaria.

Mussolini aprovechó con habilidad el descontento de la gente y las debilidades de la joven democracia y sus representantes, todavía inexpertos. Reclutó tropas de matones —los «camisas negras»— y se hizo pasar por defensor del orden público frente a las actividades subversivas de los socialistas. Muchos industriales, pero también la clase media burguesa, vieron en el Duce —palabra que significa ‘caudillo’— a la persona que les protegería de los socialistas y comunistas a ellos y sus propiedades. En medio de aquel clima, Mussolini, acompañado de 40.000 camisas negras, inició una «marcha sobre Roma» para derrocar al gobierno y tomar el poder en Italia. Ése fue el momento en que el gobierno decidió actuar contra los fascistas y recurrir al ejército. Pero el rey Víctor Manuel III cedió aterrizado ante la presión de Mussolini y lo nombró primer ministro.

Preguntado por los fundamentos intelectuales del fascismo, el Duce respondía que no le hacían falta; actuar era más importante que filosofar. Un rasgo significativo del fascismo fue haber vivido menos de un pensamiento propio que del rechazo de las ideas ajenas: era antimarxista, anticomunista, antiliberal, antidemocrático, antipluralista, antiparlamentario y anticapitalista. Todos los italianos debían dejar de lado sus intereses particulares y convivir armónicamente como partes integrantes de una gran comunidad. Hasta los niños debían ser educados para ese fin. Sólo entonces sería posible triunfar en la lucha contra los demás pueblos y lograr una nueva grandeza para el pueblo propio, para la propia nación. «¡Cree, obedece, lucha!», decía una consigna electoral de los fascistas. Con aquel programa, el Duce transformó en unos pocos años Italia en un Estado totalitario caudillista.

Otras democracias lograron afianzarse mejor en los primeros años de la posguerra. Sin embargo, una característica casi peculiar de esta época fueron los ataques y amenazas lanzados contra los gobiernos democráticos desde dos frentes:

el de la derecha, donde unas fuerzas políticas retrógradas querían regresar a tiempos predemocráticos, y el de la izquierda, donde, siguiendo el ejemplo soviético, se aspiraba a imponer un nuevo orden social. El peligro que representaban aquellas fuerzas para un país o para el mundo en general dependía, en especial, del nivel de vida que se podía alcanzar en un sistema político. Cuanto mejor vivía la gente, menos atención se prestaba a las opiniones radicales. En este punto podría ser oportuna una observación acerca de los conceptos de «derecha» e «izquierda». Ambos se referían en origen a la colocación en el Parlamento francés, donde los diputados conservadores se sentaban a la derecha —desde la perspectiva del presidente—, y los liberales y socialistas a la izquierda. Derecha e izquierda son, por tanto, conceptos relativos. Actualmente, cuando nos referimos a opiniones políticas extremas, solemos añadir el adjetivo «radical».

Pero volvamos a los primeros años de la década de 1920. La economía fue en ascenso en las democracias que se consolidaron, y el nivel de vida mejoró de manera lenta pero continuada; lo peor parecía haber pasado. En los «dorados años veinte», la vida latía —al menos en las grandes ciudades— con un vigor desconocido hasta entonces. Y Estados Unidos fue para los europeos el gran modelo. La gente se sentía impresionada y entusiasmada por músicas nuevas como el jazz, bailes nuevos como el charleston, medios nuevos de comunicación como el teléfono y técnicas nuevas de producción como la cadena de montaje. El american way of life se convirtió en la encarnación del progreso.

Sin embargo, los «dorados años veinte» tuvieron un fin brusco con el «viernes negro» de la bolsa de Nueva York. Aquel 25 de octubre de 1929 comenzó la primera crisis de la economía mundial con unas espectaculares caídas de las cotizaciones. Los bancos norteamericanos exigieron a sus acreedores europeos la devolución inmediata de los créditos junto con los intereses. La crisis afectó especialmente a Alemania, la nación más endeudada a consecuencia de la guerra. Hubo escasez de dinero, la producción industrial se paralizó, las empresas se hundieron y aumentó el paro, y con él el número de seguidores de partidos radicales que rechazaban el sistema parlamentario democrático de la República de Weimar, llamada así por la localidad donde había nacido la Constitución. Sin embargo, la coalición del SPD (el Partido Socialista Alemán) y los partidos burgueses tenía mayoría suficiente para poder tomar las medidas políticas y económicas necesarias en tales circunstancias. Sin embargo despilfarraron aquella mayoría con una ligereza que hoy nos parece inconcebible: el último gobierno parlamentario legitimado de la República de Weimar dimitió al no poder o no querer ponerse de acuerdo sobre la financiación del seguro de desempleo. El Parlamento alemán no estaba ya en condiciones de constituir un nuevo gobierno. En momentos de crisis como aquel, el presidente del Parlamento pasaba a ser,

según la Constitución, la persona más importante de la política alemana. Y, desde 1925, dicho presidente era el viejo general de la Primera Guerra Mundial Paul von Hindenburg, que no tenía nada de demócrata y no se hallaba, en absoluto, a la altura de aquel cometido. Hindenburg escuchó las sugerencias de su hijo y sus antiguos camaradas y tomó una decisión funesta para Alemania. Nombró varios «gabinetes presidenciales» en plazos cada vez más breves. El Parlamento dejó de legislar y las leyes fueron sustituidas por «decretos de emergencia» dictados por el presidente del Reich, a quien le habían sido presentados previamente por el «gabinete presidencial». De ese modo se abolía la división de poderes, tan importante en democracia. La Constitución amparaba formalmente aquel procedimiento, aunque sólo en casos excepcionales. Pero como la excepción se convirtió en regla a partir de 1930, la República de Weimar había fracasado ya en principio antes de la «toma del poder» por Hitler.

Adolf Hitler intervenía desde hacía tiempo en la política alemana junto con su partido, pero su rápido ascenso comenzó en el momento de la crisis económica. Sus consignas sencillas y su definición clara de un enemigo era lo que más gustaba de él a la gente descontenta e insegura de aquel tiempo. «¡Los judíos y los comunistas tienen la culpa de todo!» Quienes creían en aquellas consignas votaban también al partido de Hitler, que, tras haber conseguido el 37,3 % de los votos en las elecciones del 31 de julio de 1932, fue el más fuerte del Reichstag, el Parlamento alemán.

El propio general Hindenburg se mostró muy reticente respecto a Hitler: «Supongo, señores míos, que no me creerán capaz de nombrar canciller del Reich a ese cabo austriaco», dijo todavía el 27 de enero de 1933 a sus asesores, quienes, no obstante, le insistieron en que no se podía seguir excluyendo del gobierno al dirigente del partido con mayor número de diputados en el Reichstag. En realidad, los políticos conservadores —así como los representantes de la industria que le apoyaron— daban por supuesto que podrían «domesticar» a Hitler y utilizarlo para sus propios fines. Franz von Papen, uno de los hombres de máxima confianza del anciano presidente del Reich, dijo: «En dos meses habremos arrinconado a Hitler hasta hacerle chillar». Fue uno de los errores más funestos de la historia del mundo.

ALEMANIA SE CONVIERTE EN ESTADO CAUDILLISTA

Adolf Hitler fue uno de los personajes más terribles de la historia universal. Visto desde el presente, su ascenso parece casi incomprensible. Hitler no tenía ni un diploma de estudios ni una profesión respetable; en su juventud había subsistido con trabajos ocasionales y vivía en Viena en asilos para hombres. Apenas iniciada la Primera Guerra Mundial, se presentó voluntario a sus 25 años y nada le habría gustado tanto como seguir siendo soldado para siempre. En el ejército se sentía amparado, pues sabía qué hacer y qué dejar de hacer. Le impresionaba el principio de mando y obediencia.

Una vez perdida la guerra, Hitler se afilió a uno de los numerosos partidos recién creados, como muchos desarraigados y descontentos. Al ser buen orador, fue elegido al cabo de sólo un mes miembro de la presidencia del Partido Alemán de los Trabajadores como «responsable de propaganda». Lo primero que hizo fue imponer un nombre nuevo: el de Partido Nacionalsocialista Alemán de los Trabajadores (NSDAP, según la sigla alemana). El emblema del partido fue la cruz gamada. En un año, Hitler llegó a ser el hombre más poderoso del partido. En julio de 1921 se hizo elegir presidente con atribuciones casi ilimitadas. Siguiendo el modelo de los fascistas italianos creó una «sección de asalto» (SA) semimilitarizada que desfilaba con uniformes de color pardo y tenía por misión amedrentar a los adversarios del partido.

Tras el éxito de la «marcha sobre Roma» de Mussolini, Hitler quiso remedar su ejemplo y convocó a los «camisas pardas» para que acudieran a Múnich el 9 de noviembre de 1923 a fin de realizar una «marcha sobre la Feldherrnhalle» [el Pabellón del Mariscal de Campo]. Su intención era derrocar el gobierno, como había hecho el Duce. Hitler encabezó el desfile junto con el antiguo general Ludendorff, pero la policía le detuvo y encarceló a los sediciosos. En el posterior juicio, Ludendorff fue absuelto, y Hitler condenado a cinco años de prisión, de los que, sin embargo, sólo acabó cumpliendo nueve meses. Durante ese tiempo se dedicó a escribir su libro *Mi lucha*, en el que formuló sin tapujos sus ideas y objetivos, coincidentes en gran parte con los de los fascistas italianos, con el añadido de una confusa teoría racista a la que Hitler se adhirió con fanatismo, además de un odio a los judíos igualmente fanático y que se remitía a esa teoría. Aquel odio tenía su punto culminante en la afirmación de que los judíos debían ser exterminados, pues constituían una «raza inferior». Hitler exigía además un «espacio vital en el este» para el «pueblo de señores» alemán. Como meta última

imaginaba la implantación de «un orden social nuevo y grandioso basado en la idea de la esclavitud y la desigualdad», no sólo en Alemania sino en el mundo entero. Llegado aquel momento, la «raza superior aria» dominaría el mundo dirigida por los alemanes.

Muchos consideraron aquellas ideas como extravagancias de un hombre chasqueado y frustrado al que no se debía tomar en serio. Otros siguieron al Führer como habían seguido en otros tiempos los niños al flautista de Hamelín. Pero el 30 de enero de 1933, día en que Hitler fue nombrado canciller del Reich, era difícil que nadie llegara a imaginar qué iban a traer consigo los doce años siguientes.

Tras la «toma del poder», las tropas del partido, las SA y las SS — Schutzstaffeln, «Escuadras de protección»— se adueñaron de la calle. Los adversarios políticos fueron perseguidos, golpeados y muertos. Se establecieron los primeros campos de concentración, donde se encerró y torturó a hombres y mujeres detenidos arbitrariamente. Uno de los métodos de Hitler para mantener y ampliar su poder consistió en extender entre la gente el miedo y el terror; el otro, en servirse de las instituciones del Estado y mantener así la apariencia de que actuaba en el marco de la Constitución y las leyes. Tras el incendio del Reichstag en Berlín el 27 de febrero de 1933, los nacionalsocialistas difundieron de inmediato el rumor de que los incendiarios habían sido los comunistas. Al día siguiente, el presidente del Reich tenía ya sobre su mesa un decreto de urgencia «Para la protección del pueblo y el Estado», preparado, al parecer, de antemano. Como se trataba de arremeter contra los comunistas, los consejeros de Hindenburg fueron partidarios de firmarlo, a pesar de que con él se «revocaban hasta nueva orden» los principales derechos fundamentales. Aquel decreto de urgencia estuvo vigente hasta 1945 y dio a los nazis la posibilidad de proceder legalmente contra todos sus críticos de acuerdo con la letra de la ley.

La campaña electoral para las elecciones al Reichstag, el Parlamento alemán, del 5 de marzo se desarrolló en medio de aquel clima —y en ella tuvo especial importancia el significado de la palabra «campaña»—. EL NSDAP inundó el país con material propagandístico y celebró un sinnúmero de concentraciones. El partido comunista y sus publicaciones fueron prohibidos, y sus funcionarios encarcelados. Las tropas de la SA aparecían en los actos electorales del SPD y de los partidos burgueses para alterarlos e impedir su celebración. La prensa fue sometida a tales presiones que ya no se pudo hablar de información libre e independiente en casi ningún periódico. A pesar de ello, el NSDAP no obtuvo la mayoría esperada. Con el 43,9 % de los votos hubo de depender de un socio de coalición. Lo encontró en el Partido Nacionalista Alemán del Pueblo. Entre ambos disponían del 51,9 % de los votos; Hitler habría podido gobernar con una mayoría

parlamentaria, pero quería más. Así pues, presentó la llamada «ley de plenos poderes», destinada a permitir al gobierno dictar sin la intervención del Reichstag leyes que pudieran discrepar incluso de la Constitución. Para mantener la apariencia de legalidad, Hitler necesitó por última vez al Reichstag. En una sesión decisiva celebrada el 23 de marzo de 1933, se designó a la SA como «servicio de orden», a fin de aumentar la presión sobre los diputados de los partidos de la oposición. Los 81 mandatos del Partido Comunista de Alemania se consideraron de antemano inexistentes. Hitler hizo promesas a los partidos burgueses y alcanzó así la mayoría requerida de dos tercios. Sólo el SPD resistió la presión y votó unánime contra la ley con la que el Reichstag se anulaba a sí mismo y convertía prácticamente a Hitler en autócrata de Alemania. Hitler aprovechó su poder desde el primer momento para reorganizar el Estado y la sociedad de acuerdo con sus ideas. En primer lugar se derogó la independencia de los Länder, los estados federales, mediante la «Ley para la coordinación de los Länder con el Reich». Los presidentes de los Länder fueron sustituidos por Reichssatthalter, «gobernadores del Reich», sometidos a la autoridad de Hitler. El siguiente paso consistió en prohibir los sindicatos y el SPD, cuyos principales funcionarios fueron retenidos en «prisión preventiva» y encerrados en los llamados «campos de concentración». Los partidos burgueses se disolvieron «voluntariamente». El 14 de julio de 1933 se prohibió por ley la creación de nuevos partidos.

Los nazis necesitaron medio año para hacer de Alemania un Estado unipartidista no democrático encabezado por Adolf Hitler. Al morir Hindenburg el 2 de agosto de 1934, Hitler asumió también el cargo de Presidente del Reich y, por tanto, el de comandante supremo del ejército alemán. Su título oficial fue desde ese momento el de «Führer [caudillo] del Reich [imperio] y el pueblo alemán». Alemania se había convertido definitivamente en un Estado caudillista totalitario.

EL DELIRIO RACIAL DE HITLER

«El Führer tiene siempre razón. La voluntad del Führer es ley.» Esta frase y otras similares muestran claramente que, a partir de aquel momento, Hitler reunía todo el poder en sus manos, como lo habían hecho antiguamente los monarcas absolutistas. Aquello, sin embargo, le parecía todavía insuficiente. No quería tener sólo el poder sobre un país y un Estado, sino dominar también a las personas incluso en sus pensamientos y sentimientos. Por eso, los propios niños debían ser educados en el espíritu nacionalsocialista. Ésa es la razón de que hubiera asociaciones como Jungvolk [Gente joven], Hitlerjugend [Juventud hitleriana], Bund Deutscher Mädel [Liga de muchachas alemanas] y otras organizaciones similares a las que debían incorporarse todos los niños en función de su edad. Rudolf Hess, lugarteniente de Hitler, formuló el objetivo de la educación en el Estado nazi con las siguientes palabras: «El nacionalsocialismo, al que todos pertenecemos, está anclado en la lealtad sin crítica, en una entrega al Führer que no pregunta acerca de los porqués particulares, en el cumplimiento callado de sus órdenes».

«¡Führer, ordena; te seguiremos!», decía una de las divisas del Tercer Reich. Para que nadie pensara de manera indeseada, se negó el permiso de publicación a periodistas y escritores de izquierdas, cuyos libros fueron quemados en público el 10 de mayo de 1933. Las imágenes y músicas contrarias al «sano sentimiento del pueblo» se consideraron «no alemanas y degeneradas». Los científicos que no quisieron amoldarse al nuevo «espíritu alemán» fueron despedidos.

Sin embargo, hubo desde el principio personas que eludieron la presión y la influencia del régimen nazi o se opusieron a él. Esa resistencia iba desde la negativa a hacer el «saludo hitleriano» hasta el trabajo político clandestino y la planificación de atentados contra Hitler, pasando por el apoyo a los perseguidos. Pero en el Estado totalitario, en el que no había un lugar a salvo de espías y denunciantes, cualquier oposición constituía un peligro mortal. Miles de personas tuvieron que pagar con la vida su valor cívico y su valentía.

Situaciones iguales o similares se dieron también en otras dictaduras. Lo que diferencia a éstas del régimen nazi fue la teoría racial y sus consecuencias. Según esa doctrina existen razas superiores e inferiores que luchan entre sí por la supervivencia. Dicha teoría consideraba un principio de la naturaleza que los superiores tienen el derecho y hasta el deber de aniquilar a los inferiores para conseguir un desarrollo superior del conjunto de la humanidad. En lo alto de la jerarquía se situaba la raza nórdica de los «arios»; y en lo más bajo, los judíos.

Aquella doctrina absurda y seudocientífica recorrió Europa desde finales del siglo XIX, y en el caso de Hitler y de Alemania, con una historia de hostilidad hacia los judíos que se remontaba a épocas lejanas de la historia, encontró un suelo especialmente fértil. La teoría racial significaba para Hitler nada menos que la legitimación para matar. Sobre los judíos, o «el judío», según escribe Hitler, se dice lo siguiente en el libro *Mi lucha*: «Es y seguirá siendo el eterno parásito, una plaga que se va difundiendo progresivamente como un bacilo dañino en cuanto halla un suelo propicio que le invite a ello. Pero también los efectos de su existencia se asemejan a los de los parásitos: allí donde aparece, muere el huésped al cabo de un tiempo más o menos largo». De calificar a las personas de parásitos a la idea de que debían ser exterminadas hay sólo un pequeño paso.

Poco después de la toma del poder comenzaron a lanzarse en Alemania campañas de acoso y vejaciones para marginar a los judíos y empujarles a emigrar. La gente se pregunta hasta hoy cómo, en el siglo XX, pudo ocurrir algo así en una nación culta, en el país de Kant, Lessing, Goethe y Schiller. La discriminación, privación de derechos y persecución de los judíos, pero también de otros grupos como los gitanos, no se practicaron a escondidas sino a la vista de vecinos, conocidos, amigos y compañeros de trabajo, deporte y estudio. Lo único que no se desarrolló ya ante los ojos del público fue la «solución final del problema judío», aplicada a partir de 1942. Los nazis construyeron para ello en la Polonia ocupada grandes campos de exterminio a los que se deportó a los judíos de toda Europa. La erección de fábricas de muerte donde se asesinó de manera sistemática a unos seis millones de miembros de una comunidad religiosa no se puede comparar con ningún crimen de la historia del mundo. El Holocausto, del que fueron víctimas los judíos europeos, pesa sobre Alemania independientemente de lo que la gente sabía con exactitud y de cuántos eran quienes lo sabían.

LA GUERRA TOTAL

«El ejército alemán debe estar listo para intervenir en cuatro años. La economía alemana debe estar preparada en cuatro años para la guerra.» Esas fueron las exigencias planteadas por Adolf Hitler en una nota secreta en 1936. Sin embargo, de puertas afuera siguió presentándose como un estadista amante de la paz. Para ello aprovechó también los Juegos Olímpicos celebrados en Berlín en 1936. Aunque Hitler había incumplido ya el Tratado de Versalles implantando el servicio militar obligatorio y ocupando la Renania desmilitarizada, hubo muchos que se dejaron engañar por aquellas apariencias. Lo mismo puede decirse de la «anexión» de Austria, realizada el 14 de marzo de 1938. Sin pensárselo dos veces, Hitler había declarado que su país de origen formaba parte del Reich alemán, cogiendo así descaradamente por sorpresa a sus vecinos europeos, que no quisieron arriesgarse a entablar una guerra por aquel motivo. Medio año después exigió también la anexión del territorio de los Sudetes, con sus tres millones y medio de alemanes —«las últimas demandas territoriales que voy a plantear en Europa»—. Todos los alemanes debían ser devueltos «a su hogar, el Reich».

Las potencias europeas contemplaron aquellas campañas de conquista, formularon unas débiles protestas e intentaron calmar a Hitler haciendo concesiones. Pero ése no era el modo de pararle los pies. Quería el «espacio vital en el Este», exigido por él en *Mi lucha*, y la política de «apaciguamiento» (appeasement) sólo sirvió para animarle a hacerlo. Cuando el 1 de septiembre de 1939 dio orden de invadir Polonia, comenzó la Segunda Guerra Mundial.

Con la campaña de Polonia, el ejército alemán experimentó por primera vez una estrategia llamada «guerra relámpago». Unidades acorazadas rápidas penetraban hasta muy adentro del territorio enemigo apoyadas por aviones de combate; a continuación les seguían los soldados de infantería, que ocupaban las regiones conquistadas. La concentración de todas las fuerzas sobre un enemigo cada vez permitía conseguir victorias rápidas, pues Alemania no estaba pertrechada para una guerra larga en varios frentes. Antes debía hacerse con los medios necesarios para ello mediante la explotación de los vencidos.

La nueva estrategia bélica funcionó también en Dinamarca, Noruega, Bélgica, Holanda e, incluso, en Francia. Las tropas alemanas entraron en París al cabo de sólo cinco semanas, y Francia se vio obligada a firmar la capitulación el 22 de junio de 1940. Hitler eligió para ello un lugar simbólico: el mismo vagón de tren estacionado en el bosque de Compiègne donde los alemanes tuvieron que firmar el armisticio el 11 de noviembre de 1918. De ese modo «se borraba», según Hitler, «el

oprobio de Versalles». A continuación, muchos alemanes le saludaron como el «máximo estratega de todos los tiempos». Nada ni nadie parecía poder detenerlo.

El primer revés se produjo cuando Alemania atacó también a Inglaterra. Aunque la aviación alemana bombardeó durante meses ciudades inglesas, no logró quebrantar la voluntad de resistencia de los ingleses. Hitler detuvo los ataques y se dirigió contra su verdadero objetivo: la Unión Soviética, su principal enemigo ideológico.

En 1939 había firmado un pacto de no agresión con Stalin, pero eso no le impidió iniciar el 22 de junio de 1941 la «operación Barbarroja»: la campaña contra el gran Imperio soviético. Y la estrategia de la guerra relámpago pareció tener éxito una vez más. En octubre, las tropas alemanas se hallaban ya a las puertas de Moscú. Pero, entonces, el invierno comenzó antes de lo habitual y paralizó el avance alemán. Las fuerzas armadas alemanas no estaban preparadas para el invierno ruso, como tampoco lo había estado en otros tiempos el ejército de Napoleón. El aprovisionamiento se complicó y las pérdidas fueron en aumento. El Ejército Rojo, al que el ataque había pillado por sorpresa, inició una contraofensiva que significó el fracaso de la guerra relámpago. A pesar de que las tropas alemanas lograron avanzar de nuevo en el verano de 1942, 300.000 hombres quedaron cercados en Stalingrado en el invierno de 1942-1943. Su situación era desesperada, pero Hitler les prohibió capitular; el VI Ejército fue aniquilado por completo. La batalla de Stalingrado se considera un punto de inflexión en la marcha de la guerra. A partir de ese momento, el ejército alemán se halló en retirada, a pesar de que en Alemania se siguió hablando de una «victoria final».

Entretanto, la guerra europea se había convertido en guerra mundial; Japón se sumó a la Italia fascista como aliado de Alemania, pues pensaba obtener de aquella decisión ciertas ventajas en Asia sudoriental. Fue también el país que hizo entrar en la guerra a Estados Unidos al lanzar un ataque por sorpresa contra la flota norteamericana del Pacífico en Pearl Harbor el 7 de diciembre de 1941. Todo el mundo vio con claridad que, tal como había ocurrido ya en la Primera Guerra Mundial, la entrada en guerra de Estados Unidos había desequilibrado tanto la relación de fuerzas que lo único que podían esperar Alemania y sus aliados era una derrota. Sin embargo, el «mayor estratega de todos los tiempos» no quiso capitular, como tampoco lo habían querido los generales Hindenburg y Ludendorff, y prefirió sacrificar más millones de vidas humanas. Y sus generales le apoyaron en aquella decisión.

En Italia, Mussolini fue encarcelado el 25 de julio de 1943 por orden de Víctor Manuel III —y el país cambió de bando—. En Alemania, nadie se atrevió a detener a Hitler. Un atentado perpetrado contra él el 20 de julio de 1944 por el

comandante Stauffenberg concluyó en fracaso. El fuego de los disparos y las bombas continuó, pero el escenario de guerra era ya la propia Alemania. Las ciudades alemanas fueron bombardeadas; el Ejército Rojo penetró en el país desde el este, y los aliados occidentales desde el oeste. Alemania fue ocupada enteramente en la primavera de 1945.

El 30 de abril de 1945, Adolf Hitler se suicidó. El 8 de mayo capitularon sin condiciones los dirigentes alemanes. La guerra había concluido en Europa. En el Pacífico duró tres meses más y finalizó con el lanzamiento de las primeras bombas atómicas contra Hiroshima y Nagasaki los días 6 y 9 de agosto de 1945. Aquellas armas terribles debían obligar a Japón a capitular y lograron su objetivo. La Segunda Guerra Mundial había concluido definitivamente. Costó 55 millones de vidas humanas y fue una espantosa demostración de lo que es capaz el ser humano. Con el lanzamiento de la bomba atómica, Estados Unidos inauguró una nueva era y dio a conocer al mismo tiempo sus aspiraciones a ocupar una posición directiva en el mundo.

FORMACIÓN DE DOS BLOQUES ENEMIGOS

Los principales políticos de la coalición contraria a Hitler se reunieron ya durante la guerra en varias conferencias para reflexionar sobre el periodo de posguerra. En ellas se trató, por un lado, la cuestión de qué hacer con Alemania. Pero los participantes consideraban de mayor importancia crear un nuevo orden mundial en el que los Estados mantuvieran vínculos más estrechos. Se quería impedir así la declaración de nuevas guerras en el futuro. En 1945 nacieron las Naciones Unidas (ONU), a las que pertenecieron en origen 51 Estados. Hoy son más de 180. Esta organización se propuso y sigue proponiéndose cuatro objetivos principales: garantizar la paz mundial, proteger los derechos humanos, ofrecer igualdad de derechos a todos los pueblos y mejorar las condiciones de vida en el mundo.

Al principio, Estados Unidos, Inglaterra y la URSS —los «tres grandes»— se mostraron unidos. Lo mismo ocurrió en el verano de 1945, cuando se trató la «cuestión alemana» en la Conferencia de Potsdam. Churchill, primer ministro inglés, Stalin y Truman, el nuevo presidente norteamericano, se dieron la mano ante las cámaras tras haber decidido que debían «liquidar el militarismo alemán y el nazismo». Después de incluir a Francia entre las potencias vencedoras, dividieron Alemania en cuatro zonas de ocupación, y Berlín en cuatro sectores. Los territorios al este de la línea de los ríos Oder y Neisse se pusieron bajo administración polaca y soviética. La responsabilidad sobre el conjunto de Alemania recaería en el Consejo de Control de los Aliados, constituido por los cuatro comandantes en jefe. Cada una de las potencias ocupantes tendría potestad exclusiva de gobierno dentro de su zona.

Antes de finalizar la guerra habían huido ya hacia el oeste más de un millón de civiles alemanes ante el avance del Ejército Rojo, pero, tras los acuerdos de Potsdam, la avalancha de refugiados se convirtió en una auténtica migración masiva. En total fueron expulsados por la fuerza de sus hogares del este unos doce millones de personas, que hubieron de recibir alimento y cuidados en las zonas occidentales, lo cual resultaba tanto más difícil cuanto que muchas ciudades alemanas se hallaban en ruinas y faltaban hasta las cosas más sencillas de la vida diaria. Además, las potencias vencedoras exigieron reparaciones y desmontaron instalaciones industriales completas. La Unión Soviética, que había resultado más dañada que cualquier otra y hubo de lamentar 20 millones de muertos, se apoderó más que ninguna de todo cuanto pudo conseguir. Era comprensible, pero empeoró, no obstante, de manera dramática la situación del abastecimiento y dio pie a auténticos «inviernos de hambre». Para evitar el colapso económico total, los

norteamericanos modificaron su política de ocupación, aunque no lo hicieron sólo por motivos humanitarios, según se afirmó más tarde.

Lo decisivo para la nueva política norteamericana fue su visión de la Unión Soviética y sus intenciones, descritas ya a comienzos de 1946 por George F. Kennan, consejero de embajada en Moscú, con las siguientes palabras: «La idea de querer gobernar Alemania conjuntamente con los rusos es un delirio. Otro es creer que los rusos y nosotros podremos retirarnos un buen día cortésmente y que del vacío surgirá una Alemania sana, pacífica, estable y amistosa. No nos queda más elección que conducir a nuestra parte de Alemania hacia alguna forma de independencia que sea tan satisfactoria, tan segura y tan superior que el Este no pueda ponerla en peligro... Mejor una Alemania fragmentada cuya parte occidental sirva al menos como parachoques de las fuerzas del totalitarismo, que una Alemania unida por donde esas fuerzas puedan volver a penetrar hasta el mar del Norte». (Keenan daba por supuesto que la Unión Soviética seguía aspirando a la revolución mundial. Así pues, era necesario reforzar económica y militarmente al menos Europa occidental para que pudiera servir de «parachoques».)

A su vez, la Unión Soviética atribuía a Estados Unidos el deseo de llevar a Alemania y Europa al bando capitalista y crear Estados satélites. La «coalición antinatural» surgida de la guerra contra la Alemania de Hitler se descompuso y comenzó el conflicto entre el Este y el Oeste. En un discurso pronunciado ante el Congreso el 12 de marzo de 1947, el presidente norteamericano anunció una nueva política que pasó a la historia con el nombre de «doctrina Truman». En aquel momento de la historia, dijo Truman, todas las naciones debían escoger entre dos formas de vida: la libre del Occidente democrático, y la totalitaria del Este comunista. Pero como el comunismo tendía por esencia a la expansión, el mundo libre debía erigir barreras protectoras para impedir que se difundiera. «Creo que la política de Estados Unidos ha de consistir en apoyar a los pueblos libres que se oponen a los intentos de someterlos.» Aquel principio de contención — containment— expuesto por Truman fue durante décadas la línea directriz de la política exterior norteamericana y asignó a Estados Unidos la problemática función de «policía del mundo».

En contrapartida, Stalin desarrolló la «teoría de los dos campos»: en un lado se hallaban los Estados libres socialistas; en el otro, los imperialistas capitalistas. El imperialismo agresivo de Estados Unidos pretendía impedir el desarrollo y despliegue del socialismo hasta la consecución de un mundo más justo.

Así es como las nuevas «superpotencias» presentaron su punto de vista de la situación. El mundo se hallaba dividido en dos bloques hostiles. Pronto se habló de «guerra fría» entre el Este y el Oeste.

EL EQUILIBRIO DEL TERROR

Se formaron dos bloques, y ya no fue sólo cuestión de palabras sino de hechos. De acuerdo con un plan del ministro de Asuntos Exteriores norteamericano Marshall, se lanzó un programa de ayuda para la reconstrucción de Europa occidental. Los Estados occidentales se aproximaron también más en los aspectos militares y, dirigidos por los norteamericanos, fundaron en 1949 el llamado Pacto del Atlántico Norte, la OTAN, según su acrónimo. Sus miembros fueron Bélgica, Dinamarca, Francia, Gran Bretaña, Islandia, Italia, Canadá, Luxemburgo, Holanda, Noruega, Portugal y Estados Unidos. La Unión Soviética reaccionó creando el Consejo de Ayuda Mutua Económica (CAME, o Comecon) y estableció «pactos de amistad y ayuda mutua» con cada uno de los Estados de su esfera de influencia. Entre ellos se hallaban en un primer momento Bulgaria, Polonia, Rumanía, Checoslovaquia y Hungría, y algo más tarde Albania y la República Democrática Alemana.

El «Telón de Acero», según la denominación dada por Churchill a las fronteras entre el Este y el Oeste, dividía también a Alemania y llevó en 1949 a la creación de dos Estados alemanes. La República Federal de Alemania (RFA) fue conducida decididamente hacia el campo occidental por el primer canciller federal Konrad Adenauer (1876-1967); la República Democrática Alemana (RDA) acabó siendo el vasallo más fiel de la Unión Soviética.

La guerra fría se «calentó» cuando Corea del Norte atacó a la prooccidental Corea del Sur en 1950 con el apoyo de China y la Unión Soviética para aunar de nuevo el país bajo el poder comunista. Occidente vio en ello una prueba de la amenaza del comunismo «para el mundo libre». Se temía que el siguiente objetivo pudiera ser Alemania occidental. Para intimidar a la Unión Soviética, los Estados de la OTAN se rearmaron considerablemente. En tales circunstancias se oyeron las primeras voces que exigían también de la RFA una aportación a la defensa. Otros desaconsejaron la reconstrucción de un ejército en Alemania. Las consecuencias de la Segunda Guerra Mundial eran todavía visibles por todas partes cuando comenzó en Alemania un duro enfrentamiento sobre política nacional entre partidarios y adversarios del rearme. Al final se impuso Adenauer, como en todas las decisiones significativas para el futuro del joven Estado. El 5 de mayo de 1955, la RFA ingresó en la OTAN, y en enero de 1956 Adenauer dio la bienvenida a la primera unidad del nuevo ejército federal.

La Unión Soviética había querido impedir la incorporación de Alemania occidental a la OTAN y no permaneció inactiva contemplando aquellos hechos. El

14 de mayo de 1955 fundó el Pacto de Varsovia, del que formaron parte la propia Unión Soviética, Polonia, Checoslovaquia, Bulgaria, Rumanía, Hungría y Albania. En los meses siguientes, la RDA creó las primeras unidades del Ejército Popular Nacional; en 1956 ingresó en el Pacto de Varsovia.

Aunque la Unión Soviética disponía de bombas atómicas desde 1949, Estados Unidos se sentía todavía muy superior y seguro por aquellas fechas; el enemigo carecía, sobre todo, de misiles de largo alcance con los que podría haber amenazado directamente a Estados Unidos. Pero cuando, en 1957, la URSS logró colocar un satélite en órbita alrededor de la Tierra, América se sintió consternada pues era evidente que su adversario tenía la posibilidad de atacar también el territorio de Estados Unidos. La «conmoción del Sputnik» llevó el rearme a un nuevo nivel en el que, sin embargo, ninguno de los dos bandos pudo conseguir una ventaja decisiva. Por eso se habla de un «equilibrio del terror», que impidió a las dos superpotencias emprender acciones militares contra su antagonista. La situación se puso de manifiesto por primera vez cuando, en agosto de 1961, la RDA construyó un muro entre Berlín Este y Oeste. Era el intento realizado por un régimen autoritario para impedir a sus ciudadanos huir a Occidente, que se hallaba en mejores condiciones económicas y disfrutaba de mayor libertad política. Es verdad que las potencias occidentales protestaron y que los norteamericanos colocaron algunos tanques en posición, pero eso fue todo. La construcción del muro se consideró oficialmente un «asunto interno del ámbito de influencia soviético».

Algo muy distinto ocurrió cuando la URSS apoyó a la Cuba socialista ante la «puerta misma de Estados Unidos» y estacionó allí misiles en secreto. El espionaje aéreo norteamericano descubrió las rampas de lanzamiento el 15 de octubre de 1962, y el presidente John F. Kennedy (1917-1963) reaccionó con resolución: ordenó un bloqueo naval en torno a la isla, movilizó las fuerzas armadas y exigió a Nikita Jruschov (1897-1971), jefe del Estado y del Partido de Comunista de la Unión Soviética, a modo de ultimátum, la retirada de los misiles. Durante trece días, el mundo estuvo al borde de la Tercera Guerra Mundial. Pero, luego, Jruschov cedió y ordenó retirarlos.

La crisis de Cuba se considera un importante punto de inflexión en la historia reciente. Las dos superpotencias reconocieron que la «política de fuerza» las había llevado a un callejón sin salida: ningún Estado podía utilizar las armas nucleares si no quería arriesgarse a sufrir su propia aniquilación y la de toda la humanidad. Además, ninguno de los dos bandos podía dar por sentada una victoria sobre el otro. Todos los implicados veían claramente que deberían vivir en paz durante un tiempo previsible. Entre Moscú y Washington se instaló una «línea caliente» que permitiera llegar a un entendimiento rápido en situaciones

amenazadoras. Se realizaron además los primeros intentos tímidos de detener la carrera de armamentos. La relación entre ambas superpotencias pasó poco a poco del enfrentamiento agresivo a la «coexistencia pacífica».

EL «TERCER MUNDO»

Las viejas potencias coloniales europeas habían perdido durante las dos guerras mundiales su posición dominante en el mundo. Aquella pérdida condujo a partir de 1945 a un proceso de descolonización que, en un plazo de veinte años, llevó la independencia a la mayoría de las colonias de Asia y África. Por lo general, Inglaterra entregó sus colonias de manera pacífica o, al menos, incruenta, mientras que las colonias francesas, holandesas, belgas y portuguesas lograron su independencia en guerras largas, libradas a menudo con gran dureza.

Sin embargo, apenas concluidas las celebraciones por la independencia, se mostraron claramente los grandes problemas que debían afrontar los nuevos Estados. Faltaban especialistas en todos los terrenos: expertos en administración, ingenieros, médicos y profesores. Además, no tardaron en estallar conflictos étnicos, religiosos y sociales, que abundaron en aquellos Estados formados a menudo de manera artificial. Los habitantes de Tanzania, por ejemplo, pertenecían a no menos de 120 tribus, cada una con su lengua y cultura propias. Entre las tribus se producían constantemente enfrentamientos bélicos, lo cual agravaba aún más la difícil situación existente ya en los jóvenes Estados. Los primeros partidos y gobiernos, salidos en su mayoría de los respectivos movimientos de independencia, adoptaron actitudes sociales revolucionarias y democráticas. Querían acabar con las desigualdades y construir sociedades socialistas en las que las antiguas tradiciones tribales fueran unidas a los logros modernos. «Nos movemos entre dos civilizaciones», escribía sobre este asunto una autora nigeriana.

Pero aquel estado de vacilación no se mantuvo mucho tiempo. Al no existir una cultura democrática, no tardaron en desarrollarse formas de gobierno autoritarias en las que dominaba en cada caso un partido, una tribu, una junta militar o un solo individuo. Y como los gobernantes sólo pensaban en su propio bienestar, muchos pueblos emprendieron un auténtico vía crucis. Guerras exteriores y civiles, inexperiencia económica y corrupción condujeron al empobrecimiento de pueblos enteros y provocaron hambrunas catastróficas.

Los Estados industriales fueron también responsables de la situación creada. Aunque prestaban ayudas al desarrollo —sobre todo Estados Unidos— desde la década de 1950, no hicieron nada por influir en la organización de los nuevos Estados para permitirles la independencia y la subsistencia económica, como tampoco lo habían hecho las antiguas potencias coloniales. Para los Estados industrializados, los nuevos países siguieron siendo sobre todo un mercado del que extraer materias primas y donde vender sus mercancías.

Luego, los «países en vías de desarrollo» se vieron implicados en el conflicto entre el Este y el Oeste. El Este apoyó a los grupos y regímenes revolucionarios e intentó impulsar así la revolución comunista mundial. A su vez, el presidente Eisenhower formuló para Occidente la «teoría del dominó»: si un país caía y se hacía comunista, provocaría una reacción en cadena. Occidente quería impedirlo por todos los medios. Para ello apoyó hasta a los dictadores más corruptos de acuerdo con la consigna de que los enemigos de mis enemigos son mis amigos.

Estados Unidos recurrió también directamente a la guerra cuando lo consideró necesario. Así lo hizo a mediados de la década de 1960 en Vietnam, donde en algunos momentos llegó a haber medio millón de soldados estadounidenses luchando en una guerra contra el régimen comunista de Vietnam del Norte librada sin cuartel por ambos bandos. Los bombardeos masivos de los norteamericanos, con sus enormes destrucciones, acabaron por provocar protestas en todas partes del mundo, incluidos los propios Estados Unidos. En la guerra de Vietnam, el «país de las posibilidades ilimitadas» hubo de experimentar dolorosamente y por primera vez en su historia que no todo era posible. En 1973, las dos partes acordaron un tratado de armisticio: Estados Unidos retiró sus tropas pero la guerra continuó. Dos años después, el victorioso Vietnam del Norte unificó los dos Estados parciales en la República Comunista de Vietnam. Pero el «efecto dominó» no se produjo.

En la lucha entre el Este y el Oeste por ejercer la mayor influencia posible sobre las antiguas colonias se generalizó el concepto de «tercer mundo» para los llamados países en vías de desarrollo. Se consideró «primer mundo» a las democracias ricas occidentales, y «segundo mundo» a los Estados socialistas del bloque del Este. Los países del Tercer Mundo intentaron liberarse gradualmente de los dos bloques para poder atender, por fin, mejor a sus propios intereses. En abril de 1955, los «países no alineados» se reunieron por primera vez para formular sus ideas en una conferencia celebrada en la ciudad indonesia de Bandung. En el futuro querían intervenir en la política mundial como una tercera potencia. Sus cabezas más destacadas fueron el presidente egipcio Nasser, el primer ministro indio Nehru y el presidente yugoslavo Tito. Sin embargo, aunque los países no alineados del Tercer Mundo formaban el grupo más numeroso en cuanto a habitantes, los Estados que continuaron decidiendo la política internacional fueron los del Primer y Segundo mundos.

EL CONFLICTO DE ORIENTE MEDIO

Acabada la Segunda Guerra Mundial, el conflicto entre israelíes y árabes fue, junto con los enfrentamientos entre el Este y Oeste y el Norte y el Sur, una cuestión siempre presente en la política mundial. ¿Cómo se llegó a aquella situación?

A finales del siglo XIX se había creado un movimiento nacional judío. En su libro *El Estado judío*, el periodista Theodor Herzl había pedido en 1896 para el pueblo judío un Estado propio en Palestina a fin de que los judíos de todo el mundo pudieran «regresar a Sión». Sión, nombre de una colina de Jerusalén, era el símbolo de la «Tierra Prometida», de donde los judíos habían sido expulsados en otros tiempos por los romanos.

Los primeros judíos europeos emigraron a Palestina en las décadas de 1920 y 1930, muchos de ellos huyendo de los nazis. Al acabar la Segunda Guerra Mundial, vivían ya allí 400.000 colonos judíos. La población árabe asentada en Palestina los veía como una amenaza, y se produjeron los primeros combates y atentados terroristas organizados por ambos bandos. En noviembre de 1947, la ONU decidió dividir Palestina en un Estado judío y otro árabe para solucionar el problema, y hacer de Jerusalén una ciudad internacional. Pero los árabes consideraban como su país la totalidad de Palestina y rechazaron el plan de partición. Los judíos lo aceptaron, pero no esperaron a que se llevara a cabo la división prevista, sino que el 14 de mayo de 1948 proclamaron el Estado de Israel. A continuación, los Estados vecinos árabes declararon la guerra a Israel. Sin embargo, al no tener una estrategia común y actuar por separado en los campos de batalla, acabaron derrotados, a pesar de su gran superioridad, e Israel amplió en un tercio el territorio estatal que le había sido asignado por la ONU.

Los principales perdedores en aquella guerra de diez meses fueron los árabes de Palestina, los palestinos. Unos 750.000 huyeron o fueron expulsados de su patria. Desde entonces viven en campamentos de refugiados situados en los países árabes del entorno y tienen un único objetivo: acabar con el Estado judío y regresar a su patria. Israel se ha visto, pues, amenazado desde el principio en su existencia por los Estados árabes y por los palestinos. Sólo ha podido mantenerse gracias al apoyo de Estados Unidos. La Unión Soviética, en cambio, apoyó a la parte árabe. Sin embargo, Israel consiguió asegurar sus fronteras provisionales y ocupar incluso más territorios en las guerras de Oriente Próximo de 1956, 1967 y 1973.

Los Estados árabes no habían conseguido vencer a Israel, y a los palestinos

les era imposible lograrlo. No obstante, siguieron combatiendo a aquel Estado que odiaban, sobre todo con atentados con bombas. En 1959, Yaser Arafat intentó unificar a los numerosos combatientes palestinos de la clandestinidad en la organización Al Fatah; en 1964 se creó la Organización para la Liberación de Palestina (OLP), cuyo presidente fue el mismo Arafat. La OLP quiso atraer la atención del mundo sobre el problema de los palestinos mediante atentados, ataques con explosivos y secuestros de aviones y obligar así a Occidente a darle una solución acorde con sus ideas.

En la década de 1970, cuando una fase de la política de distensión puso fin a la guerra fría, las dos superpotencias obligaron a sus aliados en Oriente Próximo a sentarse a la mesa de negociaciones. En 1977, el presidente egipcio Sadat viajó a Israel para entablar conversaciones, gesto considerado por el mundo entero como una auténtica sensación, y se alcanzó un acuerdo de paz que obligó a Israel a devolver a Egipto la península del Sinaí, conquistada en 1967. Aquel tratado de paz no aportó nada a los palestinos, que continuaron su lucha.

La situación se agravó al construir Israel nuevos asentamientos en los territorios ocupados. En 1987, la OLP proclamó la Intifada —‘sacudida’, ‘levantamiento’, en traducción literal—, que significó una resistencia abierta. Los soldados y civiles israelíes fueron atacados incluso por niños, muchachos y mujeres. El movimiento de la Intifada creció con rapidez y mostró claramente al mundo que, a pesar de la distensión, la situación de los palestinos no había experimentado ningún cambio.

Estados Unidos impulsó con mayor fuerza las negociaciones, sobre todo porque algunos Estados árabes poseedores de grandes reservas de petróleo amenazaban con interrumpir la exportación de esa materia prima tan importante para los Estados industrializados de Occidente. Se firmaron varios tratados, incluso con la OLP, en los que se reconoció por primera vez el derecho de Israel a la existencia. El Estado de los palestinos no debería suplantar a Israel sino surgir a su lado. A cambio, Israel aceptó a la OLP como representación política de los palestinos y se mostró de acuerdo con la creación de una administración autónoma en los territorios ocupados. Sin embargo, aquellos progresos volvieron a ser cuestionados una y otra vez por declaraciones y acciones emprendidas por ambas partes. Arafat, sobre todo, no consiguió impedir los atentados terroristas de extremistas palestinos. Israel por su parte le atribuyó falta de voluntad para hacerlo y, por lo general, reaccionó ante ellos con represalias masivas.

En el conflicto de Oriente Próximo se debate el derecho a la existencia de dos pueblos en una parte del planeta relativamente pequeña pero importante para la política mundial, pues es la zona de choque entre el mundo islámico árabe y el

occidental. Sin embargo, los Estados islámicos no forman, ni mucho menos, un bloque unitario. Irán, por ejemplo, es un país estrictamente islámico desde la revolución del ayatolá Jomeini, que en 1979 derrocó al sha, favorable a Occidente. En Irak ha gobernado el dictador Sadam Husein, que hizo la guerra a Irán para impedir que las ideas de Jomeini se extendieran a su país. Irak atacó a su vecino Kuwait y sólo lo detuvo la intervención de Estados Unidos en la llamada Guerra del Golfo de 1991 —en este caso, un país occidental acudió en ayuda de otro árabe—. Sin embargo, el conflicto entre Israel y los palestinos es para casi todos los árabes la piedra de toque para conocer la actitud de Occidente respecto al mundo árabe en general. Una postura unilateral a favor de Israel es, según ellos, un acto hostil contra todos los árabes, y no son pocos quienes sospechan detrás de todo ello antiguos prejuicios coloniales. Este punto de vista lleva, en su forma más extrema, a la idea de que el mundo árabe e islámico se halla en guerra con Occidente. Organizaciones islámicas terroristas y fanáticas reclutan con tales ideas a sus miembros, que, desde el ataque al World Trade Center de Nueva York, perpetrado el 11 de septiembre de 2001, mantienen atemorizado y aterrado a Estados Unidos. El mundo entero debe interesarse por ese motivo —y no sólo por el petróleo árabe— en que se halle una solución al conflicto de Oriente Próximo.

CHINA, LA NUEVA SUPERPOTENCIA

El punto de partida de la joven República Popular de China no podía ser peor. En 1949 era uno de los países más pobres del mundo, millones de personas pasaban hambre y la esperanza de vida apenas alcanzaba los 35 años. Los comunistas, bajo el liderazgo de Mao Tse-tung, se propusieron modernizar un país agrícola económicamente subdesarrollado. Para ello necesitaban ayuda, y la obtuvieron de la Unión Soviética, que envió a miles de especialistas. Siguiendo el modelo soviético, la producción y la distribución de bienes debían estar dirigidas desde el centro. Además, al igual que en la Unión Soviética, la industria pesada sería prioritaria. El objetivo era alcanzar lo antes posible a las naciones industrializadas del mundo. En agricultura se llevó a cabo una reforma agraria en el curso de la cual se expropió a los grandes propietarios y se ejecutó a más de 800.000. De ese modo quedó claramente demostrado que China había tomado como modelo a la Unión Soviética estalinista en múltiples aspectos. Las tierras expropiadas fueron redistribuidas y fusionadas en grandes unidades de cuya explotación se encargaba una comunidad compuesta por varias localidades rurales. Pero ni la industria ni la agricultura chinas se desarrollaron según lo planeado. En 1958, Mao Tse-tung proclamó el Gran Salto Adelante. La mano de obra barata del campesinado debía sustituir en la agricultura y la industria la falta de capital. En el campo se crearon «comunidades populares» constituidas por unas 20.000 personas. Su misión era producir en las explotaciones agrarias y en pequeños talleres artesanales e industriales lo suficiente como para que los municipios se autoabastecieran. La incorporación plena de las mujeres al proceso productivo y la creación de guarderías, internados escolares, y comedores y dormitorios comunes ocuparían el lugar de las agrupaciones familiares e impulsarían la formación del nuevo hombre comunista. El objetivo de Mao era conseguir de manera simultánea el auge económico y el paso a la sociedad comunista.

Pero el éxito esperado no llegó tampoco con el Gran Salto Adelante. Al contrario; la producción de alimentos retrocedió tanto que estalló una hambruna de la que fueron víctimas más de 20 millones de chinos. A continuación, Mao declaró culpables del fracaso de su visión a funcionarios del Partido y el Estado que, según él, seguían prisioneros de las maneras de pensar y las formas de vivir tradicionales. En 1966 proclamó la Gran Revolución Cultural Proletaria. «Burocratas», «revisiónistas» y «contrarrevolucionarios» fueron denunciados públicamente en periódicos murales, detenidos en sus departamentos oficiales, empresas y aulas y paseados por las calles. La Guardia Roja, compuesta por

escolares y universitarios fieles a Mao, se mostró especialmente activa. Se le encomendó reeducar políticamente a los «disidentes» y procurar que las enseñanzas del Gran Presidente se grabaran en las cabezas de todos. Pero aquella Guardia Roja ejerció cada vez más un poder arbitrario y de terror. Muchos cientos de miles de intelectuales fueron muertos o encerrados en campos de trabajo. El terror de la Guardia Roja sólo cesó con la intervención decidida del ejército. En 1969, se declaró finalizada la Revolución Cultural de Mao. Seguidamente estalló un conflicto en el Partido Comunista entre «ideólogos de izquierda» y «pragmáticos de derecha», solventado a su favor por estos últimos tras la muerte de Mao en 1976.

Se intensificó la apertura a Occidente, iniciada ya en vida de Mao. China aprovechó el capital, la maquinaria y la técnica de Occidente y concedió más libertad de actuación a la iniciativa privada, con lo que se produjo un «milagro económico chino». Las tasas de crecimiento superaron el 10 % anual. Sin embargo, tras las reformas económicas no llegó la renovación política esperada por muchos, lo cual dio pie a un creciente descontento. Los chinos que protestaban y se manifestaban contra el régimen fueron cada vez más numerosos a partir de la primavera de 1989. El punto culminante de las protestas fue una manifestación de más de un millón de personas en Pekín, en la Plaza de la Paz Celestial. En la noche del 3 al 4 de junio de 1989, los dirigentes del Estado ordenaron aplastar con los tanques a los estudiantes que se manifestaban pacíficamente. La represión puso de manifiesto de manera cruenta que no habría «occidentalización» en el terreno político. Las empresas norteamericanas y europeas no se desalentaron. China, con sus 1.100 millones de habitantes, era y sigue siendo un importante socio económico.

Con el paso de los años, China fue adquiriendo también un mayor peso político. En la década de 1960 rompió con la Unión Soviética. El país más poblado de la Tierra buscó una vía propia entre las dos superpotencias. En 1964 se unió al pequeño círculo de las potencias nucleares, y en 1972 fue miembro de la ONU. Desde entonces, China posee en esta organización una voz de peso y forma parte de las grandes potencias mundiales. Sin embargo, lo que resultó decisivo en el camino hacia el nuevo estatus de superpotencia fue el desarrollo de la economía, que no dejaba de crecer y crecer. Todo lo que se pudiese vender en el planeta, ya fuesen barcos, coches, productos de alta tecnología, juguetes, ropa, se producía en «China, la gran fábrica del mundo».

Aunque la mayoría de personas seguía viviendo como campesinos pobres, el país se convirtió en un gigante económico. En 2003, China exportó por primera vez más productos que Japón, su «enemigo acérrimo», al que logró arrebatarse el puesto de la segunda economía más potente del mundo. Este hecho fue muy

importante para reforzar la confianza de los chinos en sí mismos. Además, en 2009 China batió el récord de exportaciones por delante de Alemania y Estados Unidos. En los años siguientes, China ha logrado mantener esta marca ofensiva: ningún país ha conseguido vender más en otros lugares. Y como además importa muchos menos productos de los que exporta, todos los años alcanza un gran superávit. A raíz de ello, el gobierno decidió prestar la mayor parte del dinero a países endeudados, con los correspondientes intereses. De este modo, hasta septiembre de 2013 China acumuló 3,66 billones de dólares americanos. Sólo Estados Unidos debía cerca de dos billones de dólares a la nueva superpotencia. A ello se refirió el jefe de gobierno chino en un discurso, al tiempo que advertía a Estados Unidos de la importancia de pagar puntualmente sus deudas. Entre los Estados esto se denomina una «bofetada diplomática», que en este caso demostraba cómo, en los albores del siglo XXI, el centro de poder se había desplazado hacia China.

China demostró ser una potencia no sólo económica, sino también científica y tecnológica, mediante su programa espacial. El 14 de diciembre de 2013, la sonda espacial Chang'e 3 aterrizó en la Luna. Poco después, el robot Yutu iniciaba su primera expedición. La agencia estatal de noticias Xinhua calificó el alunizaje como «parte del sueño chino del resurgir nacional».

Sin embargo, todos estos logros de la nueva superpotencia no impidieron que el mundo cuestionara y cuestione el trato que dan los líderes políticos a sus ciudadanos. Desde 2004, la Constitución china dice lo siguiente: «El Estado respetará y garantizará los derechos humanos», pero se producen detenciones arbitrarias, se cierran páginas web y las manifestaciones de disidentes se disuelven por la fuerza. La dirección del Partido Comunista sigue estableciendo qué se debe entender por derechos humanos y cuáles de ellos corresponden a qué ciudadanos. El futuro dirá si los habitantes del país más poblado de la Tierra, a medida que obtienen más prosperidad y una mejor formación, no exigirán también mayor participación política.

MADE IN JAPAN

Japón evolucionó de una forma totalmente distinta a la de su vecino chino. Tras su derrota en la Segunda Guerra Mundial, el país fue ocupado por los norteamericanos, que iniciaron, como en Alemania occidental, un proceso de democratización, organizaron la enseñanza y suprimieron los latifundios. Japón tuvo ya en 1947 una Constitución nueva que convirtió al país en una democracia parlamentaria. El emperador siguió siendo jefe del Estado, pero no tuvo ya ningún poder político y su función se limitó a la de símbolo de la unidad nacional. La reconstrucción económica fue apoyada generosamente por Estados Unidos, que vio en su antiguo enemigo un importante pilar en que apoyar su posición en Asia oriental. Con la firma del tratado de paz en 1951, Japón volvió a ser un Estado soberano y aliado de Estados Unidos. En 1956 tuvo lugar su ingreso en la ONU. La economía japonesa comenzó a crecer por aquellas fechas con una rapidez cada vez mayor. Aparatos de radio, televisión y vídeo, material y cámaras de fotografía, ordenadores, robots industriales y coches *Made in Japan* conquistaron los mercados del mundo entero. Aquel rapidísimo auge convirtió al país en la segunda potencia económica detrás de Estados Unidos en un plazo de sólo veinte años.

En los años ochenta, cada vez eran más los inversores internacionales que querían beneficiarse del *boom* japonés. Para ello compraron acciones de empresas japonesas, terrenos e inmuebles. Este aumento de la demanda disparó los precios. Como cada vez más inversores, y entretanto también los propios japoneses, especulaban para obtener todavía más beneficios, se produjo un auténtico estallido de precios, que dejaron de corresponder al valor real de los bienes. En este caso se habla de una *Bubble-Economy*, una «economía de burbuja». Por poner un ejemplo, cuando ésta alcanzó su punto culminante los jardines del palacio imperial, en el centro de Tokio, tenían aproximadamente el mismo valor que todo el territorio de California.

Durante unos años todos se benefician de este *boom*, pero llega un momento en el que la burbuja especulativa estalla, y entonces se produce un amargo despertar. Esto sucedió en Japón a comienzos de los años noventa. En un corto intervalo de tiempo, los inversores decidieron vender sus acciones e inmuebles para poner a salvo las ganancias, pero esta venta masiva aceleró la caída de precios a un ritmo superior al que habían aumentado. El mercado bursátil quebró y el valor de los inmuebles se redujo en dos tercios. Muchas aseguradoras y grandes bancos tuvieron que declararse en quiebra, otros sólo lograron ser rescatados con grandes sumas aportadas por el gobierno. También muchas empresas se vieron en dificultades y tuvieron que despedir a sus empleados. La tasa de desempleo

superó el 5 %, un valor muy elevado para un país como Japón, que hasta ese momento había gozado de pleno empleo.

Como los japoneses ya no disponían de tanto dinero y además se sentían inseguros, gastaban menos, lo cual agravó todavía más la crisis. Debido al retroceso económico continuado de los años noventa, esa década se conoce en Japón como «la década perdida». El gobierno trató de estimular la economía con programas coyunturales de varios miles de millones, pero el anhelado crecimiento seguía sin llegar. A cambio, las deudas aumentaron tanto que Japón se convirtió en el país industrializado más endeudado del mundo.

Todo aquello no pareció afectar demasiado al Partido Liberal Demócrata (PLD), de corte conservador y en el poder desde 1955, con alguna breve interrupción. Algunos políticos del PLD se comportaban como si el Estado fuese suyo, pero las elecciones de agosto de 2009 pasaron factura al partido, que perdió más de la mitad de escaños en el Parlamento y fue a parar a la oposición. El Partido Democrático de Japón (PDJ) obtuvo la mayoría absoluta y pudo formar gobierno por vez primera en la historia de Japón.

Cuando los efectos de la «década perdida» parecían poco a poco superados, en marzo de 2011 una doble catástrofe sacudió al país: un terrible terremoto provocó un tsunami que destruyó ciudades y pueblos enteros y causó la muerte de casi 20.000 personas. Por si eso fuera poco, la central nuclear de Fukushima también resultó gravemente dañada. Los sistemas de refrigeración fallaron, se produjo la fusión de varios núcleos y los reactores quedaron fuera de control, de modo que grandes niveles de radiactividad se propagaron a través del aire y del agua. Inicialmente los responsables trataron de minimizar los daños, pero enseguida se puso de manifiesto la auténtica dimensión de la catástrofe. Más de 200.000 personas en un radio de 30 kilómetros tuvieron que abandonar sus casas y no pudieron regresar a la zona contaminada.

Tras el accidente de Fukushima se reavivó el debate internacional sobre la conveniencia de apostar por la energía nuclear. Aún en el verano de 2011, los Parlamentos de Alemania, Bélgica y Suiza aprobaron un abandono paulatino de dicha energía. En un primer momento, todo apuntaba a que también Japón haría lo mismo, pero después de que el PLD regresara al gobierno tras las elecciones de diciembre de 2012 se produjo un cambio de rumbo: según explicaron, Japón seguiría dependiendo de la energía nuclear durante mucho tiempo, ya que todas las demás posibilidades eran demasiado caras. Así, el 31 de enero de 2013, el abandono de la energía nuclear que había sido aprobado fue anulado por ley.

Con o sin energía nuclear, lo cierto es que Japón ha dejado de ser la superpotencia económica que fue hasta la década de 1980. No sólo el gran vecino

chino, sino también países como Corea del Sur, Taiwán, Singapur o Indonesia han aprendido tanto del antiguo «maestro» que a menudo son capaces de producir a menor coste. Por eso, la demanda de productos *Made in Japan* en los mercados internacionales ya no es tan elevada como antes y la enorme montaña de deudas acumuladas es una bomba de relojería no sólo para Japón, sino también para el sistema financiero mundial.

DESINTEGRACIÓN DEL BLOQUE COMUNISTA

A mediados de la década de 1960 hubo protestas contra la guerra de Vietnam en Estados Unidos y en toda Europa, sobre todo por parte de los jóvenes. Su protesta, no obstante, quería decir algo más. Se dirigía fundamentalmente contra la política de sus padres, contra las estructuras sociales anquilosadas y contra un mundo que les parecía determinado únicamente por intereses económicos. Muchos jóvenes del mundo occidental se solidarizaron con los movimientos de liberación del Tercer Mundo. En cuanto a sus propios países, pedían que la democracia fuera más viva y tuviera más en cuenta a las bases. El primer canciller socialdemócrata de la República Federal de Alemania, Willy Brandt (1913-1992), captó aquel estado de ánimo y, en 1969, prometió en su declaración de gobierno atreverse a incrementar la democracia.

Aquel sentimiento renovador no se detuvo ni siquiera ante el Telón de Acero. En la primavera de 1968 surgió en Checoslovaquia un movimiento de reforma que se apoderó incluso del Partido Comunista. Alexander Dubček fue elegido jefe del partido y dio a conocer los nuevos objetivos: democratización y liberalización. Debía crearse un «socialismo con rostro humano». Muchas personas de todo el mundo pusieron grandes esperanzas en aquella Primavera de Praga y apostaron por una «tercera vía» entre el capitalismo y el comunismo. Pero eso era, precisamente, lo que querían impedir los gobernantes de los demás Estados del bloque oriental. Temían la Primavera de Praga como a un «bacilo de libertad», pues también ellos creían en una especie de teoría del dominó. En la noche del 20 de agosto de 1968, tropas del Pacto de Varsovia entraron en Checoslovaquia, pusieron fin al experimento y volvieron a colocar a unos dirigentes fieles a Moscú. Pero el «bacilo de la libertad» siguió haciendo efecto a pesar de los tanques y las alambradas.

La «nueva política para el Este» del canciller alemán Willy Brandt tuvo mucho que ver en todo aquello. Había sido ideada, ante todo, para mejorar las relaciones con la RDA y los demás Estados de Europa oriental. Sin embargo, como consecuencia de dicha política, los contactos entre personas del Este y el Oeste fueron constantemente en aumento, lo que propició la propagación del «bacilo de la libertad». El deseo de acceder a un mayor número de bienes de consumo fue haciéndose también cada vez más fuerte entre la gente del Este europeo. Cuanto más conocimiento tenían sobre el nivel de vida al otro lado del Telón de Acero, mayor descontento les causaba su propia situación. No querían seguir esperando la llegada de las bendiciones prometidas del socialismo. Deseaban más, y no en algún momento futuro sino lo antes posible.

Algunos políticos comunistas inteligentes se tomaron en serio aquel estado de ánimo y propusieron reformas para salvar el conjunto del sistema. Sin embargo, en un primer momento dominaron las «cabezas de cemento», para quienes las reformas eran tan sólo un signo de debilidad. Las cosas no cambiaron hasta que, en marzo de 1985, accedió al poder en Moscú el joven Mijaíl Gorbachov. Gorbachov estaba convencido de que si los Estados comunistas querían tener un futuro, era necesario reformarlos. Sus predecesores se habían dejado arrastrar por el presidente norteamericano Ronald Reagan a una nueva carrera de rearme que devoró enormes sumas de dinero y causó a la URSS grandes dificultades económicas. Por tanto, nada más acceder a su cargo, Gorbachov se puso en contacto con Reagan para poner fin a la locura del rearme. Quería utilizar los escasos medios del país en reformar la Unión Soviética. *Perestroika* («reorganización», «renovación») y *glasnost* («apertura», «transparencia») fueron las palabras clave que dieron la vuelta al mundo en aquellas fechas. Sin embargo, Gorbachov era presa de un dilema. Quería modernizar y liberalizar el país mediante una «revolución desde arriba», pero sin renunciar a las pretensiones del Partido Comunista a dirigirlo ni abandonar el control estatal de la economía. Pronto se oyeron voces en contra que exigían reformas de mayor alcance. El monopolio del poder del Partido Comunista se vino abajo con mayor rapidez de lo que cualquiera habría considerado posible.

En aquel momento se permitió también a los «países socialistas hermanos» organizar su política con independencia y seguir su propio camino. Los grupos de oposición de aquellos países, sobre todo el sindicato independiente polaco Solidaridad, fundado ya en 1980 con el apoyo de la Iglesia católica, plantearon así mismo una exigencia de reformas. El sindicato, que fue prohibido en un primer momento pero siguió actuando en la clandestinidad, era tan poderoso que en 1989 pudo obligar a los gobernantes comunistas a celebrar elecciones. Los polacos eligieron el primer gobierno multipartidista en un país del bloque del Este. Hungría y Checoslovaquia siguieron pronto el ejemplo de Polonia. Los gobernantes comunistas de Europa del Este tuvieron que dar paso uno tras otro a gobiernos elegidos democráticamente.

Los dirigentes de la RDA fueron los que se opusieron durante más tiempo y con mayor encarnizamiento a cualquier reforma. «¡No hay fuerza capaz de detener el avance del socialismo!», proclamaba Erich Honecker en 1989, poco antes de ser derrocado. No quería ver que el bando socialista se desintegraba en torno a él. Pero ni siquiera Honecker, obcecado hasta el último momento, pudo detener la marcha de las cosas. Las ciudades de toda la RDA se vieron recorridas durante el otoño de 1989 por manifestaciones imponentes que reclamaban libertad y democracia. Honecker fue depuesto por sus camaradas. En la noche del 9 de noviembre de

1989, la nueva dirección cedió ante la voluntad popular y se abrieron los accesos fronterizos a Berlín oeste. Los dos Estados alemanes volvieron a unirse el 3 de octubre de 1990.

Pero Mijaíl Gorbachov, a cuya política había que agradecer todos aquellos hechos y que fue elogiado por ello en todo el mundo, se vio enfrentado a problemas crecientes en su propio país. El 19 de agosto de 1991, un grupo de adversarios de la reforma pertenecientes al ejército y el Partido dio, incluso, un golpe de Estado. Detuvieron a Gorbachov y rodearon Moscú con 3.500 tanques. La actuación decidida de las fuerzas democráticas encabezadas por Borís Yeltsin, presidente de la Federación Rusa, hizo fracasar el intento de golpe. Yeltsin se convirtió en el nuevo hombre fuerte, logró que se prohibiera el Partido Comunista en Rusia y declaró soberana la República Rusa. Otras repúblicas siguieron su ejemplo, con lo que la Unión de Repúblicas Socialistas Soviéticas quedó disuelta en la práctica.

Gorbachov, que había intentado en vano impedir su desintegración, dimitió como presidente del Estado. La URSS dejó de existir oficialmente el 31 de diciembre de 1991. Su lugar en la política mundial fue ocupado por el mayor Estado de los que la habían integrado, la nueva Rusia.

Durante los primeros años hubo duros enfrentamientos por el futuro rumbo del país, tanto en el interior como en el exterior. El primer presidente de Rusia elegido libremente, Borís Yeltsin, quiso reformar la nación y privatizar grandes sectores de la economía. Ninguna de las dos cosas funcionó, y Rusia fue dando bandazos hacia una situación de caos. Mientras unos pocos, —también por medio de negocios dudosos y corrupción, se hicieron ricos y superricos, muchos perdieron el trabajo o dejaron de percibir su salario durante meses. A lo largo de 1998 la situación empeoró: los bancos quebraron, las cuentas se congelaron, el país ya no pudo pagar sus deudas y se encontró al borde de la bancarrota. Yeltsin era incapaz de gobernar y el 31 de diciembre de 1999 dimitió. Su sucesor fue Vladímir Putin. Éste utilizó el amplio poder que la Constitución otorga al presidente para retomar «el rumbo» de Rusia. Putin suprimió las reformas e intensificó el control del Estado en todos los sectores, tal y como había aprendido durante su larga carrera en el servicio secreto soviético, la KGB. La mayoría de la gente se alegró de que, tras años de caos, volviese a imperar el orden. La economía se recuperó, hubo más trabajo y se pagaron los salarios. Además, Putin prometió llevar a Rusia de regreso al grupo de potencias mundiales, donde haría valer su voz en beneficio del país. El mensaje cayó bien entre unos ciudadanos muy vapuleados. El prestigio de Putin creció, y el hecho de que su poder fuese aumentando poco a poco, al principio, no pareció molestar a muchos. No fue hasta su reelección, en marzo de 2004, cuando las voces críticas comenzaron a intensificarse. Reprochaban a Putin

que gobernase el país con ayuda de la KGB, como en los peores tiempos soviéticos. Había creado un sistema «de empresarios mafiosos, órganos de protección jurídica, justicia y poder estatal» que sofocaba cualquier germen de movimiento defensor de la libertad, esto afirmaba una periodista crítica que fue asesinada poco después.

Tras ocho años en la presidencia, según la Constitución Putin no podía ser reelegido, pero él no quiso retirarse. Así, envió a un «hombre de paja», él mismo se convirtió en primer ministro y —una vez modificada la Constitución, en marzo de 2012 fue reelegido presidente. Al igual que en sus dos primeros mandatos, Putin aspiró a reforzar no sólo su propio poder, sino también la posición de Rusia en el mundo. Desde la anexión de una parte de Ucrania por fuerzas militares rusas en febrero/marzo de 2014, el mundo sabe hasta dónde está dispuesto a llegar. ¿Qué había sucedido?

En noviembre de 2013 se pondría fin a las negociaciones entre la Unión Europea y Ucrania con la firma de un tratado de estrecha colaboración en materia política y económica. En respuesta a la fuerte presión ejercida por Vladímir Putin, que quería vincular a Ucrania todavía más a Rusia, el presidente ucraniano Víktor Yanukóvich se negó a firmar el tratado en el último momento. Las fuerzas prooccidentales protestaron, y sobre todo en la capital, Kiev, tuvieron lugar grandes manifestaciones que el presidente ordenó reprimir con mucha dureza. Pero el movimiento era ya imparable. Las manifestaciones celebradas en el Maidán, la plaza principal de la capital, escalaron hasta convertirse en una revolución que finalizó con la huida de Víktor Yanukóvich a Rusia. Durante semanas de combate similar a una guerra civil, hubo muertos tanto entre los manifestantes como entre policías y soldados; todavía hoy se discute sobre los culpables. Sin embargo, mientras la comunidad internacional aún tenía esperanzas de que un gobierno de transición y unas prontas elecciones en mayo de 2014 trajesen la paz a Ucrania, Vladímir Putin actuó: mediante una estratagema tan cínica como evidente, Putin instigó a la revuelta en la península de Crimea, perteneciente a Ucrania; después él mismo la sofocó con la invasión de tropas rusas bajo el pretexto de que la población de origen ruso allí residente corría peligro. En mayo de 2014, Crimea fue declarada territorio ruso en contra del Derecho internacional; en el este de Ucrania, donde también viven muchas personas de origen ruso, se dibuja un escenario similar. Estados Unidos y la Unión Europea advierten a Rusia frente a más abusos de poder, pero a menos que quiera arriesgarse a provocar un grave conflicto militar, Occidente poco puede hacer más allá de aprobar sanciones económicas. Son muchos los políticos occidentales que se estremecen sólo de pensar en una nueva guerra fría, y un político calculador como Vladímir Putin es muy consciente de ello. En estos momentos nadie es capaz de predecir cómo acabará el conflicto de Ucrania. La gran tarea de la política y la

diplomacia occidentales será no hacer frente al notorio intento de Putin de dar marcha atrás en la desintegración del Imperio soviético con los mismos medios que él, unos medios que amenazan la paz mundial.

CAMINO DE EUROPA

Con la reunificación se había solucionado la «cuestión alemana». Para demostrar a sus vecinos y al mundo que no tenían por qué temer a una Alemania aún mayor, el canciller Kohl intensificó sus esfuerzos por conseguir una Europa unida. La visión fantasmagórica de un «Cuarto Reich», que distintos medios internacionales difundieron en más de una ocasión, no se haría realidad.

En diciembre de 1991, doce jefes de Estado y de gobierno reunidos en Maastricht decidieron que la Comunidad Europea se convertiría en la Unión Europea. Esta unión, sobre todo económica, debía ampliarse poco a poco hacia una unión política, y el mercado único europeo hacia una unión económica y monetaria con un Banco Central Europeo y una sola moneda. A continuación se instauraría una política exterior y de seguridad común, con el objetivo adicional de crear en algún momento un ejército europeo. También en materia de política jurídica y de interior se aprobarían normativas que favoreciesen una mayor interdependencia. Como todo esto implicaba renunciar a cotas de autonomía y derechos de soberanía, en todos los países se suscitaron acalorados debates. Es más, tras celebrar un referéndum los daneses rechazaron el tratado por escasa mayoría, con lo cual el proyecto había fracasado en la práctica. Sin embargo, tras posteriores negociaciones y concesiones, un 56,8 % de los daneses votaron a favor en un segundo referéndum y el Tratado de Maastricht entró en vigor el 1 de noviembre de 1993.

Por lo tanto, los Estados están bastante de acuerdo en lo fundamental: el proceso culminará con la creación de Estados Unidos de Europa. No obstante, las ideas difieren en cuanto a cuáles son las vías y, sobre todo, cuál es el plazo para lograr este objetivo. Además, los gobiernos y parlamentos nacionales son reacios a ampliar las competencias del Parlamento Europeo y de la Comisión, que equivale a una especie de gobierno europeo; si bien de acuerdo con el resto de socios, los Estados siguen queriendo marcar las directrices de su política.

El 1 de enero de 1995 otros tres países se unieron a la Unión Europea: Finlandia, Austria y Suecia. De los entonces quince Estados miembros, once introdujeron la nueva moneda, el euro, el 1 de enero de 1999, en un primer momento sólo como unidad de cuenta. La nueva moneda no circularía físicamente hasta tres años después. Aunque el cambio que tuvo lugar el 1 de enero de 2002 se produjo sin incidentes, muchos en Europa lamentaron la pérdida de sus antiguas monedas y billetes. Esto resulta especialmente comprensible en el caso de los alemanes del Este, ya que por segunda vez en doce años tuvieron que cambiar y

acostumbrarse a una nueva moneda; los alemanes del Oeste, por su parte, echaban de menos la estabilidad de su *Deutsche Mark* y pronto comenzaron a quejarse del «Teuro» (juego de palabras con *teuer* [«caro» en alemán] y *Euro*).

Además de una moneda común, estaba previsto redactar una Constitución como fundamento para construir la «casa europea». Para ello se formó una Convención que recibió el encargo de elaborar dicha Constitución. Sin embargo, pronto se puso de manifiesto que la teoría era más fácil que la práctica. La primera conferencia intergubernamental sobre el borrador constitucional, celebrada en diciembre de 2003, fracasó porque las ideas de grandes y pequeños, pobres y ricos, europeos de primera hora y nuevos miembros sobre cuestiones importantes diferían demasiado. Por lo tanto, la Convención Europea tuvo que revisar el borrador.

El 1 de mayo de 2004 la Unión Europea acogió a diez nuevos miembros: Polonia, República Checa, Hungría, Eslovaquia, Eslovenia, Lituania, Letonia, Estonia, Malta y la parte griega de Chipre. Quince años después de la caída del Muro y del Telón de Acero, la denominada ampliación hacia el Este ponía el fin definitivo a la división de Europa establecida por los aliados en 1945.

Pero el proceso aún no había concluido: Rumanía y Bulgaria entraron el 1 de enero de 2007; Croacia, el 1 de julio de 2013.

De este modo, la Unión Europea abarca un espacio económico de 500 millones de personas y cuenta con una población mucho mayor que Estados Unidos, que tiene 320 millones. Además, ya aguardan los siguientes candidatos: Islandia, Montenegro, Turquía, Macedonia y Serbia. Qué países son acogidos cuándo se les acoge depende de las respectivas circunstancias económicas y políticas. El objetivo de la Unión Europea es extender la democracia y la economía de mercado hacia el este y el sureste de Europa para, entre otros motivos, promover la estabilidad política en esas regiones.

En junio de 2004 los ciudadanos de la Europa ampliada pudieron elegir su Parlamento. Sólo un 43 % de quienes tenían derecho a voto optaron por ejercerlo, siendo la participación en los diez nuevos Estados miembros mucho menor que en los antiguos. También resultó llamativo que en la mayoría de países se castigara a los partidos en el gobierno y que los partidos que se mostraban críticos con la Unión Europea obtuvieran un número de votos sorprendentemente elevado.

Pocos días después de las elecciones, los 25 jefes de Estado y de gobierno se reunieron para debatir sobre el nuevo borrador constitucional presentado por la Convención Europea. Tras largas discusiones se pusieron de acuerdo en el mínimo común denominador con el fin de evitar un nuevo fracaso. Por primera vez se

establecían unos derechos fundamentales comunes a todos los ciudadanos de la Unión Europea. El Parlamento recibiría más competencias, pero seguiría sin poder nombrar a los miembros de la Comisión. Tanto su presidente como los distintos comisarios continuarían siendo elegidos por los gobiernos de los países.

Objeto de gran controversia fue también el procedimiento de votación, ya que los países grandes deseaban mantener su influencia y los pequeños no sólo querían poder votar, sino también participar en la gestión. Igualmente complejo fue el nombre de la fórmula de consenso a la que se llegó, la «mayoría doble»: una decisión se aprueba con el acuerdo del 55 % de los Estados miembros o más, siempre y cuando al menos 15 países voten a favor. Además, estos deben representar como mínimo al 65 % de la población. Para vetar una decisión son necesarios al menos cuatro países.

Otra novedad fue la creación del cargo de ministro de Exteriores, encargado de diseñar y poner en práctica una política exterior y de seguridad europea. Al mismo tiempo debía ejercer como vicepresidente de la Comisión y ser, por tanto, la segunda persona más importante de la Unión Europea.

Este borrador constitucional se presentó ante los parlamentos de los Estados miembros para someterlo a votación; sólo cuando hubiese sido ratificado por todos ellos entraría en vigor. Pero ese hecho nunca se produjo, pues en mayo de 2005 los franceses y los holandeses rechazaron la Constitución europea mediante un referéndum. Distintos miedos fueron determinantes en esta decisión: miedo en especial a una burocracia europea todopoderosa y a que demasiados Estados miembros convirtiesen Europa en una estructura capaz de amenazar las viejas identidades antes que de crear otras nuevas.

Tras el fracaso de la Constitución prevista, los políticos buscaron una salida para hacer de la Unión Europea, con sus entonces 27 Estados miembros, un instrumento más democrático y operativo. En primer lugar se renunció al término «Constitución» para demostrar que la Unión Europea no quería ser un Estado como los demás. El nuevo fundamento sería un «simple» tratado, el cual recogería partes esenciales del borrador constitucional, algunas de ellas reformuladas. Así, el «ministro de Exteriores» se convirtió en «Alto representante de la Unión para Asuntos Exteriores y Política de Seguridad».

Para poder reaccionar más rápidamente, a partir de ese momento bastarían las decisiones tomadas por mayoría, cuando antes se requería unanimidad. También este tratado tuvo que ser sometido a votación en todos los Estados miembros. Durante dos años se mantuvieron encendidos debates en algunos países, y durante una época todo pareció indicar que Irlanda y Polonia no lo aprobarían. Finalmente, tras arduas negociaciones se alcanzó el acuerdo sobre los

puntos aún polémicos, y el 1 de diciembre de 2009 entró en vigor el «Tratado de Lisboa».

Totalmente por sorpresa, la Unión Europea obtuvo en 2012 el premio Nobel de la Paz «por el papel estabilizador de la Unión Europea en la transformación de Europa de un continente en guerra a un continente en paz... Durante más de seis décadas, la Unión y sus predecesores han contribuido a promover la paz y la reconciliación. Desde 1945, dicha reconciliación se ha hecho realidad».

ESTADOS UNIDOS, EL AUTOPROCLAMADO «POLICÍA DEL MUNDO»

Tras el final de la URSS, Estados Unidos pasó a ser considerada la única superpotencia mundial —algunos hablaban incluso de una hiperpotencia—. Así, para el gobierno norteamericano, la posibilidad de llevar a cabo una «política de fuerza» era aún más tentadora que tiempo atrás. Sin embargo, el presidente Bill Clinton no cayó en esa tentación. Aunque los intereses de su país estaban en primer lugar, Clinton ejerció su enorme poder de forma responsable para estabilizar, junto con otros países, regiones en conflicto, con mayor o menor éxito.

Una de esas zonas en crisis fue la antigua Yugoslavia. Tras el final de la Segunda Guerra Mundial, muchos pueblos habían convivido en un Estado de nueva creación bajo un gobierno comunista. Los serbios, como grupo de población mayoritario, siempre habían reclamado un papel de liderazgo. Como consecuencia de la desintegración del bloque del Este, Macedonia, Croacia, Eslovenia y Bosnia-Herzegovina declararon su independencia en 1991. Los serbios se negaron a aceptarla, y durante los años siguientes se sucedieron cruentos enfrentamientos.

En noviembre de 1995, Clinton logró sentar a los jefes de gobierno a una misma mesa para firmar un tratado de paz. Aunque el ruido de armas cesó, las hostilidades entre los distintos pueblos continuaron. La situación se volvió especialmente crítica en Kosovo, donde, desde hacía mucho tiempo, 200.000 serbios gobernaban a más de dos millones de albaneses. Estos no quisieron seguir soportando la situación y exigieron mayor autonomía del gobierno central serbio, liderado por el primer ministro Milosevic. A su vez, el objetivo de Milosevic era conseguir un Kosovo «libre de albaneses». Hasta 1998, cientos de miles de albaneses huyeron de su país ante los actos violentos cometidos por unidades militares serbias. Pero Milosevic no se dio por satisfecho, sino que envió a Kosovo pelotones de ejecución que provocaron terribles masacres. Para evitar un inminente genocidio, el Consejo de Seguridad de la ONU exigió varias veces a Milosevic que detuviese el derramamiento de sangre. Cuando todos los intentos diplomáticos hubieron fracasado, entre marzo y junio de 1999 aviones de la OTAN bombardearon instalaciones serbias en Kosovo, obligando a Milosevic a retirar sus tropas. A partir de entonces, tropas internacionales de la Kosovo Force (KFOR) supervisaron el cumplimiento de los acuerdos alcanzados. Milosevic fue acusado ante la Corte Penal Internacional de La Haya de crímenes contra la humanidad. El proceso se prolongó durante cuatro años y medio, y Milosevic murió antes de que se dictara la sentencia.

Aún queda un largo camino hasta llegar a una convivencia pacífica entre los distintos pueblos en la zona de la antigua Yugoslavia.

En enero de 2001, el republicano George W. Bush relevó al demócrata Bill Clinton como presidente de Estados Unidos. El cambio de rumbo pronto se hizo notar: el nuevo gobierno dejó claro que no consideraría vinculantes aquellos acuerdos y normas internacionales que fuesen en contra de sus propios intereses. Un ejemplo de ello fue la Corte Penal Internacional de La Haya, que tiene por objeto perseguir los crímenes de guerra y las violaciones de los derechos humanos. En 1998, 120 países firmaron el acuerdo de creación de esta instancia, entre ellos Bill Clinton como representante de Estados Unidos. El gobierno de Bush declaró nula la firma de Clinton; los ciudadanos estadounidenses no debían ser llevados ante un tribunal internacional.

Esta decisión se correspondía con la idea de Bush y su gobierno de que Estados Unidos no era un país como cualquier otro, sino que era especial y tenía derechos especiales. Ante los cadetes de la academia militar de Westpoint Bush proclamó su credo político: «Sólo existe un modelo duradero para que una nación tenga éxito: el americano. Es el modelo correcto y razonable para todas las personas en todas las sociedades». Por consiguiente, «Estados Unidos tiene también el derecho de derrocar a cualquier gobierno que represente una amenaza para su seguridad». Ante empresarios estadounidenses Bush habló de la historia del mundo civilizado y explicó: «Una parte de esta historia ha sido escrita por otros, el resto la escribiremos nosotros».

El primer capítulo de esta historia estaría dedicado a Irak. El presidente norteamericano se propuso terminar allí lo que su padre, George Bush, había empezado siendo presidente durante la Guerra del Golfo de 1991, pero no había concluido: el derrocamiento de Sadam Husein. Sin embargo, este capítulo comenzó de una manera totalmente distinta a la que el gobierno de Bush había planeado, ya que por primera vez en la historia Estados Unidos se convirtió en el objetivo de un atentado en su propio territorio: el 11 de septiembre de 2001, terroristas suicidas de origen árabe secuestraron dos aviones y los estrellaron contra el World Trade Center de Nueva York, causando la muerte de más de 3.000 personas. El presidente Bush interpretó este hecho como una declaración de guerra contra Estados Unidos y anunció una «cruzada contra el terrorismo internacional». Sin dudar, la mayoría de gobiernos occidentales garantizaron a Estados Unidos su «solidaridad incondicional».

El primer objetivo de la cruzada contra el terrorismo fue el régimen talibán de Afganistán, que ofreció refugio y ayuda a los terroristas, entre otros a la organización terrorista Al Qaeda y a su líder, Osama bin Laden, quien se atribuyó

la autoría del atentado del 11 de septiembre. En su guerra contra los talibanes, Estados Unidos recibió el apoyo de muchos países. Sin embargo, cuando el presidente Bush declaró al dictador iraquí Saddam Husein y a su gobierno su siguiente objetivo, el frente común se desmoronó. El canciller alemán Schröder junto con el presidente francés Chirac encabezaron a los partidarios de desarmar a Irak por medios pacíficos y evitar una guerra.

Estados Unidos justificó su propósito bélico argumentando que Irak poseía armas de destrucción masiva y apoyaba al terrorismo internacional. Por esa razón, el régimen de Husein constituía una amenaza para todas las naciones que viven en paz y debía ser derrocado. Llegado el caso, Estados Unidos también lo haría sin el acuerdo de la ONU y sin ayuda de la OTAN.

Tras varios meses de tira y afloja diplomático, Estados Unidos impuso su política de fuerza frente a toda reserva. Su principal aliado fue Gran Bretaña. A pesar de las protestas a escala mundial, el 20 de marzo de 2003 el presidente Bush dio la orden de ataque: comenzaba la Guerra de Irak. Frente a la gigantesca maquinaria militar estadounidense Irak tenía todo perdido, y ya el 1 de mayo Bush anuncia el «fin de los combates principales».

Una parte de la población iraquí dio la bienvenida a los soldados como libertadores, pero otra los vio como invasores a los que combatió desde la clandestinidad. Esta lucha costó más vidas de soldados estadounidenses que los «combates principales». Los gobiernos de Estados Unidos y Gran Bretaña tuvieron que reconocer que fue más sencillo ganar la guerra que instaurar una paz ordenada en Irak. En ambos países las voces críticas fueron en aumento, máxime cuando, a pesar de una intensa búsqueda, no se encontraron armas de destrucción masiva; hoy se sabe que nunca existieron. Tampoco fue posible demostrar los vínculos de Irak con los terroristas.

Cuando la guerra llegó a su fin, el dictador Husein había desaparecido sin dejar rastro; el 14 de diciembre de 2003 fue encontrado en un agujero cavado en la tierra y posteriormente detenido. Pero la situación en Irak no cambió en absoluto.

En la primavera de 2004, el mundo supo que soldados estadounidenses habían maltratado y torturado a presos iraquíes. De las altas aspiraciones morales que habían justificado la cruzada contra el llamado Estado canalla quedó más bien poco. El semanario alemán *Die Zeit* afirmaba sobre la política del presidente norteamericano: «La quiebra de su estrategia es total: política, militar y moral». El gobierno de Bush tuvo que reconocerse responsable de la reconstrucción de Irak y del apoyo a otros Estados. En esta situación, el presidente americano pidió ayuda a la ONU.

El 8 de junio de 2004, el Consejo de Seguridad de la ONU decidió que en ese mismo mes finalizaría el periodo de ocupación y que Irak recuperaría su soberanía. El primer paso en esa dirección fue la formación de un gobierno iraquí de transición que gestionase los asuntos del país y preparase unas elecciones democráticas. Distintos grupos iraquíes expresaron su rechazo a este plan mediante atentados con bomba y secuestros. Sus principales objetivos eran iraquíes que cooperasen con Estados Unidos y quisiesen colaborar en la reconstrucción del nuevo Irak.

Durante este difícil periodo se celebró la campaña electoral a la presidencia norteamericana. La mayoría de observadores daban por seguro que la debacle iraquí costaría el cargo a George W. Bush. Todo apuntaba a que el senador demócrata John Kerry sería el nuevo hombre en la Casa Blanca. Sin embargo, a pesar de todas las críticas a la política de Bush, las dudas sobre su contrincante fueron mayores que el escepticismo sobre el actual presidente. George W. Bush fue reelegido con el 51 % de los votos.

En su discurso de investidura, pronunciado en enero de 2005, Bush anunció que el objetivo de su política sería «poner fin a la tiranía en el mundo y garantizar la libertad norteamericana», ya que, en su opinión, de ella dependía la libertad de cualquier otro país. Sin embargo, sus compatriotas comenzaron a ver esta conciencia misionaria clásica y el papel de «policía del mundo» que ello implica con ojos cada vez más críticos. Para la mayoría de americanos, los casi 7.000 soldados estadounidenses muertos sólo en Irak y en Afganistán eran un precio demasiado alto. Además, el compromiso adquirido con estos dos países había costado aproximadamente 1,5 billones de dólares y disparado por tanto la deuda pública de Estados Unidos. Tras el estallido de la crisis financiera en 2007 (véase el capítulo 54), la deuda siguió creciendo. Como se necesitaba dinero para hacer reformas internas, cada vez más norteamericanos exigieron que Estados Unidos se ocupase de sus propios asuntos y se comprometiese menos con el resto del mundo. Esto fue lo que prometió el candidato demócrata Barack Obama en la campaña electoral a la presidencia en 2008. Resumido en una palabra, su mensaje principal fue «*Change*» («Cambio»), y «*Yes we can!*» («Sí, podemos») pasó de ser un eslogan de campaña a convertirse en una frase hecha. Obama logró entusiasmar y movilizar con sus discursos también, y sobre todo, a la gente sencilla. La participación fue mayor que nunca, y el 4 de noviembre de 2008 Obama fue elegido con amplia mayoría para ocupar la Casa Blanca como primer presidente negro. 45 años después de que Martin Luther King demandara en su célebre discurso «*I have a Dream*» («Tengo un sueño») los mismos derechos para todos los ciudadanos de Estados Unidos, ese sueño se hacía realidad para millones de norteamericanos. Para muchos, Obama era un político sin desgastar que

conduciría a la nación hacia un futuro pacífico y justo.

Sin embargo, Obama no fue capaz de cumplir o sólo lo hizo en parte— con esas grandes esperanzas y expectativas. Aunque ya al poco de jurar el cargo anunció la retirada de todas las tropas de Irak en un plazo de dieciocho meses, en 2009 envió primero 17.000 y luego otros 30.000 soldados a Afganistán y Pakistán para proseguir y reforzar la lucha contra los talibanes y Al Qaeda. Debido a la crisis económica y financiera, tampoco pudo cumplir su promesa de reducir la deuda pública. Antes al contrario, como consecuencia de los mayores programas de rescate jamás aprobados, el endeudamiento se disparó hasta niveles desconocidos. En este contexto, Obama quiso abordar su objetivo más ambicioso en materia de política social: la reforma del sistema de salud. Todo ciudadano debía estar asegurado; quien no pudiese asumir las cuotas, recibiría ayuda del Estado. A ojos de los republicanos más conservadores, el proyecto de reforma denominado «*Obamacare*» era una «obra del demonio socialista», que combatieron duramente. Cualquier medio estaba justificado. Como tenían la mayoría en la Cámara de representantes, los republicanos amenazaron a Obama con no autorizar más fondos si insistía en llevar a cabo la reforma sanitaria. Por lo tanto, hasta finales de 2013 el gobierno, de la que seguía siendo la nación más poderosa del mundo, estuvo varias veces a punto de no poder pagar los gastos corrientes ni los salarios de sus empleados. Cada una de las veces esto se logró evitar mediante concesiones mutuas, y el programa «*Obamacare*» entró en vigor el 1 de octubre de 2013. Sin embargo, esto no contribuyó a mejorar el prestigio del presidente; apenas quedaba nada de la euforia que reinaba cuando llegó al cargo.

También fuera de Estados Unidos se impuso el escepticismo cuando se supo que el servicio secreto americano, incluso durante el mandato de Obama, espía las telecomunicaciones y el uso de internet en el extranjero; no sólo en «países enemigos», sino también en países aliados. Además lo hicieron en unas proporciones inimaginables hasta entonces, llegando incluso a espiar el teléfono móvil de la canciller alemana Angela Merkel.

Estas revelaciones provocaron no sólo indignación, sino también un debate internacional sobre las funciones y los límites de los servicios secretos. El argumento era que los servicios secretos no pueden abusar de las posibilidades técnicas de que disponen para vigilar a todo y a todos.

Obama se mostró de acuerdo. «La Agencia nacional de seguridad (NSA) debe poder recopilar todo lo que necesite. Pero no todo lo que esté en condiciones de recopilar.» La cuestión es quién decide sobre esto y quién debe controlar a los servicios secretos, puesto que es evidente que en los Estados democráticos deben ser controlados.

NO HAY PAZ A LA VISTA

En la primavera de 2003 volvió a producirse un movimiento en la política sobre Oriente Próximo. Por iniciativa de la ONU, Estados Unidos, la Unión Europea y Rusia se creó el denominado *roadmap*, una hoja de ruta para alcanzar la paz entre Israel y los palestinos. Hasta finales de 2005 se debía lograr en varias etapas «un Estado palestino independiente, democrático y viable que vivirá en paz y seguridad junto a Israel». Las condiciones para ello eran las siguientes: ambas partes renuncian a la violencia. Israel pondrá fin a la ampliación de los asentamientos, el Estado palestino celebrará elecciones libres y se regirá por principios democráticos. Después, Israel retirará paulatinamente sus soldados de Gaza y Cisjordania. Finalmente se encontrará una solución para los israelíes asentados en esos territorios, para los refugiados palestinos y para Jerusalén.

El gobierno israelí, liderado por Ariel Sharon, aceptó el plan de paz. Era la primera vez en la historia que un gobierno israelí admitía oficialmente la creación de un Estado palestino. Como contrapartida, el jefe de gobierno palestino, Mahmud Abás, se comprometía a llamar a sus compatriotas a poner fin a la violencia contra Israel. Pero como tantas otras veces, los palestinos radicales volvieron a responder a este plan de paz con ataques contra instalaciones israelíes en los que murieron cuatro soldados. Sin embargo, para sorpresa del mundo entero, las organizaciones dirigentes palestinas Fatá, Hamás y la Yihad Islámica anunciaron un alto el fuego inmediato dos semanas después. Junto con Israel dieron los primeros pasos para llevar a cabo el plan internacional de paz. Israel retiró sus tropas del norte de la Franja de Gaza y liberó a una parte de los cerca de 8.000 prisioneros palestinos. Este proceso se detuvo en agosto de 2003 por culpa de tres terroristas suicidas que provocaron la muerte de 25 israelíes, reanudando así la espiral de violencia. Israel respondió con ataques a los cuarteles generales de las distintas organizaciones palestinas. El 22 de marzo de 2004 soldados israelíes mataron al líder de Hamás, Yasín, y un mes después a su sucesor, Rantisi. El 18 de mayo comenzó la «Operación Arcoíris», con la cual, según el gobierno israelí, se pretendía combatir el contrabando de armas desde Egipto y a los terroristas palestinos en el sur de la Franja de Gaza. A pesar de las protestas internacionales, varias casas fueron tiroteadas y destruidas. Se produjeron muchos muertos, entre ellos también niños, y más de 2.000 personas se quedaron sin techo.

También hubo protestas internacionales contra la construcción de un muro gigante entre Israel y Cisjordania. Una pared protectora de 680 kilómetros de largo debía detener los atentados terroristas palestinos. Pero para conseguirlo hacen falta más medidas y de naturaleza distinta a un muro de hasta ocho metros de alto.

Sin embargo, y a pesar de todas las dificultades, desde el 11 de noviembre de 2004 vuelve a haber otra oportunidad. Ese día falleció Yasir Arafat a la edad de 75 años, poniendo fin a una era. Durante cuarenta años había influido decisivamente en la política de Oriente Próximo. Los palestinos lo idolatraban, aunque en los últimos años cada vez más voces críticas afirmaban que el viejo testarudo había conducido la causa palestina a un callejón sin salida. Según ellos, en la «Autoridad Palestina» de Arafat reinaban la corrupción y el nepotismo. Era urgente un cambio de liderazgo. La muerte del «eterno Arafat» despejó el camino. El 10 de enero de 2005, Mahmud Abás fue elegido su sucesor como presidente de los palestinos por una amplia mayoría. El nuevo dirigente ya pronto se había distanciado de los atentados terroristas y manifestado en contra de la «Intifada armada». La gente lo votó porque deseaba la paz.

Apenas Abás fue elegido, llegaron señales positivas por todas partes: el presidente norteamericano Bush prometió ayudar a los palestinos a cumplir sus objetivos. La Unión Europea garantizó apoyo financiero. Y lo que fue aún más importante: Ariel Sharón ofreció un diálogo. Éste tuvo lugar en Egipto tan sólo un mes más tarde, y el resultado fue sorprendentemente positivo: Sharón y Abás manifestaron la firme voluntad de poner fin al derramamiento de sangre en Oriente Próximo. Un alto el fuego y la liberación de presos deberían abrir las puertas a nuevas negociaciones. «Hemos acordado que los palestinos detendrán todos los actos violentos contra los israelíes y que Israel interrumpirá todas sus intervenciones militares contra los palestinos», así reza la declaración conjunta. «Éste es el comienzo de una nueva era», añadió Abás ante la prensa internacional.

Sin embargo, como en tantas otras ocasiones, las palabras no fueron seguidas por los hechos. El proceso de paz se complicó porque los palestinos dejaron de hablar con una sola voz. La moderada Fatá de Abás y los radicales de Hamás comenzaron a disputarse el liderazgo cada vez con más virulencia. En diciembre de 2006, en Cisjordania y la Franja de Gaza se produjeron entre ambas facciones combates similares a una guerra civil que se prolongaron durante medio año. Hamás acabó teniendo el control de Gaza y Fatá continuó siendo la primera fuerza en Cisjordania. Mientras que Fatá seguía dispuesta a negociar con Israel, Hamás negaba al Estado, objeto de su odio, el derecho a existir y lo combatía. Esto incluía atentados terroristas y lanzamiento de cohetes desde la Franja de Gaza. El 27 de diciembre de 2008 Israel reaccionó con la «Operación Plomo Fundido». El objetivo era destruir infraestructuras de Hamás y debilitar a la organización hasta el punto de obligarla a abandonar la lucha. Israel no lo consiguió. Aunque tuvo lugar un alto el fuego, no se alcanzó una paz real.

La iniciativa del nuevo presidente norteamericano Barack Obama en el año 2010 tampoco tuvo éxito. Y en 2012 los cohetes de Hamás y las bombas israelíes

volvieron a surcar los aires.

En el verano de 2013, el gobierno estadounidense intentó una vez más sentar a palestinos e israelíes a la mesa de negociaciones. Y lo cierto es que ambas partes volvieron a hablarse por primera vez después de casi tres años... sólo que no por mucho tiempo: ya en noviembre los palestinos se negaron a dialogar porque Israel había anunciado la construcción de más asentamientos en Cisjordania y al este de Jerusalén.

Entretanto, no son pocos los expertos en Oriente Próximo que han asumido que, en un futuro próximo, la solución de los dos Estados es tan poco probable como una paz sostenible. La razón es que cada una de las partes acusa a la otra en secreto de no estar verdaderamente interesada en negociar con sinceridad. Mientras esto sea así, la paz no será posible.

CRISIS FINANCIERA, CRISIS ECONÓMICA MUNDIAL, CRISIS DE LA DEUDA PÚBLICA

«Cuando América tose, Europa tiene gripe», es una cita muy conocida de un experto en bolsa. En la era de la globalización es necesario ampliarla: «Cuando América tose, el mundo entero tiene gripe». Esto quedó demostrado durante la crisis financiera que comenzó en 2007 en Estados Unidos y se convirtió en una crisis económica mundial.

El punto de partida fue el crac bursátil del año 2000, cuando los valores tecnológicos se desplomaron, con lo cual mucha gente perdió gran parte de su dinero. Ya no pudieron comprar tanto, las empresas no colocaron sus productos y tuvieron que cerrar o al menos despedir a algunos trabajadores. El desempleo aumentó y la economía se contrajo. Para reactivar el crecimiento, la Reserva Federal de Estados Unidos inyectó nuevos fondos en el mercado y fue rebajando los intereses en varias fases, desde casi un 7 % hasta el 1 %. Como los créditos eran más baratos que nunca, muchos se dedicaron a comprar «a crédito». Y como los bancos querían obtener beneficios, concedieron créditos sin parar, y no sólo pequeñas cantidades para adquirir bienes de consumo, sino también grandes préstamos para comprar o construir casas. Los bancos fueron muy generosos, incluso con aquellos clientes que no podían ofrecer garantías y que sólo disponían de una pequeña renta. Algunos fueron prácticamente obligados a aceptarlos con la promesa de que harían una fortuna con el paso de los años. El aumento de la demanda que esto provocó hizo que subieran los precios de los inmuebles, y pareció que las cuentas salían. Como suele ocurrir en estos casos, todos quisieron beneficiarse del *boom* inmobiliario, también los bancos de otros países, que participaron directa o indirectamente del negocio con cantidades, en parte, prestadas a través de fondos y certificados. Así se fue formando una burbuja inmobiliaria que estalló cuando la Reserva Federal volvió a aumentar considerablemente los intereses. A partir de ese momento, millones de norteamericanos no pudieron pagar las elevadas cuotas de sus créditos. Los bancos forzaron la subasta de las casas, pero como eran tantas no había compradores suficientes y si se vendían, era a precios muy bajos.

Esto generó miles de millones de pérdidas a los bancos implicados. Al principio las entidades todavía intentaron maquillar la situación, pero en verano de 2007 los rumores sobre los problemas de algunos bancos estadounidenses comenzaron a cobrar fuerza. Los precios de los inmuebles siguieron cayendo y las pérdidas de los bancos siguieron aumentando. Uno de ellos fue el banco de

inversiones de Nueva York, Bear Stearns. El 10 de marzo de 2008, este banco aún calificaba los rumores de «absolutamente falsos». Cuatro días después tuvo que reconocer su insolvencia. Para evitar la quiebra, el gran banco J.P. Morgan adquirió la entidad más pequeña a precio de saldo, pero sólo a condición de que la Reserva Federal asumiese los riesgos de Bear Stearns por valor de 30.000 millones de dólares americanos.

Algo parecido sucedió con los demás «bancos problemáticos» en Estados Unidos y en Europa hasta que llegó el 15 de septiembre de 2008. Ese día, el banco de inversiones Lehman Brothers tuvo que declararse insolvente porque el gobierno estadounidense y la Reserva Federal se habían negado a rescatar con miles de millones a otra entidad más.

Las consecuencias fueron dramáticas: las acciones se desplomaron en las bolsas de todo el mundo, y cada día nuevos bancos y aseguradoras anunciaban una quiebra inminente. La desconfianza entre entidades aumentó y dejaron de prestarse entre sí, las transacciones se paralizaron y el sistema financiero mundial estuvo al borde del colapso. Para impedirlo había que rescatar a los bancos y a las aseguradoras a cualquier precio. El gobierno estadounidense puso a disposición 700.000 millones de dólares; el alemán preparó un «paraguas de rescate» de casi 500.000 millones de euros. También otros países evitaron la quiebra de los bancos inyectando enormes sumas de dinero.

Entretanto, la gente comenzó a temer por sus ahorros. Los gobiernos intentaron tranquilizar a los ciudadanos. Por ejemplo, el 5 de octubre de 2008 la canciller alemana y su ministro de Finanzas se presentaron ante los medios y aseguraron «que los ahorradores alemanes no perderán ni un solo euro de sus depósitos». Esta garantía estatal no tenía ningún tipo de base jurídica, pero debía evitarse a toda costa que la gente fuese presa del pánico y decidiese retirar sus fondos, ya que esto habría provocado que también los bancos solventes se viesan en dificultades.

Finalmente, los gobiernos de los países afectados lograron impedir el colapso del sistema financiero internacional poniendo a disposición los fondos necesarios. Pero no pudieron evitar que la crisis se propagara a la «economía real» y adquiriese proporciones globales. Millones de personas en todo el mundo habían perdido mucho dinero y se vieron obligadas a ahorrar. Pero también otros moderaron su consumo, porque se sentían inseguros y contemplaban el futuro con preocupación. Las empresas dejaron de obtener créditos para inversiones o suspendieron las que tenían previstas, ya que la situación les parecía demasiado incierta. Todo esto provocó que, entre la primavera de 2008 y la de 2009, la producción industrial de la zona euro disminuyese un 20 % y la de Estados Unidos

un 12 %. En muchos otros países las cifras fueron similares. No había sucedido nada parecido desde que terminó la Segunda Guerra Mundial.

En ese momento, los gobiernos no vieron otra alternativa que reactivar la economía de sus países con ayuda de amplios programas coyunturales. Estados Unidos fue el primero en aprobarlo, el 11 de febrero de 2009. El programa ascendía nada menos que a 787.000 millones de dólares destinados a mantener o a crear 3,5 millones de puestos de trabajo. Siguió otros países, que en total pusieron sobre la mesa unos 2.000 millones de dólares estadounidenses. Además, los bancos centrales inyectaron enormes sumas a los mercados y fueron rebajando el tipo de interés básico hasta alcanzar mínimos históricos próximos al 0 %. Todas estas medidas impidieron el mayor de los colapsos y consiguieron que la economía volviese a crecer lentamente, aunque de forma muy distinta según los países. Sin embargo, ese éxito salió muy caro en el sentido literal de la expresión, ya que a partir de ese momento los Estados acumularon y siguen acumulando una cantidad inimaginable de deuda. Todavía hoy nadie sabe si alguna vez se pagará ni cómo. Y como ahora el dinero es más barato que nunca, los bancos vuelven a conceder créditos menos seguros y el mundo financiero trabaja —y en parte directamente especula— con valores, certificados, fondos, etc. de muy alto riesgo. Dado que todo esto recuerda a la época anterior a 2007, cada vez son más las voces que advierten de la próxima burbuja y de su estallido.

LA CRISIS DEL EURO

La crisis financiera, económica y de deuda pública supuso el mayor reto para la Unión Europea desde su fundación. Muy pronto surgió la pregunta de si era necesario rescatar a los Estados miembros más endeudados y, en caso afirmativo, cómo hacerlo.

Grecia se convirtió en el problema número uno. Fue entonces cuando pasó factura el hecho de que, en el año 2001, el país se hubiese, por así decirlo, colado en la eurozona falseando los números. Como miembro de la zona euro, Grecia obtuvo créditos a bajo precio y recurrió con asiduidad al mercado de capitales. El país vivió muy por encima de sus posibilidades y las deudas aumentaron considerablemente, antes incluso de la crisis financiera. Sin embargo, varios gobiernos griegos lograron ocultar el verdadero estado de las finanzas nacionales. Esto fue posible hasta finales de 2009, cuando Grecia había acumulado una deuda de 270.000 millones de euros y necesitaba urgentemente más dinero para poder pagar los intereses y financiar el gasto público. Si todavía había alguien dispuesto a prestar dinero a ese país, sería sólo a un interés altísimo. Esto agudizó los problemas todavía más, y pronto se hizo evidente que Grecia necesitaba ayuda.

Pero ¿quién debía prestarla? El resto de países de la Unión Europea no estaba obligado a hacerlo; es más, los tratados de la Unión Europea incluyen una «cláusula de no rescate» que establece que ni la Unión en su conjunto ni un Estado miembro de forma individual pueden responder de las deudas de otro Estado miembro. Esto desató la polémica sobre si la Unión Europea debía ayudar a Grecia o si había que permitir que el país insolvente cayese en bancarrota. El debate en sí mismo no hizo más que empeorar las cosas; especuladores de todo el mundo apostaron a que el euro perdería valor, cosa que efectivamente sucedió. Para no convertir la moneda única en el juguete de los especuladores, el 2 de mayo de 2010 los países de la zona euro aprobaron un paquete de ayudas para Grecia por valor de 110.000 millones de euros. A cambio, Grecia debía imponer una estricta política de austeridad y reducir la deuda. El país anunció un aumento de los impuestos, así como una rebaja de las pensiones y de los sueldos de los empleados públicos. La población se rebeló contra estas medidas; el 5 de mayo, decenas de miles de personas salieron a protestar por las calles de Atenas. Algunos acabaron librando con la policía una batalla campal que costó la vida a tres personas. Sin embargo, el 6 de mayo el Parlamento votó a favor de los planes de austeridad.

Hasta 2012, la economía griega se contrajo un 20 % aproximadamente, el país todavía necesitaba más créditos... y los recibió. Aunque muchos veían en

Grecia «un pozo sin fondo», en febrero de 2012 los ministros de finanzas de la zona euro aprobaron un segundo paquete de ayudas por valor de 130.000 euros. También lo hicieron por miedo a que, de lo contrario, se produjese un «efecto dominó», ya que no sólo Grecia, también Irlanda, Portugal, España e Italia tenían una deuda elevada. En las bolsas ya no sólo se especulaba contra el euro, algunos apostaron incluso por la desintegración de la unión monetaria. Los Estados miembros quisieron evitarlo por todos los medios, y para ello diseñaron un programa de rescate por valor de 750.000 millones de euros destinado a proteger a los países en crisis. Además de Grecia, también Irlanda, Portugal, España y Chipre hicieron uso de estas ayudas en distinta medida.

Además, el 26 de julio de 2012, Mario Draghi, presidente del Banco Central Europeo, anunció: «El BCE hará todo lo posible para conservar el euro. Y créanme, será suficiente». A raíz de estas declaraciones, la cotización del euro y de las acciones se disparó. Y lo que fue aún más importante: los países en crisis pudieron volver a pedir dinero prestado a un interés bajo.

Poco a poco, las ayudas y las medidas de austeridad aplicadas trajeron los primeros éxitos. A finales de 2013, Irlanda y España pudieron salir del programa de rescate. Pero son muchos los problemas que continúan sobre la mesa; al igual que el resto de países en crisis, los dos siguen teniendo una deuda elevada y muchos desempleados. Así, en octubre de 2013, la tasa de paro en España era del 26,7 %. Sólo Grecia la superaba ligeramente, con un 27,3 %. Es más, en ambos países, la tasa de desempleo juvenil rebasaba el 50 %.

Todavía se debate sobre cómo resolver de forma duradera los problemas de los países del sur. ¿Deben ahorrar todavía más para disminuir la deuda y sanear sus presupuestos? ¿O acaso las medidas de austeridad hacen que su economía siga contrayéndose, que el desempleo continúe aumentando y que los impuestos que ingresan las arcas del Estado sean todavía menos, con lo cual la deuda es aún mayor? ¿Debe producirse al menos una relajación de las medidas de austeridad y deben los países afectados recibir todavía más créditos para reactivar su economía? ¿Debe la deuda ser condonada en parte o en su totalidad para que puedan empezar de cero? En tal caso, ¿quién ha de asumir la deuda y pagar a los acreedores? ¿O tal vez sería mejor que los países del sur saliesen de la zona euro y volviesen a introducir sus antiguas monedas? ¿Qué consecuencias tendría esto para ellos, para el euro y para la Unión Europea?

Y otra cuestión igual de importante: ¿Qué pasará con los bancos que acumulan grandes deudas y que hasta ahora han sido rescatados con dinero público? ¿Cómo evitar que sigan haciendo negocios que provocan crisis económicas y conducen a Estados enteros al borde del abismo?

Ni los políticos ni los expertos tienen respuestas claras a todos estos interrogantes.

EL DESPERTAR DE ÁFRICA

África se ha denominado con frecuencia «el continente olvidado». Mientras que a partir de la década de 1980 muchos países de Asia y América Latina alcanzaron notables cotas de crecimiento y lograron mejorar el nivel de vida de las personas, la mayoría de Estados africanos se ha beneficiado muchísimo menos de la globalización. Desde una perspectiva política y económica mundial, el continente negro ha desempeñado un papel meramente secundario.

La excepción fue Sudáfrica. Después de la Segunda Guerra Mundial, el país experimentó un crecimiento económico vertiginoso, convirtiéndose en el único Estado africano considerado del «primer mundo». Sin embargo, de esa prosperidad alcanzada disfrutaban principalmente los cuatro millones de blancos; los 40 millones de negros apenas la percibían. Además, a través de su «política de *apartheid*», la minoría blanca se encargó de que la situación no cambiara. De este modo, los negros no podían votar ni participar de ninguna otra manera en la política. Los matrimonios mixtos fueron prohibidos. Se crearon determinadas divisiones administrativas para negros, los llamados *homelands*. Los lugares públicos fueron divididos mediante letreros en dos zonas: una para blancos y otra para no blancos. También las escuelas estaban separadas y el profesorado tenía distinta formación.

El Congreso Nacional Africano (ANC, por sus siglas en inglés), liderado por Nelson Mandela, se rebeló contra esta política. Al igual que su modelo indio, Mahatma Gandhi, Mandela intentó cambiar las cosas con manifestaciones y protestas masivas. El 21 de marzo de 1960 la policía mató de un disparo a 69 ciudadanos negros durante una manifestación pacífica celebrada a las afueras de Johannesburgo. El gobierno declaró el estado de guerra y prohibió el ANC. En ese momento Mandela dejó de creer en la posibilidad de lograr algo por medios pacíficos. Él y sus compañeros pasaron a la clandestinidad. Consiguieron armas y explosivos y realizaron varios sabotajes. Fueron capturados, llevados a juicio y condenados a cadena perpetua. No fue hasta la década de 1980, cuando la presión internacional sobre el gobierno sudafricano blanco fue tal, que éste retiró algunas leyes del *apartheid*. Finalmente, en febrero de 1990 también liberaron a Nelson Mandela y al resto de presos políticos. Al mismo tiempo se volvió a permitir la actividad del ANC.

El mismo día de su liberación, Mandela pronunció un discurso en el que — tras pasar nada más y nada menos que 27 años en la cárcel— llamaba a la reconciliación. En él pidió a blancos y negros que ayudasen a crear una «Sudáfrica

no racial, unida y democrática, con elecciones generales y libres y sufragio universal». Gracias a su carisma enseguida encontró seguidores, también entre la población blanca. Junto con el presidente Frederik de Klerk, Mandela inició las negociaciones para acabar con el *apartheid* y elaborar una Constitución democrática. Por ello ambos recibieron el premio Nobel de la Paz en 1993. En las primeras elecciones libres, celebradas el 27 de abril de 1994, el ANC obtuvo la mayoría absoluta y Nelson Mandela fue elegido presidente por el Parlamento. Para muchas personas en Sudáfrica y en el mundo entero aquello fue como un milagro. Todo esto lo recordó la comunidad internacional cuando el 5 de diciembre de 2013 Nelson Mandela fallecía a la edad de 95 años.

Para las gentes del África negra, un desarrollo como el vivido en Sudáfrica no es más que un sueño. También ellos se habían rebelado contra los antiguos señores coloniales después de la Segunda Guerra Mundial, pero éstos no estuvieron dispuestos a renunciar a su poder, con lo cual se produjeron duros enfrentamientos, en parte con derramamiento de sangre. El primer país africano en declarar su independencia fue Ghana, en 1957. Hasta 1960 le siguieron otros dieciséis Estados. Las que más tiempo tuvieron que luchar fueron las colonias portuguesas, que no lograron la independencia hasta mediados de la década de 1970. Los nuevos Estados eran jurídicamente libres y autónomos, pero la mayoría siguió dependiendo política y sobre todo económicamente de las antiguas potencias coloniales. Como no tenían experiencia con la autodeterminación, la situación política era a menudo convulsa, y con frecuencia se producían violentos enfrentamientos entre los distintos grupos de población de un mismo país (ya en el capítulo 46 se ha hablado de ello). A pesar de todos los progresos, en muchos Estados del África negra la situación política sigue siendo inestable. Una gestión pública deficiente, la corrupción y una economía desastrosa han generado una y otra vez conflictos que, en parte, se han resuelto con las armas.

Como África es rica en recursos naturales, no sólo las antiguas potencias coloniales siguen estando interesadas en el continente negro, sino también y sobre todo las grandes multinacionales. Éstas, a menudo, se alían con la clase política dirigente y corrupta de los Estados y continúan explotando las antiguas colonias. Los ciudadanos no obtienen ningún beneficio de las riquezas naturales de sus países, sino que viven en la pobreza, y un gran número de ellos se convierten en víctimas de enfrentamientos bélicos. A simple vista son conflictos políticos, étnicos o religiosos, pero en realidad casi siempre se trata de poder y de dinero.

También los habitantes del norte de África que forman parte del mundo árabe lucharon por la independencia de las potencias coloniales, pero las esperanzas que ello aparejaba de obtener más libertad y unas mejores condiciones de vida se vieron frustradas. Surgieron distintas formas de gobierno militar, casi

siempre encabezadas por líderes que se negaban a abandonar el poder voluntariamente. Así, en 1957, Habib Burguiba se convirtió en el primer presidente de la nueva República de Túnez, y siguió siéndolo hasta 1987. Entonces, Zine El Abidine Ben Ali lo derrocó mediante un golpe de Estado y ocupó la presidencia durante los 24 años siguientes. En Siria, Hafez al Asad llegó al poder en 1970. Tras su muerte en el año 2000 —como si de una monarquía hereditaria se tratara— le sucedió como presidente su hijo, Basar Hafez al Asad, todavía hoy en el cargo. El régimen más duradero fue el de Muamar al Gadafi en Libia, quien llegó al poder mediante un golpe de Estado en 1969 y gobernó durante 42 años.

En estos y otros países árabes, las familias gobernantes se enriquecieron a costa del pueblo, por lo que se habla de «cleptocracias», es decir, del «gobierno de los ladrones». Todos acumularon enormes patrimonios que en parte desviaron al extranjero. Mientras, sus pueblos vivían en la pobreza, e incluso los alimentos básicos escaseaban y se encarecían cada vez más. Unas circunstancias económicas y sociales tan nefastas hicieron que el descontento aumentara, sobre todo entre los jóvenes, que no veían ninguna perspectiva vital y comenzaban a culpar de ello a sus gobernantes.

En esta situación tan tensa, la policía de una pequeña ciudad tunecina prohibió a Mohamed Bouazizi, un vendedor de hortalizas, seguir regentando su puesto callejero. Eso suponía arrebatarle todo el sustento a él y a su familia. El 17 de diciembre de 2010, Bouazizi se roció con gasolina en señal de protesta y se prendió fuego. Los medios de comunicación, controlados por el Estado, no informaron de lo ocurrido, pero sí lo hicieron los nuevos medios. La noticia de la autoinmolación se propagó a velocidad de vértigo por todo el país a través de Facebook y Twitter. En muchas ciudades la gente se manifestó contra una autoridad que había inducido a Mohamed Bouazizi a cometer un acto semejante. También estas primeras reacciones, todavía espontáneas, se convirtieron rápidamente, con ayuda de los nuevos medios, en protestas masivas a escala nacional que el régimen trató de reprimir por la fuerza. Pero muchos policías y soldados se negaron a participar de la sangrienta represión y se pusieron de parte de los manifestantes. Cuando el presidente Ben Ali se dio cuenta de que a través de la violencia no lograría nada, se ofreció a negociar para calmar a la población y ganar tiempo. Mohamed Bouazizi moría el 4 de enero de 2011. A partir de entonces, cada vez más personas comenzaron a participar en las manifestaciones.

En un último intento, Ben Ali prometió al pueblo más derechos y más libertad. Pero era demasiado tarde, la gente quería que él se marchara y elegir un nuevo gobierno. El 14 de enero de 2011, Ben Ali huyó al extranjero en secreto.

Lo sucedido en Túnez alentó a muchos habitantes de otros Estados árabes a

salir igualmente a las calles. Lo primero que todos ellos exigían era una mejora de sus condiciones de vida, pero también la disolución de los regímenes corruptos y cambios sociales. Fue llamativo que entre los manifestantes hubiese muchas mujeres jóvenes que luchaban por la igualdad de derechos. Aunque las demandas concretas variaban de país a país, el objetivo común era «una vida digna para todas las personas».

En algunos Estados los gobernantes hicieron concesiones; en otros, trataron de poner fin a la protesta con violencia. Esto fue precisamente lo que intentó Hosni Mubarak, que llevaba 30 años gobernando en Egipto. Sin embargo, cuanto mayor era la brutalidad de la policía, más personas se congregaban en las principales ciudades. Una vez más, decenas de miles se movilizaron a través de Facebook y Twitter. El centro de la protesta fue la plaza Tahrir, en El Cairo, donde el 28 de enero de 2011, el «Día de la ira», se reunieron más de 100.000 personas. Mubarak quiso que el ejército despejara la plaza, pero los militares que estaban al mando dijeron que no actuarían con violencia contra su propio pueblo. Entonces Mubarak envió a sus propias bandas de matones, que golpearon a los manifestantes; pero los soldados se interpusieron y evitaron un baño de sangre.

El 11 de febrero Mubarak huyó de El Cairo con su familia y ordenó que informaran de su dimisión, una noticia que se celebró con alivio. Sin embargo, en lugar del gobierno civil que todos reclamaban, un consejo militar ocupó el poder. Este consejo prometió unas elecciones libres y una nueva Constitución democrática. De dichos comicios salió vencedor el Partido de los Hermanos Musulmanes, liderado por Mohamed Morsi. Y Morsi fue elegido presidente en junio de 2012 en las primeras elecciones libres. Desde el principio, su objetivo a largo plazo fue consolidar el poder de los islamistas en Egipto. Paso a paso se modificó la Constitución, se reforzó la figura del presidente y se limitó la división de poderes. Los derechos del pueblo, sobre todo de las mujeres, se vieron recortados, y pronto los Hermanos Musulmanes dominaron el país. No era eso lo que la gente había imaginado, así que volvieron a salir a la calle. El día que se cumplía el primer año de la elección de Morsi ya no eran cientos de miles, sino millones de manifestantes. El ejército volvió a intervenir, el 3 de julio de 2013 declaró a Morsi y a su gobierno derrocados y nombró presidente a Adli Mansur. Éste recibió el encargo de formar un gobierno de transición y ordenar la redacción de una nueva Constitución. Los Hermanos Musulmanes no quisieron aceptarlo y se opusieron por todos los medios. Entre ellos y el ejército se produjeron unos combates sangrientos que, hasta finales de 2013, costaron la vida a unas 2.000 personas. Entonces se anunciaron elecciones para la primavera de 2014. Hoy nadie es capaz de decir si después de esto la calma volverá a Egipto.

Aún más dramática que en Túnez y en Egipto fue la evolución de Libia. Allí,

el 22 de febrero de 2011, el dictador Gadafi insultó a los manifestantes a través de la televisión pública calificándolos de «traidores» y gritó: «¡Muamar el Gadafi no es un presidente, es el líder de la revolución! Éste es mi país, el país de mis abuelos y de vuestros abuelos. Moriré como mártir, igual que mis abuelos». Gadafi no estaba dispuesto a hacer ningún tipo de concesión y ordenó disparar contra los manifestantes. Sus adversarios más firmes consiguieron armas y estalló una guerra civil.

Por primera vez los Estados extranjeros decidieron intervenir, entre otros los vecinos de Libia, así como Estados Unidos y la ONU. Todos ellos exigieron un alto el fuego inmediato, pero los combates continuaron. Miles de personas murieron y decenas de miles huyeron por la frontera con Túnez para salvar la vida.

Mediante una intervención masiva del ejército del aire, las tropas gubernamentales lograron reconquistar las regiones perdidas. El 19 de marzo y por mandato de la ONU, Estados Unidos, Gran Bretaña y Francia iniciaron ataques aéreos contra tropas gubernamentales e instalaciones militares para proteger a la población civil. Gracias al apoyo internacional, los rebeldes lograron conquistar cada vez más ciudades; en agosto, también la capital, Trípoli. Gadafi huyó con su clan a Sirte, su ciudad natal, que fue declarada nueva capital de Libia. Entretanto, la Corte Penal Internacional de La Haya había acusado al dictador, a su hijo y a su cuñado de cometer «crímenes contra la humanidad».

Durante semanas se libraron durísimos combates alrededor de Sirte. Sólo tras sufrir graves pérdidas, los rebeldes lograron finalmente conquistar la ciudad. El 20 de octubre, Gadafi intentó escapar en un convoy de automóviles, pero los rebeldes se dieron cuenta y lo capturaron. Ese mismo día, Gadafi fue asesinado en circunstancias jamás aclaradas.

Según estimaciones cautelosas, la guerra civil libia costó la vida de al menos 30.000 personas. Tras la victoria de los rebeldes, un «Consejo de transición nacional» anunció la celebración de elecciones parlamentarias libres y la creación de una Asamblea constitucional. Desde julio de 2012, Libia tiene un gobierno elegido y controlado por el Parlamento.

En Siria aún queda mucho para llegar a ese punto. Al igual que en otros países árabes, la protesta contra el régimen comenzó de forma pacífica. En un primer momento, Al Asad intentó sofocar las protestas con amenazas y una ola de detenciones. Al ver que no lo lograba, la policía y el ejército intervinieron brutalmente contra los manifestantes. Pero muchos ya no se dejaron intimidar, más bien al contrario, cada vez eran más los que salían a la calle. El 30 de marzo de 2011, Al Asad dirigió a la población un discurso en el que culpaba de las revueltas

a las «fuerzas enemigas que participan en una conjura mundial», cuyo objetivo era «socavar la estabilidad de Siria. ¡Combatiremos esta conjura con la ayuda de Dios!».

Durante las siguientes semanas y meses tuvo lugar una guerra civil que dura hasta hoy. La cifra de víctimas es incierta. Según datos de la ONU, hasta finales de 2013 habían muerto más de 130.000 personas. Aproximadamente un millón de sirios han huido del país, y otros cuatro millones están huyendo dentro del propio Estado. En muchas ciudades la gente vive en las ruinas de sus casas destruidas.

Tampoco las protestas internacionales ni los intentos de mediación han logrado parar a Al Asad. El 4 de agosto de 2013 declaró: «La crisis sólo se resolverá en el campo de batalla». Al principio, los rebeldes luchaban de forma conjunta contra las tropas del régimen; pero a medida que avanzaba el conflicto varios grupos rebeldes también comenzaron a pelearse entre ellos porque tenían ideas distintas sobre la configuración del futuro Estado sirio.

Lo que comenzó en diciembre de 2010 en Túnez, la llamada Primavera Árabe, no ha llegado ni mucho menos a su fin. Es más, en Occidente, sobre todo en lo que respecta a Siria, se habla ya de un «invierno árabe». Pero esto es prematuro, ya que también la lucha por las democracias occidentales, con sus muchos reveses, duró más de 150 años. Nadie sabe cuánto tiempo necesitarán los habitantes de los países árabes para que la primavera se convierta en verano. Puede que también en este caso haya que esperar varias décadas. Hay que tener en cuenta que no todos los que se rebelan contra un régimen autoritario piensan automáticamente en el bien común. En el mundo árabe también hay fanáticos que quieren imponer su idea de un Estado religioso por medio de la violencia y el terror. Además, no debemos olvidar que dentro del islam existen rivalidades ancestrales, igual que entre las dos grandes corrientes religiosas: suníes y chiíes. Estas dos ramas están en desacuerdo sobre todo en la cuestión de si los líderes espirituales del islam deben descender directamente de la familia de Mahoma (así lo creen los chiíes) o no (así lo creen los suníes). Pero cuando se trata del poder político, las diferencias religiosas pueden transformarse rápidamente en profundas enemistades. Prueba de ello es el régimen instaurado por los suníes en Irak tras la caída de Sadam Husein. Hoy son los chiíes quienes están al mando, y los terroristas que luchan por un Estado islámico que se extienda desde Irak hasta el Mediterráneo reciben el apoyo de los suníes, relegados políticamente.

EL CAMBIO CLIMÁTICO

Además de las guerras, las crisis económicas y las catástrofes, hay otro asunto que en los últimos treinta años ha ido ocupando el centro de atención: el cambio climático. Pero en realidad no es nada nuevo. El clima ha cambiado desde que existe el planeta Tierra. A lo largo de millones de años, las épocas frías y calurosas se han ido alternando. Estos cambios afectaban a periodos muy largos y obedecían a causas naturales. Cuando hoy se habla de cambio climático, se hace referencia a alteraciones que, además, han sido provocadas por el ser humano.

Todo comenzó en el siglo XIX con la industrialización. A partir de entonces, los habitantes de los países desarrollados comenzaron a consumir cada vez más energía: las chimeneas tenían que echar humo, la economía tenía que crecer y todo lo demás era secundario. Nadie se paraba a pensar en recursos limitados, en daños al medio ambiente ni en los efectos en el clima. Esto no cambió hasta la segunda mitad del siglo XX. Una de las mayores contribuciones a este cambio fue la del Club de Roma con la publicación, en 1972, del informe *Los límites al crecimiento*, que tuvo una acogida muy favorable en todo el mundo. En este estudio se simulan por ordenador distintos escenarios. Los científicos llegaron a la siguiente conclusión fundamental: «Si se mantienen las tendencias actuales de crecimiento de la población mundial, industrialización, contaminación ambiental, producción de alimentos y agotamiento de los recursos, este planeta alcanzará los límites de su crecimiento en el curso de los próximos cien años».

El estudio fue objeto de un acalorado debate; los críticos lo acusaban de contener errores graves, pero con independencia de ello, logró despertar la conciencia de muchas personas sobre cuestiones medioambientales. También la política comenzó a ocuparse cada vez más de estos asuntos, aunque hasta principios de la década de 1990 era un tema «entre otros muchos». Los jefes de Estado y de gobierno de los países industrializados consideraban que en sus «cumbres» tenían otras cosas más importantes de las que hablar.

Más adelante, cada vez más científicos empezaron a llamar la atención sobre el calentamiento global y sus posibles causas y consecuencias. Según estos expertos, a pesar de la falta de certezas, no había duda de que el consumo creciente y constante de energía era una de las causas principales. Mediante la combustión de carbón, petróleo, gas y gasolina para generar energía se obtienen como «subproductos» cantidades enormes de dióxido de carbono (CO₂), un gas invernadero. Esto —sumado a otros gases de este tipo— produce el llamado «efecto invernadero» y un calentamiento global. La tendencia mostraba que, desde

1900, el aumento de temperatura ascendía ya a casi 1 grado centígrado y se aceleraba notablemente a partir de 1950. El «hielo eterno» de los glaciares y de los polos estaba derritiéndose desde hacía décadas, lo cual se reflejaba en el ascenso del nivel del mar. También el aumento de climas extremos con periodos de sequía, huracanes e inundaciones eran indicios claros de un cambio climático provocado por el ser humano. Era urgente tomar medidas para frenar esta tendencia antes de que fuera demasiado tarde. Para unos estas teorías eran catastrofistas, mientras que otros se tomaron en serio las advertencias.

En mayo de 1992 la ONU aprobó una Convención Marco sobre el Cambio Climático, en la cual ya al comienzo figura que «las actividades humanas han ido aumentando sustancialmente las concentraciones de gases de efecto invernadero en la atmósfera». El objetivo de esta Convención era impedir que el ser humano continuara destruyendo el sistema climático, ralentizar el calentamiento global, así como aminorar sus consecuencias. «La naturaleza mundial del cambio climático requiere la cooperación más amplia posible de todos los países.» Esto es lo que los países hicieron en las Conferencias sobre el Clima celebradas anualmente, que en 1997 llevaron a la firma del llamado Protocolo de Kioto. Este acuerdo establecía que hasta 2012 los países industrializados reducirían sus emisiones de gases de efecto invernadero en una media de un 5,2 %, alcanzando así niveles inferiores a los de 1990. Esa media significaba que las cantidades fijadas para cada país dependían de su desarrollo económico. Así, por ejemplo, Estados Unidos debía reducir sus emisiones en un 7 %; Rusia no necesitaba hacer nada; Japón, en un 6 %; Alemania, en un 21 %; Ucrania tampoco debía hacer nada; Inglaterra, en un 12,5 %; Canadá y Polonia en un 6 %; Francia en nada y así sucesivamente. En el caso de los países emergentes como China, la India y Brasil no se estableció ningún límite.

Estos ejemplos bastan para poner de manifiesto que la reducción de los gases de efecto invernadero no era igual de importante para todos los gobiernos. Estados Unidos, con mucho el mayor «delincuente», nunca ratificó el protocolo e incluso llegó a aumentar en un 10 % sus emisiones de CO₂ hasta 2010. En diciembre de 2011, Canadá abandonó el compromiso adquirido.

En la 18.^a Conferencia del Clima de Naciones Unidas, celebrada en Doha en 2012, se decidió prorrogar hasta 2020 el Protocolo de Kioto, que finalizaba ese mismo año. Sin embargo, ya sólo participaron 37 países, que hasta ese momento sólo eran responsables de aproximadamente un 15 % de las emisiones mundiales de CO₂. Grandes «delinquentes» como Estados Unidos, China, Rusia, la India y Japón se negaron a reconocer como suyos los objetivos de Kioto. Por ello, en Doha también se decidió negociar hasta 2015 un nuevo Tratado sobre Cambio Climático que entrará en vigor a partir de 2020 y que incluirá a todos los países.

Este compromiso de mínimos y las declaraciones de buenas intenciones fueron duramente criticados por las organizaciones ecologistas. En su opinión, en muchos países la lucha contra el cambio climático es tan poco decidida que el calentamiento global seguirá aumentando, con las consecuencias de todos conocidas.

Sin embargo, tampoco es que los Estados no firmantes del Protocolo de Kioto estuviesen ociosos. Ya tras las crisis del petróleo de la década de 1970 y, sobre todo, tras el accidente nuclear ocurrido en Chernóbil el 26 de abril de 1986, habían estado experimentando con el uso de energías renovables. Desde comienzos del siglo XXI se ha dado un notable impulso a este tipo de energías. Y cuando se produjo el accidente nuclear en la ciudad japonesa de Fukushima, en marzo de 2011, muchos gobiernos decidieron apostar aún más firmemente por las renovables y poner en marcha un cambio energético. Entretanto son 120 los Estados que producen energía con recursos mareomotrices, eólicos, biomasa y en instalaciones fotovoltaicas. Muchos dudan de que esta evolución sea lo bastante rápida como para reducir las emisiones de efecto invernadero hasta el punto de poder frenar el calentamiento global. Pero si se quiere que este planeta siga siendo *habitabile para futuras generaciones*, no hay otra alternativa